

CRIMEN & CIA.

**Charles
Williams**

LA HUIDA



No hay relato más emocionante que el de la caza de un hombre y Charles Williams es uno de los especialistas del género. En *La Huida*, Russell Foley es acusado de haber asesinado a un detective... Sin embargo, solo el propio Foley sabe que es inocente y, como no dispone de pruebas, ¿quién va a creerle si intenta explicar la verdad? Su única solución es comenzar a correr, porque si has matado a un policía —o creen que lo has hecho—, no te puedes detener...



Charles Williams

La huida

Crimen & Cia. - 18

ePub r1.2

Titivillus 09.08.15

Título original: *Man in motion*
Charles Williams, 1958
Traducción: Gemma Gallart
Diseño de cubierta: Jordi Paris

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



se epublibre



III Aniversario

Año segundo de la era epublibre

Más libros, más libres

1

LOS ENGANCHES GOLPEABAN unos con otros en la parte delantera. Estábamos reduciendo velocidad. Me puse en pie en el tambaleante vagón y miré adelante, por el lado derecho del tren. Se distinguían unos puntos de luz en la distancia y continuábamos perdiendo velocidad.

Entonces, justo antes de llegar a la estación, la señal cambió de rojo a verde, las barras de tracción dieron una violenta sacudida, y el golpeteo de las ruedas empezó a subir de tono. Lancé una maldición. Tenía que bajarme, y tenía que ser ahora; no podía faltar mucho para el amanecer. Pasé al lado derecho, tanteando en busca de la escalerilla, y cuando tuve un pie en el último peldaño me incliné hacia afuera y salté, dándome impulso con las piernas. Aterricé torpemente, caí y di unas vueltas.

Cuando me detuve estaba tendido boca abajo en el barro. Levanté la cabeza y la ladeé ligeramente para poder respirar y descansé, preguntándome si me habría roto algo. Ruedas y vagones pasaron zumbando por mi lado. Me senté. Mis brazos y piernas parecían estar en perfectas condiciones. A menos de cien metros, al otro lado de la vía, estaba la estación, una sombra oscura más en la noche, con un único cono de luz que daba a este lado y que iluminaba el cartel: «CARLISLE. ALT. 8 PIES. SANPORT 51 MÍLLAS». No había llegado demasiado lejos, pero ningún sitio hubiera estado lo suficientemente lejos. No a este lado de la luna.

Estaba empapado, helado hasta los tuétanos y cubierto de barro. La fría lluvia tamborileaba sobre mi cabeza; maldije amargamente,

y levanté una mano. Mi sombrero había desaparecido. Empecé a rastrear con las manos a mi alrededor, en medio de la oscuridad, dando manotazos entre el barro y el agua. Era inútil. Había salido volando cuando salté, y podía estar a doscientos metros de distancia. No lo encontraría nunca y estaba perdiendo un tiempo precioso. Tenía que encontrar un lugar donde poder esconderme.

Me incorporé rápidamente, intentando orientarme. La playa debía de estar al otro lado de las vías y más allá de la ciudad. Podía ver la carretera que corría paralela a las vías, y dos calles principales situadas en ángulo recto con ella. Estaba situado casi en línea recta con la más cercana, y podía divisar tres o cuatro manzanas de ella, brillantes, desiertas y bañadas por la lluvia en los charcos de luz que se formaban bajo las farolas y frente a los escaparates de las tiendas. Si la playa no estaba más allá de lo que recordaba, podría llegar a ella antes del amanecer y localizar algún chalet de veraneo, pero tendría que dar un rodeo para evitar aquellas luces.

Me giré y empecé a andar junto a las vías, caminando tan deprisa como podía en la oscuridad. Entonces, y sin avisar, un coche salió de la calle a mi espalda, doblando la esquina. Me lancé al suelo y di contra el barro, justo antes de que sus faros barrieran por encima de donde me encontraba. Era un coche patrulla de la policía, que iba enfocando los portales que daban a la carretera. Giró en la esquina siguiente y volvió en dirección a la playa.

Doscientos metros más adelante crucé las vías y la carretera, y me precipité en una oscura calle lateral llena de árboles. Los dientes me castañeteaban de frío; el agua chapoteaba dentro de mis zapatos; y la lluvia arrastraba lentamente el barro de mi pelo haciendo que resbalara por mi rostro. Tras las oscuras ventanas, hombres y mujeres dormían en lechos calientes, rozándose unos a otros.

Árboles y casas empezaron a escasear. Las aceras dieron paso al barro, y me encontré en una zona de solares vacíos cubiertos de arbustos de palmitos. Podía oír las frondas entrechocando y arañándose entre ellas a causa del frío viento del norte.

En pocos minutos, salí a la playa. No había resaca porque el viento soplaba desde tierra. A mi izquierda había unas masas que proyectaban sombras más oscuras; debían de ser cobertizos y

embarcaderos, probablemente para los botes que pescaban el camarón. Parecía que se iba haciendo de día.

Había dejado el embarcadero atrás y había vuelto a la playa de nuevo, a la arena. No cabía duda, ahora, de que el tiempo apremiaba; la negra oscuridad estaba dando paso a un gris lóbrego y bañado por la lluvia. Luego, al cabo de unos pocos minutos vi las oscuras siluetas de unas casas en la elevación de terreno más arriba de la playa. Había dos a unos cincuenta metros de distancia, y luego tres más algo más adelante. No se veían luces.

Dejé la orilla y subí hasta la parte trasera de la primera. Había una ventana, pero ninguna puerta, excepto en el cobertizo que estaba adosado a su lado derecho. Eso debía de ser el garaje, pensé. La ventana estaba a oscuras, pero no tenía contraventanas. Apreté el oído contra ella y escuché. No se oía nada, exceptuando el tamborileo de la lluvia sobre el tejado. Bien, ¿qué diablos esperaba oír? Si había gente en su interior, estarían dormidos. Rodeé la casa cautelosamente. En la parte delantera había un camino cubierto de conchas de ostra trituradas, vagamente iluminado en la penumbra que precede al amanecer, y dos o tres palmeras anémicas trasplantadas, que se debatían en medio de la tormenta, pero ningún coche. Subí al porche delantero silenciosamente. Había dos ventanas y una puerta. La puerta estaba cerrada con llave.

Me deslicé y probé las puertas del garaje que había pegado a ella. Estaban cerradas firmemente con un candado y un pestillo. Pero eso tampoco era prueba de que no hubiera un coche dentro. Me deslicé de nuevo hacia la parte trasera, manteniéndome pegado a la pared para formar parte de la oscura masa de la casa. Además de la puerta, había una pequeña ventana en la parte posterior del garaje. Estaba cerrada desde el interior.

La golpeé con una vara de bambú, apoyada contra el techo. Utilizando uno de sus extremos, rompí uno de los pequeños cristales de la ventana. Los fragmentos tintinearón sobre el suelo de cemento del interior, sin hacer demasiado ruido. Introduje la vara en toda su longitud a través de la abertura y la balanceé de un lado a otro. No tropezó con nada así que tanteé por el interior en busca del pestillo, lo solté y abrí la ventana. Deslizarse por ella y caer al suelo en el interior fue cuestión de un momento. Podría haberme cortado con los cristales que tenía debajo, pero estaba demasiado entumecido de

tanto estar a la intemperie como para notarlo o preocuparme por ello.

Cada vez había más luz. Al cabo de un rato pude ver la silueta de la puerta que daba a la casa. Me levanté y la tanteé. Estaba cerrada con llave. Miré por el garaje en busca de algo que me sirviera para forzarla. Con aquel viento del norte iba a hacer aún más frío, y otras doce o veinticuatro horas más con ropas mojadas podían tener consecuencias nefastas. Quizás hubiera mantas en el interior, o con un poco de suerte podría encontrar ropas secas.

La única herramienta que pude ver fue un viejo martillo que colgaba de dos clavos en la pared posterior, junto a la ventana. Quizás podría usarlo para derribar uno de los paneles de la puerta, pero haría el suficiente ruido como para despertar a todo el mundo en esta parte del condado. Entonces me di cuenta de que tenía las bisagras puestas de manera que se abría hacia afuera. Arranqué uno de los clavos de los que estaba colgado el martillo, lo enderecé y saqué las clavijas de las bisagras. Tardé solo un minuto en sacar la puerta y colocarla a un lado. Liberé el émbolo que hacía de cierre en el tirador interior y volví a colocar la puerta, restituyendo las clavijas en su lugar.

Daba a la cocina. En la creciente claridad pude distinguir una pequeña cocina de gas y una nevera, y el mármol y el fregadero en la pared posterior a la izquierda. A la derecha había una pequeña zona para comer, con una mesa y dos sillas, y una ventana con grandes cortinajes. Pasé por la puerta de comunicación, dejando un reguero de agua sobre el suelo. Era una enorme sala de estar. Las cortinas estaban corridas sobre las ventanas tanto frontales como posteriores, dejando que se filtrara muy poca luz, pero pude distinguir la chimenea de piedra que había en la pared opuesta, y justo a su izquierda otra puerta. La atravesé y miré en su interior. Era el dormitorio. Las cortinas eran de un material más ligero y podía ver bastante bien. A la derecha se encontraba una cama con una colcha de pana de color vino, un tocador y una cómoda. A la izquierda, una entrada conducía al cuarto de baño. Esto era todo. Toda la casa estaba helada y húmeda.

De mis ropas seguía rezumando agua. Me metí en el cuarto de baño y me desnudé, tirando traje, camisa, corbata, zapatos y ropa interior, totalmente empapados, dentro de la bañera. Me vi el rostro

en el espejo. Un ojo estaba hinchado y casi cerrado, y se evidenciaba una gran zona inflamada en mi mandíbula. Me palpé la parte posterior de la cabeza e hice una mueca de dolor. Sin embargo, la piel no se había desgarrado. Mi mano derecha estaba hinchada y entumecida. Mientras me frotaba con fuerza con una toalla, localicé una manta en un armario del dormitorio, me la enrollé alrededor y me tumbé en la cama. Pasó mucho rato antes de que empezara a entrar en calor. Pensé en el sombrero. Llevaba mis iniciales.

Rodé fuera de la cama, mareado, con ansia de fumar un cigarrillo. Había un armario junto al tocador; a lo mejor podría encontrar algo que ponerme. Había varias prendas en colgadores acolchados, en una atmósfera de saquitos perfumados, pero eran todas femeninas: dos o tres vestidos de algodón, un par de pantalones cortos, algunas blusas y una combinación de *nylon*. Parecía raro. Encontré un imperdible sobre el tocador y, sujetándome la manta sobre los hombros, volví a la cocina.

Había una hilera de alacenas sobre el fregadero. Empecé a abrirlas de un tirón, y obtuve el premio gordo en diez segundos: un cartón por empezar de cigarrillos y una botella de *bourbon* casi llena. Rompí la envoltura de un paquete de cigarrillos, encontré algunas cerillas en otra estantería y encendí un cigarrillo. La primera calada fue un auténtico éxtasis. Agarré el *whisky* y bebí directamente de la botella. Un ardor y unas luces de colores estallaron en mi interior, y por un momento me quedé sin fuerzas. Dejé la botella y registré rápidamente el resto de las estanterías. Encontré un paquete de café sin abrir, varias latas de carne en conserva, una caja de galletas y mermelada. Lo miré fijamente. Podría esconderme allí durante días.

Al cabo de pocos minutos bebía café hirviendo y comía carne en conserva fría directamente de la lata. Me sentí mucho mejor. Al servirme otra taza de café, le eché un chorro de *bourbon*, encendí un cigarrillo y me la llevé a la sala de estar para explorar el lugar.

Frente a la chimenea había una mesita de café cubierta por un cristal, sobre una alfombra blanca peluda. Frente a ella se encontraba un sofá cama, y en un extremo una tumbona, ambos tapizados en la misma pana de color vino que había visto sobre la cama, en la otra habitación. A un lado del sofá había una lámpara

de pie y un pequeño revistero. El suelo era de baldosas de vinilo o caucho, y en el centro de la habitación yacía una alfombra trenzada de forma oval. Debido a las gruesas cortinas todavía había muy poca luz, y reinaba un profundo silencio, a excepción del suave y casi sedante sonido de la lluvia.

Cerca de la ventana principal se encontraba un gran escritorio de madera de roble y una silla giratoria. A un lado había un soporte y sobre él una máquina de escribir tapada con una funda. Una lámpara con pantalla colgaba del techo. Sobre el escritorio había varios libros y un montón de papeles sujetos por un pisapapeles de ónix. En la esquina, una pequeña estufa de gas. Toda la pared que quedaba junto al escritorio estaba repleta de estanterías con libros, y cerca de la puerta, que daba a la cocina y a la zona de comedor, se encontraba una pequeña mesa con un teléfono y una radio en una funda de plástico blanco sobre ella. Crucé la habitación y encendí la radio, pulsando únicamente el interruptor pero dejando el volumen al mínimo. La luz del piloto se encendió; quizás podría conseguir oír alguna noticia. Miré el reloj. Estaba parado; había olvidado darle cuerda.

Entonces me vino a la cabeza un pensamiento extraño. ¿Si este era un chalet de veraneo cerrado hasta el próximo verano, por qué estaban conectados todavía el gas, el agua y la electricidad? Súbitamente oí un coche que pasaba por la calle. Me dirigí rápidamente a la ventana y aparté el extremo de la cortina para atisbar. Era un autobús escolar amarillo.

No podía ver el chalet contiguo ni, de hecho, ninguno de los que estaban a este lado, pero a unos cien metros más abajo de aquella carretera encharcada y bañada por la lluvia había uno enfrente. Aparentemente, en aquellos momentos estaba habitado. El autobús escolar dio la vuelta y se detuvo. Dos niños pequeños con impermeables y sombreros amarillos salieron y subieron al autobús. El autobús volvió a pasar. Dejé caer la cortina, lo oí pasar y el ruido de su motor se fue alejando. Estaba a punto de apartarme de la ventana, cuando oí algo más. Era otro vehículo, que pasaba lentamente en dirección opuesta. Aparté la cortina de nuevo y me quedé helado.

Era un coche de la policía y se detuvo. Salieron dos hombres con impermeables negros y gorras de uniforme con forros de plástico

para la lluvia; uno de ellos desapareció de mi vista y se fue en dirección al chalet de al lado. El otro se dirigía hacia donde yo estaba. Volví a colocar la cortina en su lugar. Sonaron unas fuertes pisadas en el porche, y luego la puerta se movió ligeramente junto a mi mano cuando probó el pomo. Lo sacudió una vez y comprobó la ventana. Contuve la respiración.

Probó la ventana en la parte delantera de la cocina. Oí cómo el candado de las puertas del garaje golpeaba contra la madera, cuando pasó y le golpeó con una mano para asegurarse de que estaba cerrado. Estaba dando la vuelta al garaje. El sombrero, pensé. Alguien había encontrado la condenada prenda, y ahora sabían que me encontraba en este pueblecito perdido. No, quizás era simplemente una comprobación rutinaria de los chalets de veraneo desocupados.

Entonces el miedo me golpeó en la espalda como si fuera agua helada. Había olvidado el cristal roto. ¡Y la puerta de la cocina no estaba cerrada!

De una forma u otra coloqué la taza de café sobre el escritorio sin dejarla caer o hacer que tintineara, y me fui a toda velocidad hacia la cocina. Mis pies descalzos no hicieron ruido sobre las baldosas. Justo cuando llegaba a la puerta oí que un policía llamaba al otro.

—Eh, Roy. ¡Ven aquí!

Había descubierto la ventana rota.

Coloqué un dedo contra el botón que había en el centro del pomo y apreté. Se oyó únicamente un débil clic al cerrarse, pero pareció como si fuese a flotar eternamente en el silencio. Respiré de nuevo, con miedo a moverme o a apartar incluso la mano del pomo.

—Mira esto —le oí decir entonces—. Creo que ha estado aquí.

Alguien había encontrado el sombrero. E incluso con la lluvia aún debían de haber rastro de las largas huellas que había dejado al patinar sobre el barro, así que debían de saber que me había bajado del tren de mercancías. Probablemente, a estas horas ya tenían la ciudad rodeada.

—Lo rompió para alcanzar el pestillo —dijo una voz ronroneante y muy del sur.

Roy había llegado.

—¿Vas a mirar dentro?

—¿Crees que estoy loco? Podría tener un arma.

Me pregunté dónde pensaban que podía conseguir una. Me dolían los músculos a causa de la posición tensa y rígida en que estaba. El cigarrillo que sostenía en la mano izquierda empezaba a quemarme los dedos. Temía incluso tirarlo al suelo; podía sonar como si alguien hubiera dejado caer un piano.

—¡Sal de ahí, Foley! —ordenó Roy.

Hubo un momento de completo silencio, y luego dijo:

—Déjame tu linterna.

—Tómatelo con calma, ¿quieres? —replicó el otro—. Ya ha matado a un policía; uno más no le va a importar.

—Hemos de mirar ahí dentro.

—Por Dios.

—Apártate.

Hubo otro instante de tenso silencio, y luego la voz de Roy dijo:

—Se ha ido. Pero ha estado aquí. ¿Ves toda esa agua en el suelo?

—Sí.

Las voces se convirtieron en susurros.

—Entró en la casa por esa puerta. Corre a dar la vuelta y cubre el frente. Voy a entrar.

—¿No sería mejor que pidiéramos ayuda?

—Ayuda, demonios. Cogeré a ese cabrón asesino de policías.

Se oyeron pasos sobre la arena mojada del exterior y sentí cómo el cuerpo de Roy se deslizaba a través de la ventana y caía sobre el suelo del garaje. Unos zapatos se arrastraron sobre el cemento, y luego empezó a probar la puerta de la cocina. Mi mano seguía sobre el pomo y podía sentir cómo se movía ligeramente. Intenté no respirar. La probó de nuevo.

—¡Eh, Jim!

El otro volvió.

—¿Qué pasa?

—La puerta está cerrada. Y no hay señales de que haya sido forzada. No tiene ni un araño.

—No tiene sentido, sin embargo, que volviera a salir a la lluvia, cuando tenía un lugar seco donde esconderse.

—¡Espera! Está aquí dentro, claro que sí. Fíjate. La puerta del garaje estaba cerrada, y también lo estaba la ventana, porque tuvo

que romperla. De modo que esta probablemente no lo estaba. Sencillamente entró y la cerró.

Suspiré. No tenía ninguna posibilidad ahora.

—No —dijo una de las voces rápidamente—, espera un minuto. Esta puerta estaba cerrada. ¿Recuerdas? La comprobamos el otro día cuando hicimos la ronda. Alguien dejó la puerta del garaje abierta y los chicos habían estado jugando aquí dentro, así que comprobamos esta antes de cerrarlo.

—Sí. Es verdad.

Me pregunté cuánto más podría aguantar.

—Realmente es gracioso que se fuera sin ni siquiera entrar en la casa. Necesitaría ropa seca y algo de comer.

—Probablemente no había nada que pudiera utilizar.

¡Oh, Dios santo, el martillo! Entonces me di cuenta de que estaba mirando directamente hacia él. Estaba ahí en el mármol junto al fregadero. Lo había entrado conmigo sin darme cuenta.

—Bien, estamos perdiendo el tiempo aquí. Sabemos que está por ahí, en algún sitio, de manera que habrá forzado alguna de las otras. Y tenemos que registrar todos los botes camaroneros.

Roy trepó fuera de la ventana, y les oí alejarse en el coche. Me sentí débil mientras entraba en la sala de estar y me derrumbé sobre el sofá. Cuando aplasté la colilla, vi que me había producido ampollas en los dedos.

2

AL CABO DE UNOS VEINTE minutos volvieron. Era un poco reconfortante saber que ya había contado con que lo harían. Andaron alrededor de la casa probando las ventanas que habían olvidado la primera vez. Podía oír sus pasos y el murmullo de sus voces, pero no podía entender nada de lo que decían. Se marcharon en el coche.

Me fumé otro cigarrillo e intenté pensar. No tenía ninguna posibilidad. Toda la zona estaría repleta de policías ahora que sabían que me tenían cogido en esta pequeña ciudad. Pero quizás podría permanecer aquí dentro y conseguir que se cansaran de esperar. Tenía comida y un lugar caliente en el que dormir. Si pudiera permanecer escondido el tiempo suficiente para convencerles de que debía de haber salido de la zona, podrían darse por vencidos. ¿Pero entonces qué? ¿Adónde iba a ir y qué iba a hacer? No había respuesta, y pensar en ello me provocó jaqueca.

La manta era un fastidio; no hacía más que abrirse. Encontré un par de tijeras de cocina, le hice un agujero en el centro para la cabeza, y me la puse a modo de poncho. En uno de los cajones de la cocina encontré una cuerda de algodón para atármela alrededor de la cintura. De esta manera no se estaba tan mal, pero tenía que secar mis ropas. Encendí la estufa de gas, y traje un poco más de cuerda para utilizarla como tendedero. Cuando la hube colocado en la esquina, encima de la estufa, escurrí las ropas en el baño y las colgué para que se secaran. Puse los zapatos cerca, en el suelo. Mi cartera era un desecho empapado de agua. Saqué el dinero y lo

extendí por encima del escritorio para que se secase. Ascendía a 170 dólares.

Acordándome entonces de la radio, fui hacia allí y subí el volumen justo para poder oír la emisora con la oreja pegada al altavoz. Estaban tocando *jazz* Dixieland. Cuando el disco se detuvo, el *disc jockey* puso un anuncio y luego dio la hora. Eran las nueve cuarenta y cinco. Le di cuerda a mi reloj y lo puse en hora. La música volvió a empezar. Probé alguna de las otras emisoras, pero no había ningún informativo. Quizás habría uno a las diez así que la apagué.

Las estanterías estaban al lado izquierdo de la radio. Me quedé mirándolas, y entonces me di cuenta con sorpresa de que todos los libros de las dos hileras superiores eran de la misma escritora, llamada Suzy Patton. Al menos había un centenar. Aparentemente, eran novelas con sobrecubiertas llenas de colorido, nuevas, como si estuvieran en las estanterías de una librería. Cogí algunas al azar y las ojeé, y vi que eran las mismas seis novelas traducidas a diferentes idiomas. Pude reconocer el español, el francés y el italiano, y el que pensé sería sueco o noruego, pero había algunos que no había visto nunca. Todas tenían la misma clase de sobrecubierta, exhibiendo chicas apetitosas con enormes escotes, polisión, y miriñaque, y tipos apuestos luciendo uniformes confederados. ¿*Patton*? ¿*Suzy Pattorú*? El nombre me era familiar, pero no había leído jamás uno de aquellos libros; no me gustaban demasiado las novelas históricas. Pero este debía de ser su chalet. No podía pensar en ninguna otra razón de por qué todas aquellas ediciones extranjeras habrían de estar aquí.

Eran casi las diez. Conecté la radio de nuevo y me puse en cuclillas con la oreja pegada al altavoz. Esta vez sintonicé las noticias. La primera parte estaba dedicada a Washington y Cabo Cañaveral, y a una nueva ventisca en el este. La Bolsa había abierto con una baja irregular.

—Y ahora las noticias locales —continuó el locutor.

Dos personas habían muerto en un accidente de coche. Un chiflado había intentado atracar una sucursal de banco con una pistola de agua. El alcalde en cama con la gripe asiática. A alguien no le gustaban las escuelas. Otro pensaba que las escuelas estaban en estupendas condiciones. Entonces me puse en tensión. Ahí

estaba:

«Según un boletín que acabamos de recibir, la intensa búsqueda de Russell Foley, marinero de esta zona, se ha centrado esta mañana en las inmediaciones de Carlisle, en la costa del Golfo, a unos cien kilómetros al oeste de Sanport. La policía informa de que un sombrero marrón parecido al que Foley llevaba cuando se le vio por última vez, con las iniciales R. F., fue encontrado cerca de la estación del ferrocarril en Carlisle justo después del amanecer, junto con huellas y señales de haber patinado en el barro próximo al ceda el paso, que indicaban que Foley había saltado de un tren de mercancías en movimiento. La policía cree con seguridad que se esconde en algún sitio de la ciudad, y todas las salidas de la zona han sido cerradas con barricadas por la policía local, oficiales del departamento del *sheriff* y la patrulla de carreteras.

»Se busca a Foley para interrogarle sobre el asesinato, la noche pasada, de Charles L. Stedman, detective de Sanport, durante una salvaje pelea ocurrida en el apartamento de Stedman. La policía, que había sido llamada por los ocupantes de un apartamento contiguo, llegó tan solo unos minutos después de que el asaltante de Stedman hubiera abandonado el edificio. Al no recibir respuesta a sus llamadas, forzaron la puerta y encontraron a Stedman muerto de una cuchillada. El asaltante, supuestamente identificado como Foley por otros dos inquilinos del edificio, se abrió paso hasta un bar en el edificio contiguo, pero escapó poco después por una puerta trasera.

»Foley, tercer oficial del petrolero *Jonathan Dancy* de la Southlands Oil Company, fue con anterioridad inquilino en el mismo edificio. Se cree que su esposa, de la que estaba separado, está en Reno para obtener el divorcio. La última vez que se le vio, vestía un traje de gabardina marrón, camisa blanca, corbata marrón a rayas, y un sombrero marrón supuestamente encontrado cerca de las vías del ferrocarril en Carlisle. Tiene unos veintisiete años, mide uno ochenta y cinco, pesa unos ochenta y seis kilos, con pelo rojo cobrizo y ojos azules, y la policía está convencida de que su rostro y sus manos mostrarán todavía magulladuras y cortes sufridos durante la pelea que precedió al apuñalamiento».

Eso fue todo. Apagué la radio, y me sentí enfermo. No había descripción del cuchillo o del arma con la que había sido

apuñalado, y no se mencionaba a nadie más. Tenía que ser alguien que ya estaba en el apartamento y que conocía la salida de la parte trasera, pero yo no había visto a nadie. Fui un estúpido al perder los estribos y salir corriendo, cuando me di cuenta de que estaba muerto —no había duda de eso—, pero realmente mi actitud no me beneficiaba.

Me fui a la cocina y me serví otro trago de *whisky*; y entonces la fatiga, el frío, y las doce horas seguidas de huida y de temor se me vinieron encima de golpe. Agarré otra manta, y en el mismo momento en que me echaba sobre el sofá cama me desvanecí y me quedé tumbado allí.

Cuando desperté seguía lloviendo y ráfagas de viento bamboleaban la casa. En la habitación había más o menos la misma luz, y por un momento pensé que tan solo había dormido unos minutos; entonces miré mi reloj y vi que eran más de las tres. Estaba empapado en sudor, y enredado en las mantas como si hubiera estado debatiéndome y dando vueltas. Iba a coger un cigarrillo cuando me puse en tensión, escuchando. Era el sonido de la puerta de un coche que se cerraba.

¿Habían vuelto para merodear? Salté del sofá y me deslicé hasta la ventana que daba a la calle. Atisé, apartando un poco la cortina, y sentí cómo la piel se me tensaba entre los omóplatos. No era la policía; era peor. El coche era un Oldsmobile azul, y se había detenido frente al garaje.

No había ningún sitio donde me pudiera esconder, y no podía huir sin nada puesto a excepción de una manta. No podía hacer nada, excepto permanecer allí indefenso y observar. No había nadie en el coche, pero pude oír el chasquido del pestillo cuando el conductor abrió el garaje. Entonces apareció ella de repente, una mujer alta con un abrigo oscuro, sujetando un impermeable de plástico sobre la cabeza y hombros. Pareció oscilar levemente, como apoyándose contra el viento, cuando abrió la puerta del coche y se deslizó detrás del volante. El viento cerró una de las puertas del garaje, y tuvo que salir de nuevo y ponerle un tope para mantenerla abierta. Volvió a entrar y metió el coche dentro.

Corrí a la cocina. En cuanto entrara vería la lata de comida abierta y el café, y tenía que sujetarla antes de que pudiera retroceder y huir. Podía oír el motor del coche, que seguía en

marcha, y luego un taconeo sobre el cemento. Las puertas del garaje se cerraron de golpe debido a una fuerte ráfaga de viento que sacudió el chalet. Esperé junto a la puerta en tensión. No pasó nada. Quizás había salido fuera e iba a entrar por la puerta principal. Volví rápidamente, sin hacer ruido, y escuché detrás de la ventana. No había nadie en el porche, a menos que estuviera totalmente inmóvil. Separé la cortina lo suficiente para atisbar. No se la veía por ningún sitio. La lluvia golpeaba sobre el porche y contra la ventana.

Corrí de nuevo a la cocina y permanecí en silencio con el oído pegado a la puerta, esperando oír sus pasos. Debía de estar descargando el coche. Habían pasado ya varios minutos desde que había entrado, y aún podía oír el ruido del motor en marcha, apenas audible por el ruido de la lluvia. ¿Había descubierto el cristal roto en aquella ventana, y huido? No, eso era ridículo. De cualquier modo, si algo la hubiera asustado, hubiera dado marcha atrás con el coche. Esperé, sintiéndome cada vez más perplejo. Había algo tétrico en aquello. ¿Por qué no había parado el motor? Podía oler cómo el monóxido de carbono empezaba a filtrarse por el canto de la puerta. ¿Estaba intentando suicidarse?

Abrí la puerta suavemente. Incluso con el cristal de la ventana roto, el olor de los gases del tubo de escape era agobiante. No la vi por ninguna parte ya que estaba casi a oscuras con las puertas del garaje cerradas, pero la portezuela del lado izquierdo del coche estaba abierta de manera que la luz interior se encontraba encendida, y pude ver que no estaba dentro. ¿Dónde podía haber ido? El coche prácticamente llenaba el garaje. Miré más atrás entonces, y la vi, más bien vi un brazo y una mano detrás de la rueda trasera de este lado. Había caído entre la parte trasera del coche y las puertas del garaje, y estaba tendida justo debajo del tubo de escape.

Bajé de un salto los dos escalones, abrí la puerta del coche de este lado y cerré el encendido. Me arrodillé, empezándome a asfixiar ya a causa de los gases, la cogí por ambos brazos y tiré de ella, sacándola de debajo del maletero. Era una mujer corpulenta y pesada, con el peso muerto y flácido del que está inconsciente. Jadeaba cuando conseguí colocarla sobre mi hombro. Me dirigí a la cocina a toda prisa, cerré la puerta de una patada, y la llevé

corriendo al dormitorio. La hice caer rodando sobre la cama, la giré sobre su espalda justo debajo de la ventana y le puse una mano sobre el pecho. Todavía respiraba. Separé la cortina. La ventana tenía bisagras. Levanté el picaporte de un lado y la abrí un poquitín, para que entrara el aire fresco, mientras sujetaba el bajo de la cortina, para conseguir que las ráfagas de viento le dieran en el rostro. Llevaba carmín en los labios, así que era imposible saber si tenía los labios azules o no, pero el color del resto de su cara parecía estar bien. Unas cuantas gotas de lluvia arrastradas por el viento le dieron en la cara, y se removió débilmente. Iba a restablecerse, pero si hubiera esperado otros cinco minutos en auxiliarla habría muerto.

Probablemente la había golpeado la puerta cuando se cerró de golpe. Entonces recordé la forma en que había zigzagueado cuando volvió a entrar en el coche la primera vez, y me incliné para olerle el aliento. Al menos una parte de los problemas de Suzy Patton, si es que era Suzy Patton, radicaba en la bebida. Yo no sabía qué tal combinaban el monóxido de carbono y el alcohol en el organismo humano, pero tenía el presentimiento de que en unos minutos iba a encontrarse muy mal.

Le quité los zapatos de tacón alto, y abrí la puerta del baño de un puntapié. Empezó a hacer esfuerzos por vomitar, y yo la llevé al baño y la sostuve en pie. Cuando acabó, mojé una toalla pequeña en el lavabo y le humedecí el rostro, mientras se apoyaba débilmente contra la pared del cuarto de baño, con los ojos cerrados. No los abrió hasta que estuvo de vuelta en la cama. Me echó una mirada y dijo «¡Oh, Dios mío!» y los cerró de nuevo. Hizo un débil intento de bajarse la falda. Se la enderecé, y se quedó quieta. Salí a la sala de estar y encendí un cigarrillo. Podía manejarla sin problemas, pero si la policía pasaba de nuevo y se daba cuenta de que las puertas del garaje estaban abiertas, estaba acabado. Miré mi reloj. Tendrían que pasar al menos tres horas más, antes de que oscureciera.

Permanecí de pie en la puerta y la observé. Era una chica corpulenta y llamativa, con pelo rubio casi tan blanco como el algodón. Medía aproximadamente uno setenta y cinco de estatura, pensé. Probablemente tendría de treinta a treinta y tres años. Llevaba el pelo corto al estilo italiano. Vestía una falda oscura, un suave suéter grisáceo y un abrigo corto de color orín. Llevaba

pendientes de oro y un reloj de pulsera que parecía caro, pero ningún anillo. Era un rostro rubio y hermoso, e incluso en su estado moribundo tenía el sello de la vitalidad.

Salí y calenté el café. Cuando volví con una taza, estaba sentada al borde de la cama sujetándose la cabeza.

—Pruebe un poco —dije.

Suspiró:

—¿Todavía estás aquí? Pensé que había muerto e ido a parar al infierno.

No parecía estar especialmente asustada. Probablemente, tal como se sentía en aquellos momentos consideraba que cualquier cosa que le sucediera ahora sería para mejorar. Le alargué el café, y tomó un sorbo. Encendí un cigarrillo y se lo pasé.

Le dio una chupada y se estremeció.

—¿Qué ha pasado?

—Te he sacado de debajo del coche. Una de las puertas del garaje te debe de haber golpeado en la cabeza.

Se palpó detrás de la cabeza e hizo una mueca de dolor.

—Ahora lo recuerdo. Y el motor seguía en marcha ¿no es así? He intentado levantarme y me he desmayado.

—Más o menos —dije.

Levantó los ojos hacia mí y sacudió la cabeza.

—Creo que estás desenfocado. Pareces Espartaco y sueñas como el sargento Friday. ¿Quién eres, y cómo pudiste entrar aquí?

—Me llamo Foley —dije—. Y forcé la entrada.

—Oh. Entonces tú debes de ser el tipo que están buscando. Hay controles en la carretera.

—¿Están registrando los coches?

—Solo les hacen ir despacio, creo, y miran en su interior. Yo estaba demasiado ocupada intentando parecer sobria para prestar mucha atención.

Le alargué el café de nuevo. Bebió un poco más.

—¿Por qué te están buscando? —preguntó.

—Green que maté a un policía.

Levantó la mirada rápidamente.

—Oh. Creo que eso salía en el periódico esta mañana. Algo sobre una pelea.

—Eso es —dije. Coloqué el café sobre el tocador—. ¿Cómo te

sientes ahora?

—Fatal. Pero gracias por sacarme fuera de ahí. Tal y como están las cosas, me has salvado la vida.

—¿Te has de encontrar con alguien aquí? —pregunté.

—No. ¿Por qué?

—Tenía que saberlo. ¿Es tu chalet?

Asintió con la cabeza.

—¿Entonces eres Suzy Patton?

—Exacto. Suzy Patton, la acabada. La que fue escritora.

Me pregunté si aún estaría borracha.

—¿Qué quieres decir?

—No importa —dijo—. Es algo que un exescritor nunca intenta explicar a alguien que no escribe. No hay palabras, si es que me comprendes.

—Probablemente no —dije—. Pero no importa. Tan solo estate quieta, y no intentes avisar a la policía o salir de aquí.

—¿Estás intentando amenazarme? —preguntó.

—No te pongas difícil —le dije—. No voy a hacerte daño, pero te ataré si es necesario.

—¿Qué esperas ganar con eso?

—Tiempo. Si puedo esconderme el tiempo suficiente, puede que piensen que he escapado y pueda salir.

Tenía unos ojos gris claro que no parecían sentir miedo.

—Es una forma estúpida de actuar. ¿Por qué no te entregas?

—Me caería cadena perpetua. O me llevarían a la silla eléctrica. Déjalo.

—Te cogerán más tarde o más temprano. Lo sabes.

—No estoy intentando hacer planes a largo plazo —dije fríamente—. Van tras de mí, y si me cogen va a ser duro. Funciono minuto a minuto. Cuando he utilizado este minuto, empiezo con el siguiente.

—¿Y entretanto vas a añadir una acusación de secuestro, para empeorarlo?

—No va a empeorar —dije.

—¿Así que te propones quedarte aquí?

—Eso es.

Suspiró.

—Bien, ¿podría sacar el bolso del coche? ¿O va en contra de las

reglas?

—Iremos los dos y lo cogeremos. Eso es, si crees que ya puedes andar ahora.

—Estoy bien. Excepto que tengo un insoportable dolor de cabeza.

Se puso los zapatos y se levantó. Parecía estar bastante serena. Salimos por la cocina.

—Espérate ahí en la puerta —dije—. Yo lo cogeré.

Bajé al garaje, vigilándola al mismo tiempo. No hizo ningún intento de dar la vuelta corriendo y salir por la puerta principal. Entré el bolso. Cogió agua del grifo y se tragó un par de aspirinas; luego volvimos a la sala de estar. La atravesé y palpé mis ropas. La camisa y los calzoncillos estaban casi secos, pero el traje seguía empapado. Cuando volví la cabeza, vi que se había metido en el dormitorio. Quizás intentaba salir por la ventana. Corrí a la puerta y miré al interior. Estaba de pie ante el espejo del tocador, retocándose con calma el lápiz de labios. Me miró interrogadoramente.

—¿Qué sucede?

—Pensé que intentarías escapar.

—¿Con esta lluvia? No seas estúpido.

Con los labios prietos inspeccionó el resultado, y dejó caer la barra de carmín en el bolso. Luego se peinó. Era una chica muy elegante; y espectacular, y de las que no se ponen nerviosas.

—No te asustas fácilmente, ¿no es así?

—Ya no —dijo. Dejó caer el peine en el bolso y me miró—. ¿Debería hacerlo?

—¿Por qué no?

Me dedicó una sonrisa.

—He tenido dos matrimonios fracasados. Paso de los treinta. Estoy totalmente sola. Y estoy acabada como escritora. Así que ¿qué es lo que me va a hacer, señor Foley? Piensa en algo.

—De acuerdo. Pero no intentes salir de aquí.

—¿Quién dijo que lo iba a hacer? Este es mi chalet, ¿no es así? No tengo la intención de ser expulsada de él por un gladiador fuera de lugar que se esconde de la policía.

Intenté leer lo que pasaba detrás de aquel rostro rubio, pero no conseguí nada. Había una posibilidad, desde luego, de que no

estuviera preocupada porque alguien iba a encontrarse con ella aquí. Y cuando él llegara no podría controlarles a los dos. Bueno, todo lo que podía hacer era esperar.

3

EL VIENTO SACUDIÓ la casa de nuevo, y la lluvia azotó las ventanas. Pasaba un poco de las cuatro, y dentro de dos horas empezaría a oscurecer. Podía oír el repiqueteo del candado de las puertas del garaje al ser golpeadas por ráfagas de viento. Suzy estaba sentada en la tumbona que había junto a la mesita de café, fumándose un cigarrillo con calma.

—¿No ponía en el periódico que eras un oficial de la marina mercante? —dijo.

—Exacto —dije—. Tercer oficial de un petrolero.

—¿Entonces por qué tuviste problemas con un policía? Tú no eres un criminal.

—Era personal —repliqué—. No tenía nada que ver con que fuera un policía.

—¿Fuiste allí con la intención de matarle?

—No.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—No lo hice.

—¿Qué?

Oí un coche que venía por la carretera. Girándome con rapidez, me escurrí hacia la ventana y atisé. Era un coche de la policía, que pasaba lentamente con sus limpiaparabrisas golpeando contra la lluvia. Siguió adelante, pero volvió a los pocos minutos, y tuve que volver a repetirlo todo de nuevo. Pasó sin reducir la velocidad. No se habían dado cuenta. Suspiré. Ella dijo algo.

—¿Qué? —pregunté, apartándome de la ventana.

—¿Era un coche de la policía?

Asentí.

—¿Por qué estás tan preocupado? No tienen ningún motivo para entrar aquí.

Le conté que ya habían estado antes.

—Si descubren que tu coche está aquí ahora, van a entrar solo para asegurarse de que estás bien.

—Oh —dijo—. ¿Así que este es el motivo por el que no podemos encender la chimenea?

—Desde luego.

—¿Qué harás si vienen?

—¿Qué puedo hacer? —Me encogí de hombros—. Si no acudes a la puerta, sospecharán que pasa algo, y entrarán. Creen que voy armado.

—Entiendo —dijo.

Alargué la mano para tocar de nuevo las ropas. El traje estaba aún húmedo. Cuando me di la vuelta ella estaba observándome. Apartó la mirada. Era la segunda o la tercera vez que lo hacía, y me pregunté qué estaba pensando.

—¿Estabas armado cuando fuiste al apartamento de ese detective? —preguntó.

—No —dije.

—¿Estabas borracho?

—Había tomado cinco o seis copas.

—Debías de saber que podría estar armado. Después de todo, era un policía.

—Supongo —dije de mal talante—. Ni siquiera pensé en ello. Todo lo que me interesaba era partírla su gorda cara. Y en cuanto a lo de tener yo un arma, podría haber tirado veinte de ellas ya. Tal como está mi caso, un abogado me aconsejaría que me declarara culpable y rezara.

Ella sacudió la cabeza.

—Pensaba que el periódico decía que lo mataron con un cuchillo. Eso demostraría que no ibas armado. ¿De quién era el cuchillo? ¿Tuyo?

—¿Cómo lo voy a saber? —dije—. No lo vi.

—No lo dirás en serio.

—Claro que no. Es solo que la silla eléctrica evidencia lo que

hay de payaso en mí. ¿Te gustaría ver mi imitación de Red Skelton?

—No te pongas sarcástico. No te estoy obligando a permanecer aquí.

Se recostó en la tumbona y señaló hacia el sofá con su cigarrillo.

—¿Por qué no te sientas y me lo explicas todo?

—¿Qué te importa? —pregunté.

—Probablemente, nada. Pero si vamos a permanecer encerrados juntos el resto de nuestras vidas, también podríamos charlar.

Me senté enfrente de ella, al otro lado de la mesita, y encendí un pitillo.

—Había tenido problemas con él antes. Hace unas dos semanas le amenacé con aplastarle la cabeza si no iba con cuidado. Lo hice delante de testigos, así que eso también ayuda. No te molestes en decirme que este tipo de cosas son estúpidas; lo sé, pero cuando se trata de individuos como Stedman tengo muy poco aguante. Es un conquistador, uno de esos tipos terriblemente engreídos y vanidosos que tienen que dar de sí lo más posible para que todas las chicas tengan una oportunidad. Especialmente aquellas cuyos esposos pasan mucho tiempo fuera.

»Mi esposa era cantante de un club nocturno. Hemos estado casados un año. Pero no funcionó demasiado bien, porque no es fácil estar casada con un sujeto enrolado en un petrolero, a menos que, precisamente, te guste estar sola la mayor parte del tiempo. Subimos hasta la costa este y volvemos como un tren de circunvalación, estamos quince días fuera y uno en casa, con la excepción de que tenemos unas largas vacaciones una vez al año. No lo pudo aguantar. En el último viaje descubrí que había estado saliendo con Stedman. Era soltero y tenía un apartamento en el mismo edificio, el Wakefield, en el n° 1200 de la avenida Forest. Tuvimos una auténtica pelea, y la misma noche me tropecé con Stedman en el bar Sidelines, ubicado en la manzana siguiente, y discutí con él. El dueño del local es un buen amigo mío y nos interrumpió, disuadiéndome de mis propósitos.

»La otra tarde cuando atracamos, me enteré. De lo del divorcio, quiero decir. Ella estaba en Reno con el coche y la mayor parte de nuestra cuenta bancaria conjunta. Hacia las nueve llegué a la parte alta de la ciudad desde la refinería, y me detuve en el Sidelines para tomar unas copas, y cuanto más lo pensaba más me enfurecía.

Quiero decir, no estaba deshecho por ello; qué demonios, lo nuestro casi estaba acabado, pero no me gusta que me tomen por un primo, al menos no individuos como Stedman; así que subí a su apartamento.

»Cuando abrió la puerta y vio quién era intentó cerrarla de nuevo, pero entré de un empujón y le golpeé. No llevaba el arma ni la pistolera, desde luego, porque estaba fuera de servicio, pero distaba mucho de ser una persona fácil de vencer. Era un poco más pesado que yo, y realmente sabía pegar. Dejamos su sala de estar completamente patas arriba. El gerente de los apartamentos empezó a aporrear la puerta diciendo que iba a llamar a la policía. Nos habíamos zurrado de lo lindo y nos quedamos sin aliento a los cinco minutos.

»Cuando salí, Stedman estaba de rodillas en el centro de la sala de estar, intentando levantarse, y yo mismo no estaba en mejores condiciones. Estaba grogui a causa de los puñetazos que había recibido, y algunas heridas que le había hecho en la cara me habían manchado de sangre las manos y la ropa. El gerente se había ido del pasillo, pero me encontré con dos inquilinos que me conocían de vista. Volví al Sidelines, pero antes de llegar oí la sirena y vi un coche patrulla que se detenía frente al Wakefield. Una vez en el bar, me metí en el servicio para lavarme. Tardé unos tres o cuatro minutos en quitarme la sangre y arreglarme la ropa; entonces oí a unos policías que entraban en el bar para buscarme. Desaparecí por la puerta trasera que daba al callejón, ya que no quería pasar la noche en la cárcel y arriesgarme a perder mi barco por la mañana, y me figuré que para cuando volviera del siguiente viaje aquello se habría olvidado, y como máximo tendría que ir y pagar una multa. Para entonces ya empezaba a llover; me metí en un cine.

»Era sobre la una de la madrugada cuando salí. Telefoneé al Sidelines y le pregunté a Red Lanigan si la borrasca se había calmado lo suficiente como para que pudiera volver y tomar un trago, y entonces fue cuando se me empezó a derrumbar el techo. Fingió que yo era otra persona, y dijo que Stedman había muerto de una cuchillada y que la policía estaba desmontando la ciudad intentando encontrar a un marino llamado Foley. Pensé que estaba bromeando, pero antes de que pudiera decir nada más me colgó. Telefoneé al apartamento de Stedman. Contestó un hombre sin

identificarse, y no era la voz de Stedman. Aún seguía sin tener ningún sentido, pero estaba empezando a asustarme. Paré un taxi, pensando pasar por el bloque de apartamentos y ver si había coches de policía enfrente; pero el conductor no hacía más que mirarme por el retrovisor. Al principio pensé que era debido al ojo morado y a las magulladuras que tenía en la cara, pero luego empecé a pensar. Quizás la policía había radiado mi descripción, así que le pagué y me bajé, le seguí mientras se alejaba en dirección contraria, y me metí en un callejón, y en menos de dos minutos la esquina donde me había apeado estaba rodeada de coches de policía. Imagino que entonces perdí la cabeza completamente. Estuvieron a punto de cogerme dos veces durante la siguiente hora, y la última vez fue cerca de los almacenes del ferrocarril. Les perdí en medio de la oscuridad y la lluvia, y vi un tren de mercancías que salía de la estación. Corrí y me subí, metiéndome en un vagón.

Ella sacudió la cabeza.

—Probablemente, esta es la historia más fantástica que he oído nunca.

—Exacto —dije—. ¿Así que debería entregarme y explicársela a ver si se ríen?

—¿No hubo ningún cuchillo durante la pelea? ¿Y tú no viste ninguno?

—No —dije.

—¿Y él estaba de rodillas, aún vivo, cuando tú saliste?

—Eso es. Quizás salió peor librado de la pelea, pero no estaba malherido, no más que yo. Era un chico bastante fuerte.

—¿Cerraste la puerta al salir?

—Supongo que sí. Estaba bastante aturdido, pero hubiera sido lo lógico.

Asintió con la cabeza.

—¿Dices que el gerente se había ido a llamar a la policía, pero que había otras personas en el pasillo?

—Exacto. Había una mujer que estaba medio fuera de la puerta del apartamento de al lado. Probablemente ya había llamado a la policía. Al menos, según las noticias de la radio, fue algún vecino. No sé cómo se llama, pero la conocía de vista, y supongo que ella me conocía a mí. Se escondió cuando me vio salir de la puerta de Stedman. Y luego me encontré con otro inquilino por la escalera.

Hizo un gesto con el cigarrillo.

—No es eso lo que quiero decir. Apparently no hay problema en cuanto a identificación. Pero cuando saliste, ¿esta mujer no pudo haber visto su sala de estar? ¿Y confirmar que aún estaba vivo?

—Imposible —dije—. Estaba en su propia puerta, en el mismo lado del pasillo.

—¿Y cuánto tiempo supones que pasó desde que tú saliste hasta que la policía llegó y le encontró muerto?

—No lo sé —dije—. Entre tres y cinco minutos probablemente. Bajé un tramo de escaleras y salí del edificio; me encontraba a una manzana de distancia cuando el coche patrulla se detuvo en la entrada. Tuvieron que averiguar qué apartamento era, y luego forzar la puerta.

—¿Cómo sabes que tuvieron que forzarla?

—Lo dijo la radio.

Asintió.

—Entonces tú debiste de cerrarla, y era de cierre automático.

—Probablemente. A menos que él la cerrara, o entrara o saliera alguien más después de mí.

—No —dijo ella—. Esa mujer no hubiera abandonado su asiento de primera fila. Se hubiera quedado allí vigilando el vestíbulo hasta que llegara la policía. Si alguien más hubiera entrado o salido, ella lo habría dicho.

—Entonces tenía que ser alguien que ya estaba en el apartamento cuando yo llegué.

—¿Cómo pudo salir?

—A través de la cocina y bajando por la escalera de servicio que da al garaje en el sótano. Hay una salida a un callejón, en la planta baja.

—Humm —dijo—. ¿Pero tú no viste a nadie más en el apartamento?

—No. Pero únicamente estuve en la sala de estar.

—¿No viste ningún abrigo, chal, sombrero, o bolso, o algo?

—No. Aunque tampoco me habría dado cuenta si hubiera habido uno. Estaba furioso, solo vi a Stedman.

—Si había alguien ahí, ¿por qué iba a decidir de repente matar a Stedman? Probablemente, sería un amigo o un conocido.

—O una de sus amiguitas. No lo sé. Todo lo que sé es que él estaba bien cuando salí de la habitación, y que apenas cinco minutos después estaba muerto.

—¿Piensas que alguien se lo va a creer?

—Claro que no. ¿Por qué crees que hui?

—Tienes una cosa en tu favor —dijo—. Es lo bastante estúpido como para ser verdad. Cualquiera podría inventar una historia mejor.

Me encogí de hombros, y me levanté para merodear nerviosamente por la habitación. La luz se desvanecía gradualmente dentro de la casa. Me volví, y sus ojos me miraban. Esta vez no apartó la mirada y sacudió la cabeza pensativamente.

—Sigo intentando decidir si te pareces más a un gladiador romano —dijo— o a un disoluto monje medieval al que han cogido en el dormitorio equivocado.

—Bueno, mis ropas estarán secas dentro de un momento.

—Oh, no me importa. Es una combinación fascinante: una sotana y un ojo morado.

Había algo provocativo en su tono, y cuando me volví rápidamente para mirarla vi lo mismo en sus ojos. Me coloqué a su lado. Se apartó sutilmente, y me senté en el borde de la tumbona.

—¿No podemos encender el fuego? —preguntó en tono burlón.

—No.

—Piensa en lo agradable que sería —Sonrió—. El hogar encendido y el sonido de la lluvia.

—Y la policía derribando las puertas a patadas.

—A lo mejor podría hacer que se fueran.

—Seguro que podrías —dije.

—¿No lo crees así? —Pasó un dedo suavemente sobre el cardenal que tenía en la mandíbula—. ¿Duele?

—No —dije.

La besé. Sus labios se separaron y sus brazos se apretaron ferozmente alrededor de mi cuello. Luego susurró en mi boca.

—Es el aspecto que tienes con esa ropa. No he podido apartar mis ojos de ti.

La besé de nuevo. Su garganta emitió un pequeño quejido, pero luego se desasíó de mí y se levantó. Su rostro estaba sonrojado y su respiración era desigual, cuando eludió mis manos y corrió hacia la

habitación contigua. La cogí junto a la cama.

—Hace tanto frío aquí dentro —murmuró—. ¿Cerraste esa ventana?

Alargué la mano por encima de la cama para apartar la cortina y asegurarme, y entonces me golpeó con un hombro y ambos brazos. Giré en redondo, aterricé en una esquina de la cama, y resbalé hasta el suelo. Salió corriendo hacia la sala de estar y cerró la puerta de un portazo. Me levanté, enfurecido. Lo echaría todo a perder escapándose de esta manera; no había cerradura en la puerta.

Salí corriendo tras ella, golpeé la puerta y giré el pomo. Se abrió menos de un palmo, y se quedó atascada, y me di de bruces con ella. Algo la sujetaba por la parte inferior. Pude oír el sonido de sus tacones mientras corría a la cocina. Enfurecido, retrocedí y volví a golpear la puerta tan fuerte como pude. La parte superior saltó hacia afuera unos cuantos centímetros, pero la parte inferior apenas se movió. Oí la portezuela del coche que se cerraba en el garaje, y luego el motor que se ponía en marcha. Arremetí frenéticamente contra la puerta, y esta vez conseguí que cediera. Era demasiado tarde. Estaba saliendo marcha atrás del garaje. Corrí a la ventana delantera, justo a tiempo de verla salir con el impermeable de plástico sobre la cabeza, cerrar las puertas del garaje, y luego con calma volver a entrar en el coche y marcharse. Ella sabía que estaba segura una vez estuviera fuera de la casa.

Me alejé, maldiciendo amargamente, y encendí un cigarrillo. No servía de nada ni siquiera el intentar huir; ellos estarían aquí en menos de cinco minutos. Al demonio con ella, de todas maneras; era esta la recompensa por salvarle la vida. Luego me maldije por haber sido tan estúpido de dejar las llaves en el coche. Me había olvidado de ellas en las prisas por librarla de aquel monóxido de carbono. Y ahora le había dejado que me tomara el pelo.

¿Pero cómo había atrancado la puerta? Ahora ya no importaba, pero fui hacia allí y lo miré. Era ingenioso. Había metido la punta del atizador debajo. El atizador tenía un gran mango, actuando a modo de cuña; cuanto más empujaba, más se atascaba. Suzy era una chica muy ingeniosa. La llamé eso, y varias otras cosas.

Fui al otro lado, arranqué mis ropas de la cuerda de un tirón, y me vestí. Encontraría un coche de policía a un kilómetro de allí, y era mejor que estuviera preparado para cuando llegaran. Me saqué

la manta y la lancé con rabia al otro lado de la habitación. Me detuve para escuchar, pero no oí nada, excepto la lluvia. Pasó un minuto y otro, mientras me ponía los pantalones, la camisa y los zapatos. ¿Qué estaban haciendo, acercarse a hurtadillas? Ella debía de haberles dicho que no iba armado. Fui a la ventana y atisbé. La carretera estaba desierta y barrida por la lluvia en la creciente oscuridad, sin que se vieran coches por ninguna parte.

Pasó toda una hora antes de que me atreviera a creerlo. No había informado de que estaba aquí. Me pregunté por qué. ¿Había tenido un accidente?

Antes de que hubiera oscurecido totalmente, comí un poco de carne en conserva y bebí una taza de café. Apagué la estufa de gas por temor a que pudiera verse a través de las cortinas, me aseguré de que las puertas exteriores estaban cerradas y me acurruqué en el sofá con una manta. Seguía lloviendo. Daba sensación de soledad.

El *Dancy* habría zarpado esta tarde, y ya habría salido de las boyas marinas y se estaría abriendo paso en dirección sudeste hacia los estrechos de Florida. Encendí un cigarrillo y di una rápida mirada a la hora. Yo estaría subiendo al puente llevando un impermeable para iniciar mi turno de guardia. La nostalgia y la añoranza me envolvieron. Las aparté de la mente.

Por la mañana seguía lloviendo, no tan fuerte, pero con una continua llovizna gris que parecía como si pudiera seguir así durante una semana. Hice café y escuché las noticias de la radio. La policía seguía convencida de que me tenía cercado en las inmediaciones de Carlisle y continuaban mi búsqueda. La única cosa que podía hacer era permanecer allí tanto tiempo como pudiera. No había manera de explicar por qué ella no había ido a la policía; pero no lo había hecho, así que probablemente no iba a ir. Registré el lugar, intentando encontrar una cuchilla para poder afeitarme, pero no había ninguna. El ojo morado estaba aún hinchado y con mal color; pasarían días antes de que desapareciera. Y para entonces la barba de color rojizo tendría peor aspecto. De cualquier manera, atraería la atención; parecía no haber solución.

El día transcurría lentamente. Registré las hileras de libros de Suzy hasta que encontré una edición en inglés e intenté leer. La

acción ocurría en Nueva Orleans durante la Guerra Civil, y estaba llena de intriga y de ardientes escenas de cama. La mayoría de las chicas eran menudas y rubias, con un alto grado de fogosidad y un bajo punto de inflamación. Sus descripciones eran como versiones a escala reducida de la misma Suzy; y el pensar en ellas me la recordaba y me hacía sentir incómodo.

Después de un rato guardé el libro. Y justo al anochecer, oí un coche que se acercaba y se detenía frente al garaje. Miré afuera. Era Suzy.

4

ENTRÓ EL COCHE, cerró el garaje, y subió corriendo al porche delantero. Oí su llave en la cerradura. Entró y cerró la puerta rápidamente. Llevaba otro conjunto de suéter y falda, y un abrigo oscuro, y su rostro estaba ligeramente húmedo por la lluvia. Llevaba un maletín debajo del brazo.

Empecé a decir algo, pero sacudió la cabeza a modo de advertencia. Acercándose me susurró al oído:

—Hay algunos hombres por la carretera, a pie. Tenemos que darnos prisa. He vuelto para sacarte de aquí.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Y por qué?

—No hay tiempo para preguntas. Ponte el abrigo, y saca esa cuerda de tender, mientras vacío los ceniceros y me deshago de las latas de comida. No podemos dejar ninguna señal de que has estado aquí.

Me puse el abrigo, recogí mi billetero, me metí la corbata en el bolsillo, y quité la cuerda. Puso en orden el lugar a toda velocidad, y recogió la manta que yo había utilizado como poncho. Me hizo un gesto para que la siguiera y salimos al garaje. Ahora ya casi no había luz y apenas podía ver la silueta del coche. Ella abrió el maletero y solo pude distinguir que la rueda de recambio había sido quitada, y que había algunas mantas, un abrigo y un sombrero.

Me puso los labios contra la oreja.

—Métete. Lo arreglaré para que puedas respirar ahí dentro.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A Sanport. Es el lugar más seguro para ti por ahora. Date

prisa. Van a empezar a registrar estos chalets.

Me metí dentro y me acurruqué sobre las mantas. Bajó la tapa lentamente para calcular el espacio libre, y luego la apretó hasta que el pestillo emitió un chasquido. Estaba encerrado. Se me ocurrió, ahora que era demasiado tarde, que estaba completamente a su merced. Todo lo que tenía que hacer era conducir hasta el coche patrulla o la comisaría de policía más cercanos y entregarme como a una ostra sobre media concha, si quería. Al ayudarme se estaba arriesgando mucho, y sin embargo había aceptado mi historia sin hacer preguntas. Pero de todas formas, si hubiera querido entregarme, lo hubiera hecho ayer, ¿no era así? No lo sabía. Ya nada tenía sentido.

Oí el golpeteo de sus tacones cuando volvió a entrar en la casa. Regresó al cabo de dos o tres minutos, puso algo dentro del coche, y abrió las puertas del garaje. Sacó el coche marcha atrás. Podía oír la lluvia tamborileando sobre el metal, justo encima de mi cara. Cerró el garaje, e iba a entrar de nuevo en el coche, cuando oí otro chapoteo a través de los charcos de la carretera que teníamos detrás. Se detuvo.

Pequeños escalofríos me corrieron por la columna cuando oí el gruñido y la cháchara de la radio de la policía. Unos hombres estaban bajando del coche. Se acercaron al nuestro.

—¿La señorita Patton? —preguntó uno de ellos.

—Sí —dijo fríamente—. ¿Qué pasa?

—Estamos registrando estos chalets buscando a ese hombre, Foley, que se esconde por aquí. ¿Estuvo usted ahí dentro ahora mismo?

—Solo unos pocos minutos —dijo—. Volví a buscar los papeles que olvidé cuando estuve aquí ayer. ¿Por qué?

—¿No vio ninguna señal de que hubiera forzado la entrada?

—No. Todo parecía estar bien.

—¿Entró usted en todas las habitaciones?

—Sí —dijo—. Pero, espere. Lo que sí observé ayer fue que alguien había roto un cristal de la ventana del garaje.

—Ya lo sabemos. Bueno, ya no la entretendremos más.

Volvieron a pasar junto al coche, se metieron en el coche patrulla, y se alejaron por la carretera. Suspiré aliviado. Ella retrocedió fuera de la calzada, se detuvo y arrancó hacia adelante.

En un momento, noté que el coche giraba a la derecha. Estábamos en una de las calles principales que subía atravesando la ciudad y dividía en dos la autopista. Oí pasar otros coches. El tráfico se volvió más denso, y dos veces nos detuvimos en los semáforos. Podía oír a los peatones que cruzaban. Luego giramos a la derecha una vez más, y aceleramos. Estábamos en la autopista.

Entonces, bruscamente, redujimos velocidad y empezamos a avanzar poco a poco. Nos detuvimos, y luego arrancamos de nuevo lentamente. El control de carreteras, pensé. Oí de nuevo una radio de policía, a no demasiada distancia, y la voz de un hombre dijo:

—Muy bien, señora.

Empezamos a ganar velocidad. Suspiré lentamente. Estábamos fuera de su alcance.

Intenté adivinar adónde me llevaba, y por qué, pero renuncié. Ella había dicho a Sanport y, si había adivinado correctamente todos los giros, esa era la dirección en la que íbamos, pero quedaba en el misterio a qué parte de la ciudad se refería y qué estaba tramando. Intenté adivinar qué hora era, y pensé que debían de ser más de las seis. Probablemente afuera estaba oscuro, a juzgar por la impenetrable oscuridad que reinaba en el maletero. Me podía mover un poco, y parecía haber gran cantidad de aire. Escuché el agudo quejido de los neumáticos sobre la carretera mojada, y deseé que fuera una buena conductora. Encerrado en el maletero entre llamas sería una forma horrible de morir. Entonces me dije que ya tenía suficientes cosas por las que preocuparme ahora.

Al cabo de una hora, empezó a reducir velocidad y volvió a girar. Los sonidos cambiaron. Ya no había tantos coches que iban en dirección contraria. Disminuyeron, hasta que pareció que nos encontrábamos casi solos en la carretera, y además la carretera era incluso diferente. No estaba alquitranada y conducía más despacio. Me pareció oír la resaca del mar. Se detuvo y apagó el motor. Podía oír la lluvia de nuevo, tamborileando suavemente sobre el metal, sobre mí. Al poco estaba colocando la llave en la cerradura.

Salté fuera. Había apagado los faros, pero me di cuenta de que nos encontrábamos en una playa desierta con una ligera resaca que subía por la arena, justo más allá de donde estábamos. Detrás había la oscura línea de unos matorrales. La lluvia caía suavemente sobre mi cabeza.

—Coge el abrigo y el sombrero —dijo, y se metió rápidamente en el coche.

Los saqué, cerré el maletero y me senté a su lado. Podía ver únicamente la pálida mancha de su rostro y la rubia cabeza.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—West Beach, al sur del aeropuerto —replicó—. Estamos bastante seguros. En una noche como esta, no vendrán muchos coches por aquí.

—¿Me vas a dejar aquí? ¿Es eso?

—No te voy a dejar para nada. Eso es, a menos que quieras que te deje. ¿Lo quieres?

—No bromees —dije—. ¿Pero por qué estás arriesgando el pescuezo de esta manera? Podrías pagarlo muy caro.

—Lo sé —dijo—. Toma.

Sacó cigarrillos de su bolso y le dio un golpe al encendedor. Pude ver el contorno de su rostro y los ojos grises de mirada alerta y débilmente cínica, en el suave resplandor naranja que produjo la llama.

—¿Cuál es el trato? —pregunté.

—No hay trato —dijo fríamente—. Excepto que podrías interesarme. Es posible.

—¿Por qué no avisaste a la policía cuando te escapaste ayer? Pensé que lo ibas a hacer.

—Naturalmente, pero descubrí que no podía. No estoy segura del porqué. A lo mejor fue porque salvaste mi vida, a pesar de que no estoy segura de que valga la pena salvarla. De todas maneras, me fui a casa y no dije nada, pensando que simplemente podría dejarte que te escondieras ahí hasta que encontraras una oportunidad de escabullirte y huir.

—Entonces, ¿por qué volviste?

—Por varias razones. En primer lugar, pensé en tu historia y empecé a comprobarla. Es interesante. Y entonces se me ocurrió que si te cogían en el chalet, podría verme implicada y acusada de esconder a un fugitivo. Después de todo, podía probarse que yo había estado ahí después de que hubieras entrado, y, por lo tanto, debía saber que estabas en el lugar y no lo había denunciado. De modo que sería más seguro seguir adelante, sacarte de allí y llevarte a un lugar donde no te pudieran encontrar. Esta tarde he leído en el

periódico que registrarían todos aquellos chalets.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A mi apartamento —dijo—. Sanport es el último lugar en que te buscarían ahora, y estarás completamente fuera de la vista hasta que se te cure la cara. Te he conseguido más ropas. Pero vamos a tener que esperar hasta medianoche para entrar sin que nadie te vea. Entre tanto, hay muchas cosas que quiero decirte.

—Yo también tengo que decirte un par de cosas —dije—. Creo que eres maravillosa. Y un millón de gracias.

Hice un movimiento hacia ella. Puso una mano sobre mi pecho.

—Tranquilo chico. No empieces con el numerito del coche aparcado. No somos adolescentes, además he dicho que quería hablar contigo.

—De acuerdo. ¿Qué pasa?

—Primero, quiero hacerte una pregunta. ¿Hasta dónde crees que puedes confiar en tu amigo Red Lanigan? Cuéntame algo sobre él.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué sabes sobre Red?

—Prácticamente nada, excepto que he hablado hoy con él.

—¿Sabe quién eres?

—No —replicó—. Le he llamado por teléfono diciendo simplemente que era una amiga tuya y que a lo mejor podría ayudarte. Lo que estaba haciendo, desde luego, era comprobar tu historia, o, al menos, la parte de ella que él conocería. Y ha explicado igual que tú. Creo que estás diciendo la verdad, y también estoy empezando a creer que había alguien en el apartamento de Stedman cuando llegaste allí. Y he sacado la conclusión de que también Lanigan cree que existe tal posibilidad. ¿Qué hay de él?

—Es un buen chico. Fue jugador profesional de rugby. Yo también había jugado al rugby en la escuela superior, y estoy chalado por el juego profesional, así que nos hemos hecho muy buenos amigos en los dos años que hace que le conozco. El Sidelines es un bar de barrio, y yo vivía en el edificio de al lado. Eso es, cuando estaba en el puerto. Así que era un cliente asiduo; ya sabes cómo son estos sitios de barrio. A veces nos vamos a pescar juntos durante mis vacaciones. Fue Red el que me impidió saltar sobre Stedman ahí en el bar en mi último viaje. Stedman también acostumbraba frecuentarlo bastante, ya sabes. Junto con varios otros detectives. Pero ¿a qué viene todo eso?

—Creo que tiene algo que decirte. Sobre una chica.

—¿Qué chica? —pregunté rápidamente.

—Él no lo sabe, excepto que piensa que Stedman podría haber estado enredado con ella.

—Stedman estaba enredado con muchísimas chicas. Incluyendo a mi esposa.

—Lo sé —dijo—. Lanigan me contó un poco sobre él. Y, dicho sea de paso, tu esposa está en Reno, por si tenías dudas. La policía lo comprobó a través de la policía de Nevada.

—¿Por qué? —pregunté.

—Intentando establecer tus motivos. Ella admitió haber ido con Stedman a clubs nocturnos un par de veces, pero dijo que esto es todo lo que hubo.

—Seguro, seguro —dijo—. Él solo era un *boy scout*. Todo el mundo lo sabe. ¿Pero qué hay de la otra chica?

—No me dijo mucho. Saqué la conclusión de que era solamente una idea que tenía, pero quiere que te pongas en contacto con él. Sugirió que llamasess a la cabina telefónica que hay en el bar. Me dio el número. ¿No supondrás que eso podría ser una trampa? Quiero decir, que la policía podría interceptarla.

Pensé en ello.

—No. No lo creo. Red tiene mucho que perder si se pone en una posición peligrosa para ayudarme a esconderme de la policía, pero no creo que me traicionase. Quiere utilizar la cabina telefónica porque es una cabina cerrada y podría hablar sin que le oyeran. ¿Dónde podría conseguir un teléfono sin que me vieran?

—En mi apartamento —dijo—. Pero pasarán horas antes de podernos meter en él sin tropezamos con alguien.

—Quizás en una estación de servicio.

—Espera —interrumpió—. Ya lo sé. El parque de diversiones de la playa al final del bulevar Tarleton. Está cerrado en esta época del año, pero hay algunas cabinas telefónicas en la acera.

—¿Te importa? —pregunté.

—Vamos —replicó—. Ponte el abrigo y el sombrero. Y súbete el cuello.

Estaba a menos de diez kilómetros arriba de la playa, una especie de Coney Island en miniatura, a unos cinco kilómetros del centro de Sanport. Encontramos pocos coches. Los dos muelles

donde estaban las atracciones, cerrados durante el invierno, aparecían oscuros y llenos de malos presagios bajo la lluvia. Ella aminoró la velocidad. A la izquierda, todas las cabinas estaban cerradas, y la única iluminación provenía de las farolas de la calle. Podía ver el oscuro arco de la gran noria y el accidentado y negro trazado de la montaña rusa.

—Allí hay una —dijo ella.

La blanca cabina telefónica se encontraba a la izquierda, cerca de la entrada de un restaurante especializado en bistecs que estaba tapiado. Se detuvo y sacó un pedazo de papel de su bolso.

—Este es el número. Y una moneda de diez centavos, por si no tienes cambio.

Me deslicé fuera del coche y crucé la calle con el cuello del abrigo subido y el ala del sombrero inclinada sobre el rostro. Pasó un coche, pero yo estaba al otro lado de espaldas a sus faros. Cuando cerré la puerta de la cabina se encendió la luz. Me encorvé sobre el aparato, con la espalda hacia la acera, sintiéndome desvalido. Marqué el número.

—Bar Sidelines —contestó la voz de un hombre. Deseé que no fuera uno de los amigos de Red que estaban en la policía.

—¿Está Red Lanigan ahí? —pregunté.

—Un minuto.

Le oí gritar:

—¡Eh, Red!

En el *jukebox* sonaba música cubana. Esperé, escuchando la lluvia sobre el techo de la cabina.

—Diga, Lanigan al habla.

—Red, oí que querías que llamara.

—¿Quién es? ¡Oh, Bill!, ¿dónde demonios estás? Pensaba que ibas a venir —Le oí cerrar la puerta, y luego siguió, hablando con calma y rapidez—. Jesús, irlandés, era un tipo de homicidios el que contestó el teléfono. Estaban precisamente hablando de ti. Escucha, no me digas dónde estás; no quiero saberlo. ¿Te ha dado tu amiguita el mensaje?

—Sí —dije—. ¿Qué sabes?

—No sé nada; tan solo estoy intentando hacer que tengan sentido unas suposiciones descabelladas. No creo que lo hicieras, o no hubieras telefoneado aquí de nuevo la otra noche. He intentado

decírselo a la policía, pero no quiere saber nada. Eres su chico hasta el final.

—¿Había algo sobre una chica?

—A eso voy. Si tú no lo hiciste, tuvo que ser alguien que ya estaba allí arriba. ¿De acuerdo? Quizás un expresidiario, alguien a quien él había metido en la cárcel. O algún chivato a quien estuviera acosando demasiado. Pero lo más probable, puesto que fue en su apartamento, es que fuese una mujer. Ya conoces su reputación con las nenas. ¿Sigues ahí?

—Sigue disparando —dije.

—De acuerdo. Esto te pondrá al día, pero no es muy prometedor para empezar. A Stedman lo mataron con un cuchillo de caza con empuñadura de hueso. Suyo. Normalmente lo tenía sobre el escritorio de su sala de estar para abrir las cartas. Desde luego no hay huellas dactilares. Era una de esas empuñaduras talladas. No hay indicios de que hubiera habido alguien más en el apartamento aquella noche. Excepto tú. Dejaste cantidad de huellas. Los chicos de homicidios dicen que la sala de estar parecía como si los dos hubierais estado jugando al polo con excavadoras. Pero no hubo nenas. Quiero decir, no había colillas de cigarrillo con lápiz de labios, ni vasos de cóctel, nada. No había más huellas que las tuyas. Llegó alrededor de las ocho treinta de la tarde, solo, y no volvió a salir, por lo que se sabe. No se vio a nadie entrar en su casa más tarde, excepto tú. Fue alrededor de las diez, y nadie salió después de que tú lo hicieras. Eso es definitivo.

»Pero hay una entrada posterior, desde luego. Eso tú lo sabes; tu apartamento tiene la misma disposición, y ahí está de lo que estoy hablando. Él estuvo aquí alrededor de las ocho esa noche, justo antes de irse a casa, y me compró una botella de champaña, de manera que esperaba compañía.

Empezaba a excitarme.

—¿Sabes si la abrió?

—No. Estaba aún en la nevera. Eso lo echó abajo, por lo que se refiere a los chicos del cuartel general. Pero, con todo, podrían haber estado a punto de abrirla cuando tú aguaste la fiesta. O a lo mejor ella entró por la entrada trasera mientras tú y Stedman os sacudíais el uno al otro en la sala de estar.

—Stedman conocía un montón de chicas —dije—. ¿Piensas en

alguien en particular?

—Sí. Aunque es pura especulación. Es una nueva. La encontró hace unos días, justo aquí en el bar. Y lo único que bebía eran cócteles de champaña.

—¿Quién es?

—Ahí está; no lo sé. Pero no importa. Lo que quería decir es que le vi ligar con ella, y me dio la impresión de que había venido para eso. No tan solo a por cualquiera, sino a por Stedman. Y créeme, esta nena podía conseguir cosas mejores; ya se había quitado de encima al menos a dos antes de él.

—¿La volviste a ver alguna vez?

—Una. Tres o cuatro días más tarde, dio la casualidad de que yo pasaba por delante del Wakefield a eso de las once de la mañana, justo cuando ella salía por la puerta principal. Estoy bastante seguro de que no vive allí, así que Stedman debía de haber tenido éxito. Pero no es eso lo que quiero decirte. Lo más hermoso de todo, es que cuando ella entró en el bar recordé que la había visto antes. No es una chica que puedas olvidar. Si estás interesado en ella, a lo mejor sé dónde puedes encontrarla.

—¿Dónde? —pregunté.

—Mira. No sé el número, pero hay un pequeño café en la calle Denton, cerca del canal navegable. Aquello es una especie de zona industrial, llena de almacenes, fábricas pequeñas, y todo eso. Este lugar está justo al otro lado de la calle, frente a la Comet Boat Company. Ya sabes, donde hacen esas cáscaras de nuez y lanchas fueraborda. Aquel bote mío en el que acostumbábamos ir a pescar estaba hecho por ellos. Bien, fui a sus oficinas hará aproximadamente un mes con un amigo mío, que está intentando conseguir una licencia para representar el artículo, y nos detuvimos para tomar una taza de té. Y ahí es donde la vi. Eran alrededor de las diez de la mañana, y entró con otras tres chicas. Era el típico grupo de compañeras de oficina que van a tomar café, de modo que trabaja en algún lugar de esa zona. A lo mejor, incluso en Comet, no lo sé.

»Si la ves no puedes equivocarte. Es un auténtico tipo latino, ojos marrón oscuro, y un pelo tan negro que parece azul, peinado en una de esas medias melenas que se meten para dentro. Labio superior pequeño, dientes muy blancos, un metro sesenta y cinco,

una de esas chicas de aspecto explosivo de las que nunca estás totalmente seguro de si te van a dejar helado o te van a hacer estallar en llamas. Unos veinticinco o veintiséis años. No llevaba alianza. Las tres veces que la vi llevaba pendientes largos.

—Un millón de gracias —dije—. ¿Algo más?

—Otro castillo en el aire, y esto es realmente ir lejos. Stedman pertenecía al departamento de atracos, ya lo sabes. Tenía un compañero llamado Jack Purcell, un tipo realmente frío. Uno de esos individuos tranquilos que no tienen un nervio en el cuerpo. Bien, probablemente estabas en el mar cuando ocurrió, pero Purcell se suicidó hace solo unas tres semanas. No había nota y nadie pudo encontrar ningún motivo que lo indujera a ello.

—¿Fue suicidio?

—¿De qué otra forma lo podían llamar? Se encontraba en casa mientras su esposa estaba en el cine. Le dispararon en la cabeza con su propia treinta y ocho, que estaba en el suelo junto a su cuerpo con sus huellas dactilares. Era una herida por contacto, como lo llaman ellos.

—Bueno, estas cosas pasan —dije.

—Pero muy raras veces a gente como Purcell. Me doy cuenta de que parece una tontería, pero sigo pensando que podría existir una conexión. Justo después del suceso, un amigo mío me contó que pensaba que Purcell quizás se hubiera pasado. Dijo que le vio una vez en un coche con una morena que era un auténtico bombón. Ten cuidado, irlandés.

Salí de la cabina telefónica. Un coche venía por ese lado de la calle. Me detuve, esperando a que pasara antes de cruzar. Entonces, cuando pasó junto a una farola, vi que era un coche patrulla. Di la vuelta y empecé a andar lentamente por la acera con la espalda hacia las luces que se acercaban. Llegó a mi altura y entonces se paró. Mi espalda se congeló con repentino temor.

—¿Busca a alguien por aquí? —preguntó una voz.

No había problema; no podían ver mi rostro en la oscuridad. Luché para hacer que mi voz sonase despreocupada.

—No. Solo estaba dando un paseo, oficial.

—¿Bajo la lluvia? ¿Dónde vive?

Antes de que pudiera contestar, un rayo de luz me dio de lleno en la cara. Intenté apartarme, pero era demasiado tarde.

—¡Eh! —rugió la voz—. ¡Vuelva aquí!

Oí cómo la portezuela del coche se cerraba detrás de mí, y pasos que corrían. El que seguía en el coche estaba intentando enfocarme con el proyector.

—¡Deténte Foley! Dispararemos.

Jamás conseguiría llegar vivo a la esquina. Y si lo conseguía, el otro me estaba siguiendo con el coche. Vi una abertura entre dos cabinas a mi derecha, y me lancé dentro. La parte trasera de los edificios estaba en total oscuridad, pero pude distinguir el oscuro contorno de la gran noria y de algunas de las otras atracciones. Crucé bruscamente hacia la izquierda, corrí otros quince metros, y me quedé inmóvil contra la pared. Justo más adelante había otra esquina. Avancé poco a poco, silenciosamente, y en ese momento él se precipitó en la parte trasera de los puestos de diversiones, balanceando el rayo de la linterna.

—¡Joe! —aulló—. Ves con el coche al otro lado, y cubre la calle de atrás de manera que no pueda llegar a la manzana siguiente. Y llama.

El coche siguió adelante y giró en la esquina. El que iba a pie había corrido hacia atrás y estaba haciendo grandes círculos con la luz de su linterna alrededor de la gran rueda. Me deslicé silenciosamente por el estrecho corredor que había entre los dos pequeños edificios, y me asomé a la avenida de la playa. Él Oldsmobile había desaparecido. Había conseguido escapar mientras estaban ocupados conmigo, y probablemente ni se habían fijado en ella. Solamente se veía un coche, a unas dos manzanas. Crucé disparado la calle y salté por encima del borde de la acera opuesta. Aterricé sobre la arena, perdí el equilibrio y caí. Estaba cerca de uno de los muelles de las atracciones, y la larga playa se extendía delante de mí, negra y desierta bajo la lluvia. Me levanté y corrí. Podía oír las sirenas gimiendo detrás de mí, a medida que los coches de policía empezaban a aparecer en tropel en la zona. Corrí hasta que me dolió el costado y el respirar se convirtió en una agonía.

Al fin me senté, con la espalda apoyada en la pendiente de cemento del rompeolas. La lluvia tamborileaba sobre el ala de mi sombrero. Ahora, ellos sabían que estaba de nuevo en Sanport. Y había perdido a Suzy. No sabía su dirección, o su número de

teléfono, e incluso aunque pudiera encontrar otra cabina telefónica exterior, no podía llamarla. Tenía ciento setenta dólares en el bolsillo, pero no diez centavos.

5

LOS DIENTES me empezaron a castañetear al empaparse de agua mis ropas. Tenía que encontrar algún lugar para escapar de la lluvia, y a menos que descubriera un escondite antes del amanecer me cogerían. En aquellos momentos, cada policía de la ciudad estaba en alerta, y emitirían mi descripción por la radio. Con este ojo morado y la barba incipiente de color rojizo para delatarme, no podría mover un pie sin ser reconocido.

¿Qué tal un hotel, o una pensión de baja categoría? No. Eso sería suicida. Todavía tenía una llave de mi propio apartamento en Wakefield, pero lo tendrían rodeado por delante y por detrás. Quizás conseguiría llegar a la estación del ferrocarril de nuevo, y coger otro tren de mercancías; reprimí un impulso de gritar, o reír. Debía de estar volviéndome loco. Esto me llevaría justo de vuelta a donde había empezado hacía cuarenta y ocho horas. Estaba dando vueltas y vueltas en un círculo vicioso, en una pesadilla. Yo era un conejo mecánico corriendo perpetuamente delante de una jauría a lo largo de una oscura pista de carreras, bajo una lluvia que había estado cayendo desde el principio de los tiempos. Pensé en el puente del Dancy, y en café caliente, y en mi propia habitación y en las hileras de libros, y las partidas de póquer en la sala de oficiales calentada por el vapor.

Arranqué aquella visión de mi mente, y entonces empecé a pensar en el apartamento de Suzy, y en el calor y en la seguridad, y en la misma Suzy. Maldije cansadamente, había estado tan cerca... Entonces me levanté de un salto. ¿Qué demonios me pasaba? Aún

podía llegar allí. Todo lo que tenía que hacer era encontrar otra cabina telefónica y buscar su dirección. No debía telefonarla. Tenía toda la noche por delante —no podían ser mucho más de las ocho— y podía hacerlo a pie. No podría preguntar direcciones, pero conocía la ciudad bastante bien, y lo más probable era que estuviera en una calle que yo reconociese. Y si no lo era, quizás en la guía vendría un mapa. No lo recordaba, pero algunas lo tenían.

Lo primero que había que hacer era desaparecer de esta zona, conseguir estar a kilómetros de distancia. Debían de estar registrando manzana a manzana. Anduve por la playa en dirección oeste. De vez en cuando pasaba un coche por la calzada a mi derecha y por encima de donde yo estaba. Me mantuve fuera del alcance de sus faros. Después de un largo rato crucé la carretera y me metí hacia el interior. Encontré un camino vecinal cubierto de conchas que seguía un perezoso riachuelo. La lluvia seguía cayendo. El abrigo estaba empapado y ya pesaba. Se apoderaban de mí temblores incontrolables que duraban minutos. Cada vez que veía venir un coche, me lanzaba fuera de la carretera y me escondía.

A lo lejos, a la izquierda, podía ver balizas centelleantes. Aquello debía de ser el aeropuerto internacional. Entonces encontré más luces delante de mí. Me estaba acercando a la autopista que entraba en Sanport desde el oeste, desde donde estaba Carlisle. Empecé a pasar frente a más casas, y ya estaba en una urbanización de viviendas suburbanas. Circulaban pocos coches, y no había peatones. Algunas de las casas estaban a oscuras. Aquello me pareció extraño, hasta que tuve que pasar bajo otra inevitable farola y miré mi reloj: eran las once y treinta y cinco. Había estado andando tres horas por lo menos. Dentro de otras siete, o algo más, amanecería. Me pregunté si podría seguir andando todo aquel tiempo, o si podría llegar a su casa. Debía de estar evidentemente al otro lado de la ciudad, a diez o doce kilómetros de allí. Vi un coche de policía delante de mí, y me metí en una oscura calle lateral. Un perro me ladró y los dientes me empezaron a castañetear de nuevo, y tuve que apretar las mandíbulas para que pararan. Torcí de nuevo, yendo todavía en dirección a la autopista. Tenía que encontrar una cabina telefónica y en aquella zona no habría ninguna.

A pesar de eso localicé una, en el extremo de un centro

comercial suburbial. Una estación de servicio ubicada en la esquina estaba cerrada, con tan solo una única bombilla encendida tras la pared de cristal que daba a la calle de la oficina, y a la vuelta había una cabina tentadoramente abierta. Las calles estaban desiertas a excepción de los pocos coches estacionados cerca del cine que aún estaba abierto en la manzana de más abajo. Di un vistazo alrededor y crucé. Cuando me metí dentro de la cabina y cerré la puerta, la luz se encendió, y me sentí como si estuviera de pie desnudo sobre un enorme escenario ante un público de miles de personas. Cogí la guía de teléfonos, que colgaba de su cadena, y empecé a pasar hojas torpemente con unas manos que temblaban sin control. De mi sombrero cayó agua sobre las páginas.

Parker... Parkhurst... Patterson...

Patton... Aquí estaba.

Patton, Robert... Patton, R. H... Patton, Stewart... Patton, Stephen R... Patton, Víctor E... No figuraba ninguna Suzy Patton.

Claro que estaba. ¡Tenía que estar! Pasé de nuevo un dedo tembloroso por la columna. Sacudí la cabeza. Luego, por alguna razón insensata que no podía comprender, empecé a contarlos. Había treinta y siete Pattons, pero no había ninguna Suzy Patton, no había siquiera un S. Patton, o un S. Lo

que-sea

Patton. Dejé caer la guía y me froté fuertemente la cara con una mano.

Suzy Patton era un seudónimo, o tenía un número que no figuraba en la guía. ¡En una ciudad de seiscientos mil habitantes!; empecé a reír. La cabeza me daba vueltas. Corté la risa, y salí empujando la puerta; cuando la lluvia me golpeó en el rostro mi mente se aclaró un poco y me quedé helado de frío y temblando. Seguí andando, ya que no podía hacer otra cosa. Si me detenía, probablemente me helaría. Bueno, al amanecer ellos me cogerían y estaría en una agradable y cálida sala de interrogatorios, con una luz blanca dándome en la cara; y justo antes de que me viniera abajo y me volviera loco podría firmar una declaración e irme a dormir.

Me detuve en seco. Quizás había aún una posibilidad, si pudiera telefonar a Red... Miré a mi alrededor, intentando orientarme y sacar mi mente de su entumecimiento. Estaba en un tranquilo

distrito residencial bajo oscuros sauces. Me apoyé contra el tronco de uno y me obligué a mí mismo a pensar. ¿Qué habría hecho ella? Irse a casa, sabiendo que no existía posibilidad alguna de que pudiera encontrarme de nuevo. Y se daría cuenta de que yo no podría encontrarla, ya que no estaba en la guía. Red era la única persona que los dos conocíamos, el único contacto común. Quizás le había llamado.

No, no lo haría desde luego. Después de haberse escapado por los pelos allí en el parque de diversiones era probable que hubiera tenido más que suficiente, y le tuviera sin cuidado volverme a ver alguna vez. Había tenido suerte al conseguir ella misma escapar. ¿Pensaba yo que estaría lo suficientemente loca como para darle a Red una dirección, cuando no le conocía y no tenía ninguna garantía de que podía confiar en él? ¿Cómo sabía ella que él no se la daría a la policía? La idea era absurda, pero persistía. Era la única esperanza que me quedaba, y no podía obligarme a mí mismo a dejarla escapar.

¿Pero cómo iba a llamarle? No tenía una moneda de diez centavos. La idea de que tenía ciento setenta dólares, pero no tenía diez centavos me pareció el mejor chiste del año, y me reí. Se me ocurrió que estaba empezando a delirar. Me aparté del árbol y seguí. Cinco o seis manzanas más adelante vi un pequeño bar. Estaba al otro lado de la calle, con una copa de cóctel de neón encima de la puerta y un letrero que decía: «

TERRY

MAC'S

». Había tres coches aparcados frente a él, y a ambos lados había tiendas que estaban cerradas. Retrocedí dentro de un portal y lo contemplé ávidamente. El pedazo de papel que ella me había dado seguía en el bolsillo del abrigo, lo saqué y lo estudié bajo la pálida luz, memorizando el número. Luego miré de nuevo hacia el bar.

No, sería insensato. Entonces me fijé en una cosa extraña. La lluvia había empezado a rebotar. Caía sobre la brillante acera negra y saltaba en el aire como diminutos perdigones blancos. Se había convertido en aguanieve y eso lo dejaba zanjado. Estaba calado hasta los huesos y moriría de congelación antes de la mañana si no me refugiaba en algún sitio. Una posibilidad remota era mejor que

ninguna. Me apreté aún más el cuello del abrigo sobre el rostro, me bajé de un tirón el ala del sombrero, y crucé la calle.

Dentro estaba oscuro y lleno de humo. Un hombre y una chica estaban sentados en unos taburetes más o menos en el centro de la barra; detrás de ellos, más allá, había un hombre solo. El barman era un crío de aspecto irlandés de veintipocos años, con pelo color negro azulado y unos dientes increíblemente blancos. Todos levantaron la mirada cuando entré, fijaron la mirada brevemente, y dejaron de hablar. Al fondo había un *jukebox* y una cabina telefónica.

—Un trago de *bourbon*, solo —dije—. Y dame el cambio en monedas de diez centavos.

Coloqué un dólar sobre el mostrador. Los tres clientes se miraron los unos a los otros y luego se quedaron absortos ante sus vasos, como si no hubieran visto nunca antes una bebida.

—Sí, señor —dijo el barman con cordialidad, evitando mirarme.

Puso la bebida y el cambio sobre la barra. Agarré las monedas, arrojé el *whisky* al interior de mi boca de una sola vez, y ya me estaba moviendo en dirección a la cabina telefónica antes de que empezara a abrasarme bajando por mi helada garganta y explotara.

Cerré la puerta de golpe, dejé caer torpemente la moneda dentro de la ranura y marqué el número con un dedo que parecía un pedazo de madera insensible. Los temblores se apoderaron de mí nuevamente, y pude oír cómo el agua de mis ropas caía al suelo. ¿Dios, no van a contestar nunca? Me desplacé un poco y lancé una mirada hacia la parte delantera de la barra. De momento, nadie se había movido.

—Bar Sidelines.

Esta vez fue la voz de una chica.

—Red Lanigan —dije, luchando con el castañeteo de mis dientes.

La chica se fue. Esperé, sintiéndome casi borracho después de aquel único trago de *whisky*. La cabeza me daba vueltas. Entonces cogieron el auricular.

—Lanigan al habla.

—Red oye...

Ahogó una risita con indulgencia.

—Mira, inconsciente cabeza vacía. Si tienes que emborracharte,

al menos podrías hacerlo aquí —Le oí cerrar la puerta de un puntapié—. Jesús, me alegro de que pudieras llegar a un teléfono. Escucha, ella llamó.

—¿Qué dijo? —le atajé.

—A. H.

—¿Qué?

—Eso es todo. Me dijo que te dijera A. H. «A» de alegre, «H» de hombre. Ruego al cielo que tú sepas lo que significa. Yo no lo sé.

—Gracias —dije.

Colgué. Oh, tú, hermosa chica rubia inteligente. Cogí la guía telefónica, y mientras la abría lancé otra mirada hacia la barra. Ya era demasiado tarde. El barman irlandés fingía fregar algunos vasos en el fregadero con la mano que tenía en aquel lado mientras sostenía el auricular del teléfono del bar en la otra. Estaba asintiendo con la cabeza. Le vi volverse un poco y lanzar una mirada hacia la cabina.

Salí y empecé a moverme hacia la puerta. Los tres clientes volvieron al estudio de las extrañas bebidas que no habían visto nunca antes. Se hizo el silencio. El barman había dejado de hablar por el teléfono, y lo sujetaba como si no acabara de decidir qué quería hacer con él. Me pregunté si ya les habría dado la dirección. Una rabia ilógica se apoderó de mí. Estaba cansado de ser todo el tiempo el conejo mecánico. No era justo. Me detuve, le cogí el auricular de la mano, levanté la base del aparato, y tiré. El cordón se partió debajo de la barra.

—¿Eres tú Terry Mac? —pregunté.

Parecía como si mi cabeza se fuera a ir flotando por la puerta sin mí.

Me miró fijamente, con la cara pálida, demasiado sobresaltado para hablar.

—Métetelo ahí, miserable puerco irlandés —dije, y dejé caer el teléfono, con auricular y todo, dentro del fregadero.

El extremo roto del cordón se quedó colgando por encima del borde. No quedaba nada pulcro, así que lo enrollé cuidadosamente, y lo metí en el agua junto con el resto del aparato. Me di la vuelta y me fui sin mirar atrás.

El aguanieve repiqueteó sobre mi sombrero y me golpeó en el rostro. Eché a correr, y justo antes de dar la vuelta a la esquina miré

por encima del hombro. El barman y uno de los hombres estaban de pie en la entrada para ver en qué dirección me iba. Cuando había corrido ya otra manzana, oí las sirenas.

Seguí adelante, sintiendo cómo mis pies se levantaban y se balanceaban y golpeaban el cemento hasta que cada respiración era una agonía. Giré, y giré de nuevo, y perdí el sentido de la orientación. Vi unos faros que se acercaban bajando de una calle que cruzaba la mía. El coche empezó a girar hacia mí, y justo antes de que sus faros me enfocaran, me lancé a un lado dentro de un seto de adelfas. Lo atravesé, y quedé tendido sobre un charco de agua con el aguanieve golpeándome tranquilamente el sombrero y un lado de la cara. Mi brazo había dado contra algo metálico e incómodo. Pasé la otra mano por encima y lo toqué. Era un aspersor para el césped. Pensé medio amodorrado que sería una vergüenza si lo ponían en marcha.

Pasaron más coches por la calle, haciendo oscilar los faros. No sé cuánto tiempo estuve tendido ahí. Después de un rato, recuperé el aliento y me moví un poco, luchando con la modorra. Quería dormir, pero algo me hizo incorporar sobre manos y rodillas. Ahora no se oía nada. Hacía mucho rato que no pasaban coches. Salí del seto y empecé a andar.

Después de unas cuantas manzanas los dientes me empezaron a castañetear de nuevo. Pensé que era una buena señal; no creía que a uno le castañeteasen los dientes cuando se está congelando. Por dos veces más tuve que esconderme en patios para evitar los faros de coches. Ahora lo hacía todo mecánicamente, y durante largo tiempo me olvidé de lo que estaba buscando. Una cabina telefónica, me dije. Recuerda eso; una cabina telefónica.

Estaba de pie bajo una farola y miré mi reloj. Eran las cinco menos diez. Me di una bofetada y miré de nuevo. Debía de haberse parado, o yo estaba borracho. No podía ser tan tarde. Cochino reloj, siempre se paraba. Miré al otro lado de la calle y me di cuenta de que estaba contemplando con fijeza un enorme reloj verde que había en la ventana de una estación de servicio, y que en este eran las cinco menos diez minutos. Y a la sombra de la estación había una cabina telefónica. Me concentré en ella, con fuerza, y conseguí echar a correr.

A de Alegre, H de Hombre. Abrí la guía como pude y pasé las

hojas torpemente con dedos sin fuerza. *Patton...*

Patton, Alvis W.

Patton, A. H... Repetí el número, empujé la moneda dentro de la ranura, y marqué.

Contestó casi inmediatamente.

—¿Sí? —dijo ansiosamente.

—Soy... —dije—. Soy...

Ella suspiró.

—Oh, Dios mío, he estado esperando toda la noche. Dijo que te había dado el mensaje hacía horas. ¿Dónde estás?

—No lo sé —dije—. Espera.

Dejé caer el auricular y salí de la cabina para mirar el letrero que había en el extremo del techo voladizo que había encima de la calle. Decía: «B SHELL SERVICE
ARRETT'S

».

Se lo repetí.

—De acuerdo —dijo rápidamente—. Tendré que buscarlo; no sé lo lejos que está. Puedo tardar cinco minutos o treinta. Quédate ahí, o tan cerca como puedas pero sin que te vean. Iré por ese lado de la calle con el intermitente de giro a la derecha encendido. Si no hay peligro sal y métete en el coche. Si no, daré la vuelta a seis u ocho manzanas y lo intentaré de nuevo. ¿De acuerdo?

—Sí —dije.

Colgué. Fui a la parte trasera de la estación donde reinaba la oscuridad y me apoyé contra la pared. La piel me tiraba por todas partes tal y como, imaginé, lo hacía en los lugares donde uno tenía gota. No debía de estarme congelando en realidad, pensé; no sientes dolor entonces. Pasó el tiempo, empecé a soñar que estaba en el *Dancy* a la altura de Hatteras en medio de una tormenta de nieve. No, no podía ser. Nunca me mojaba cuando estaba en el puente. Llevábamos impermeables. Oí un coche que se acercaba. Fui a la esquina y me asomé a la calle. El intermitente del coche parpadeaba. Salí corriendo. Se detuvo en seco y me metí dentro. Me doblé sobre mí mismo, sujetándome los brazos, temblando violentamente e intentando evitar que mi piel tocara aquellas ropas mojadas.

Condujo de prisa.

—Solo unos pocos minutos, Irlandés —dijo.

Pensé torpemente que eso se le debía de haber pegado de Red. Él siempre me llamaba Irlandés.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando empezamos a bajar por una rampa y nos metimos en un garaje. Estaba oscuro, como una enorme caverna. Al cabo de poco me estaba ayudando a salir. Subí por la rampa tras ella, intentando andar sin tocar mis ropas. Pasamos por un césped sobre el que caía el aguanieve, y después ella colocó una llave en la cerradura de una gran puerta de vidrio. Dentro había un pequeño vestíbulo con una palmera en una maceta y dos ascensores. Estaba muy silencioso. Uno de los ascensores permanecía abierto, así que entramos y ella apretó un botón. Cuando salimos, se quitó su abrigo oscuro, y secó el agua que había en el suelo del ascensor. Esta no se veía demasiado sobre la moqueta de los pasillos. No encontramos a nadie. A continuación abrió otra puerta.

Tuve una impresión confusa de una gran habitación con miles de libros, una alfombra gris y cortinas de colores, y luego que ella me llevaba a otra habitación. Había más cortinas, y una cama de matrimonio, una cama de matrimonio gigante, y más allá una puerta que daba al cuarto de baño. Incluso el cuarto de baño era grande. Me hizo entrar en él. Había una ducha con puerta de vidrio. Metió la mano y abrió los grifos, ajustándolos. Yo seguía tiritando. Intenté decir algo. Me hizo un movimiento negativo con la cabeza, y me empujó dentro de la ducha.

—Siéntate —dijo.

Me senté con el agua caliente cayéndome a raudales sobre la cabeza y hombros. Me sacó los zapatos.

—Bien, ¿puedes mantenerte en pie? —preguntó.

Me puse en pie. Parecía como si el agua hirviera, pero yo seguía tiritando. Me sacó el abrigo, y lo tiró al suelo; luego la chaqueta. Intenté desabotonarme la camisa, pero ella la cogió por ambos lados y tiró con fuerza, haciendo que los botones salieran disparados. En un momento me quedé desnudo, de pie sobre las ropas mojadas mientras la humeante agua corría por mi cuerpo.

—Ahora vuelvo —dijo, y cerró la puerta corredera.

Mi piel estaba blanca como la de un muerto y con miles de arrugas y espirales como en las fotografías de huellas dactilares, y

mis dientes seguían castañeteando. La puerta se deslizó hacia atrás y me ofreció un vaso medio lleno de *whisky*. Lo bebí.

—Muy bien —dijo—. Sal de ahí. Si te desplomas antes de llegar a la cama, nunca podré levantarte.

Me dio una toalla y ella cogió otra. Parecía como si me arrancaran la piel. Me condujo al dormitorio. La cama estaba a punto. Me empujó dentro de ella y me tapó. Salió y volvió casi inmediatamente con otra bebida. Me la puso en los labios. Mis dientes golpeaban contra el cristal como si fueran castañuelas, pero me las arreglé para tragarme el *whisky*.

—Pobre Irlandés —dijo.

Cerró la luz, dejando únicamente la débil iluminación que iba del umbral a la sala de estar. Entonces vi que se estaba desvestiendo. Lanzó el suéter, la falda y la combinación sobre una silla, y se sentó para quitarse las medias. La habitación empezó a bailar dando grandes círculos. Lanzó la última prenda sobre la silla y se deslizó a mi lado.

—Puede que esto te ayude —dijo.

Colocó mi cabeza contra sus pechos, y un largo y suave muslo se deslizó hacia arriba por encima de mi pierna y se enroscó en ella mientras me apretaba fuertemente.

—Solo es un enfriamiento. Desaparecerá.

Luché contra la oscuridad que intentaba engullirme.

—Tranquilo, Irlandés —dijo dulcemente—. Simplemente duerme.

Las paredes de la habitación empezaron a bailar ante mí de nuevo. Intenté rodearla con mis brazos, pero seguí tiritando.

—No puedes —dijo ella suavemente—. Sabes que no puedes.

Tenía razón. No podía. Intenté agarrarme inútilmente una vez más al borde del precipicio, y luego caí, y seguí cayendo a través de la oscuridad.

6

ERA COMO DESPERTARSE en otro mundo. Me senté y miré a mi alrededor, casi tan estúpidamente como si tuviera resaca. A pesar de la enorme cama, era una habitación muy femenina. Una tenue luz se filtraba a través de las cortinas rosa pálido que cubrían la pared a mi izquierda. La alfombra tenía un suave color marfil y las puertas correderas del perchero eran espejos de cuerpo entero. La misma cama poseía un cabezal forrado de raso, una colcha dorada doblada a sus pies y un edredón. A cada lado había pequeñas mesitas de noche que sostenían lámparas con pantallas rosadas a juego, con pies de madera de ébano. En la de mi izquierda había un teléfono blanco, y tirado descuidadamente sobre él un antifaz negro de *nylon* o de seda con una goma elástica. Hacía calor y reinaba un gran silencio a excepción del débil ruido del tráfico. Frente a mí, junto al tocador con su espejo de alas y su montón de tarros y botellas, estaba la puerta que daba a la habitación de al lado. Estaba cerrada.

Se abrió a los pocos minutos y ella se asomó. Cuando vio que estaba despierto, sonrió y entró. Llevaba unos pantalones Capri negros y una camisa blanca, e iba descalza. Su blanco pelo estaba descuidadamente despeinado, y tenía un aspecto tan fuerte y vital como un idealizado vikingo.

—¿Cómo te encuentras?

—Raro —dije—. Como si tuviera resaca.

—Probablemente la tienes. Creo que te eché medio litro de *whisky*.

—Realmente me desmayé, ¿no es así?

—Tienes suerte de no estar muerto —dijo—. Sin comida durante cuatro días exceptuando dos latas de carne en conserva, y luego nueve horas calado hasta los huesos con un tiempo glacial.

Se sentó a un lado de la cama y puso su mano sobre mi frente.

—¿Algo de fiebre?

—No lo creo —dije—. ¿Dónde estoy?

—En el séptimo piso de los apartamentos Lancaster, en el 2110 de Beechwood Drive. Apartamento 703. Son las cuatro treinta de la tarde, viernes, y has dormido durante once horas. Aquí estás seguro. Nadie te vio entrar y no se nos puede oír a través de las paredes.

—¿Hay alguna posibilidad de que te vieran anoche? —pregunté. Sacudió la cabeza.

—Estaban demasiado absortos contigo. E incluso si lo hicieron, no podrían haber tomado mi matrícula. No encendí las luces hasta que estuve a una manzana. Según los periódicos de la mañana, creen que todavía te encuentras en la ciudad.

—¿Qué significan las iniciales A. H.?

—Amelia Holly Patton. Es mi auténtico nombre, pero nadie lo sabe excepto algunos amigos íntimos, así que es como si no figurara en la guía telefónica.

—Un truco inteligente —dije.

—Fue la única manera de que lo supieras sin que él lo pudiera entender. Estaba totalmente segura de que si habías intentado encontrarme en la guía, lo entenderías.

La cogí por los hombros y tiré de ella hacia mí.

—Aguarda un minuto, erizo irlandés —dijo—. Tal y como me arañaste con esa barba...

—¿Dónde? —pregunté.

Sus ojos grises, justo encima de los míos, mostraban un cínico regocijo.

—Sabes perfectamente bien dónde. Después de que te desplomaras con tu cabeza sobre mi pecho, te estuve sujetando durante una hora hasta que dejaste de temblar.

—Un sistema maravilloso para descongelarme.

—No es exactamente original —dijo—, pero es efectivo. De todas maneras, ahora no tienes frío.

—Eso es lo que quiero decir —dije.

—Necesitas descanso. Y comida. Deberías estar en un hospital.

Le hice bajar la cabeza y la besé. Su boca era cálida y suave al encontrarse con la mía, luego ansiosa y finalmente apremiante. Intenté desabotonarle la camisa, pero estaba tendida sobre mi pecho. Apretó los brazos alrededor de mi cuello. Era como si me devoraran. Luego se volvió un poco y empezó a desabrocharse la camisa. Se la sacó y la arrojó al suelo. No llevaba sujetador.

—¿Ves? —dijo.

—Lo siento.

—Seguro que lo sientes.

—Quiero decir que lamento haber estado dormido. ¿Duele?

Sonrió.

—No. Simplemente busco comprensión.

—No entiendo de comprensión, pero sí de admiración.

—Adivino que los irlandeses son duros de pelar.

La tomé en mis brazos y la besé de nuevo. Su garganta emitió un pequeño sonido apremiante, y cuando empecé a buscar la cremallera de la otra prenda que llevaba puesta me tomó la mano y me la puso en el sitio exacto.

Se metió en la otra habitación. Oí música que venía de algún lugar al fondo, y entonces apareció en la puerta con un paquete de cigarrillos. Encendió uno y me lo puso entre los dedos.

—No lo dejes ir todo de golpe —dije—. Espera hasta que me haya preparado.

Sonrió.

—Pobre Irlandés. La vida no es más que una paliza tras otra.

Examiné aquella sensación de haberme derretido, y me pregunté si volvería a tener alguna vez fuerzas para moverme. Intenté levantar la cabeza, y me atacó el mareo. Encendió un cigarrillo y se quedó de pie mirándome. No llevaba absolutamente nada encima, pero parecía tenerle sin cuidado. No creía haber visto nunca con anterioridad tanta perfección escultural reunida en una sola zona.

—Eres deliciosa —dije—. ¿Cuánto mides?

—Uno setenta y ocho —replicó—. ¿No es horrible?

—No. Magnífico es la palabra que intentaba expresar.

Se tendió a mi lado.

—No me halagues.

—No. Estoy demasiado débil para mentir en nada. ¿Pero por qué me estás ayudando de esta manera?

—¿Por qué sigues machacando sobre este punto? —preguntó—. Ya te lo dije una vez. Me interesas.

—Eso no parece una razón suficiente.

—Es relativo —dijo—. Conocí a un anciano una vez, que se sentó en un banco frente a una biblioteca durante ocho meses, intentando comprender por qué las palomas balancean la cabeza cuando andan.

—¿Lo llegó a descubrir? —pregunté.

—No. Pero impedía que se pusiera a chillar.

—Tonterías —dijo—. Una chica que lo tiene todo: belleza, tipo, vitalidad, cerebro...

—¿Has leído alguna vez una recopilación de primeros capítulos? Pero no importa; te dije que no había manera de explicárselo a uno que no es escritor, de modo que volvamos a ti para una especie de sesión preliminar de genialidades. ¿Tienes dinero?

—Alrededor de ciento setenta dólares.

—¿Eso es todo?

—Sí, es toda mi pasta. Puede que me quede algo en la cuenta del banco, y tengo algunos ahorros y unas pocas acciones de la Southlands Oil Company, que en total sumarán alrededor de seis mil; pero no lo puedo tocar.

—No importa —replicó—. Te podría dejar dinero, de todas formas, ese no es el gran problema. Si quieres escapar definitivamente, es cuestión de cambiar toda tu identidad y tu estilo de vida. Naturalmente, no podrás volver nunca al mar.

—No saldrá bien —dijo—. Navegar es la única cosa que sé hacer, o me gusta. Sería como si fuera un pez con plumas, intentando vivir en tierra. Por eso mi esposa y yo nos peleábamos todo el tiempo.

—De acuerdo, dejémoslo por el momento y estudiemos otra posibilidad. No creo que matases a Stedman, así que a lo mejor podríamos descubrir quién lo hizo. ¿Qué tenía que decirte Lanigan?

Se lo conté.

—Humm —dijo pensativamente. Lanzó un anillo de humo al techo y lo estudió—. Eso suena definitivamente intrigante.

Especialmente la coincidencia en cuanto al compañero de Stedman. ¿Repíteme su nombre?

—Purcell —dije—. Jack Purcell.

Asintió.

—Estoy muy segura de recordar haber leído sobre ello. Y lo de esa chica suena interesante.

—Probablemente hay varios miles de morenas bien parecidas en una ciudad como esta —dije—. Y a lo mejor no tuvo nada que ver con lo ocurrido.

—Nunca descubrirás por qué las palomas balancean la cabeza, si alegas que es una ilusión óptica. Lo que hay que hacer es intentar encontrarla. Pero no puedes ni pensar en salir de aquí hasta que te desaparezca ese morado del ojo.

Se incorporó sobre un codo y observó mi cara haciendo una valoración crítica. Estudié las interesantes curvas que esto daba a sus pechos, y puse mi mano bajo uno de ellos.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—El eternamente invencible, o por lo menos esperanzado. Pero en cuanto a ese ojo, necesitará probablemente otros tres días, al menos. Poseen unas descripciones muy nítidas de ti, y ya es bastante lo del pelo rojo, junto con tu altura; pero esos cardenales son como si llevaras un cartel con tu nombre escrito.

—Tendré que cambiar de ropa.

—Eso ya está arreglado —dijo—. Excepto que habrá que comprarte otro sombrero y otro abrigo. Los que llevabas anoche están en las descripciones ahora. Veamos, el abrigo era de *tweed*, así que te conseguiré una gabardina color tabaco.

—¿Dónde conseguiste lo otro?

—Por cortesía de mi exmarido. O quizás debería decir del más reciente de mis dos exmaridos. Cuando se fue, dejó un baúl con sus efectos personales en el trastero del edificio, y nunca lo ha recogido. Bajé ayer y lo forcé para ver qué podía encontrar, ya que es más o menos de tu talla. Había dos trajes de corte clásico, de franela gris oscuro, y varias camisas y demás. He subido algunos pijamas y una bata de franela para que te los pongas por el apartamento. Están en el segundo cajón, en el armario.

Se levantó y entró en el cuarto de baño. La podía oír dentro de la bañera. Al poco rato salió vestida con una faja pantalón y un

sujetador, y se sentó ante el tocador para ponerse las medias.

—Hay una maquinilla de afeitar en el armario —dijo.

—Gracias —repliqué.

Me senté en el borde de la cama. Me azotó la debilidad y el vértigo, y casi me desplomé. Conseguí mantenerme erguido, y la observé mientras hacía subir el *nylon* por un muslo suave y redondeado y lo sujetaba a las lengüetas de la faja.

—Eres una chica excitante.

Hizo girar el tobillo, y tiró para ponerla recta.

—Tranquilízate —dijo—. Ya has tenido todas las emociones que podías soportar.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—De compras —dijo—. Te he de dar algo de comida antes de que te desplomes. Y tengo que ir a la biblioteca. Volveré dentro de una hora.

Fue hacia el armario y se puso una combinación y un vestido de punto. Sentándose de nuevo ante el tocador, se colocó los zapatos, y se puso carmín en los labios.

—Cuéntame sobre tu esposa —dijo, mirándome en el espejo—. ¿No estabas enamorado de ella?

—Claro —dije—. Pero acabamos con el amor de tanto pelear. Ella quería que dejara el barco y consiguiera algún trabajo en tierra; pero ¡qué demonios!, no hay nada que yo pueda hacer en tierra que me dé la misma cantidad de dinero. No lo soportaría.

—¿Cómo era?

—Agradable, pero con un genio vivo. Una pelirroja con una piel casi transparente. Tiene un par de años más que yo. Es cantante de club nocturno. No muy buena, me parece; cuando la conocí no cantaba en clubs de categoría, pero no quería darse por vencida. Estuvo casada una vez antes.

Frunció el ceño pensativamente, comprobando el lápiz de labios.

—¿Si todo había terminado y estabais a punto de romper de todas maneras, por qué querías pelearte con Stedman? Fue infantil.

—Lo sé, lo sé. Me comporté como un estúpido, pero simplemente no me gustaba ese presumido hijo de mala madre.

Chasqueó la lengua reprendiéndome.

—*De mortuis.*

—¿Qué es eso?

—El presumido hijo de mala madre está muerto. Llámale otra cosa.

—De acuerdo.

Sacó un abrigo de pieles de color grisáceo del armario ropero y se lo colgó sobre los hombros.

—No te distraigas y vayas a contestar el teléfono si suena, o el timbre de abajo —dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

Conseguí llegar al cuarto de baño sobre unas piernas que eran como espaguetis recocidos, y me di una ducha. Encontré la maquinilla de afeitar, coloqué una cuchilla nueva y me afeité. Tenía el rostro demacrado, como si hubiera perdido cinco kilos durante los últimos cuatro días. La parte hinchada de mi mejilla ahora estaba mejor y apenas se notaba, pero el ojo permanecía todavía morado, a pesar de que había desaparecido bastante la hinchazón. Me puse el pijama y la bata y entré en la sala de estar.

Era una habitación grande, enmoquetada en gris, con una larga ventana salediza a la izquierda. Las cortinas de color rosa estaban corridas, pero dejaban pasar un poco de luz, y cuando las separé ligeramente y miré afuera, vi que el edificio daba a un parque. El tiempo había aclarado ahora, pero se estaba poniendo el sol, y los árboles desnudos daban sensación de frío. Me aparté de la ventana y encendí la luz.

Había una chimenea, cubierta con una rejilla, de ladrillo romano junto a la ventana, y toda la pared que quedaba junto al dormitorio estaba recubierta de libros. Frente a la ventana, cerca de la puerta de entrada, había una larga consola de color pálido que parecía ser un equipo de alta fidelidad, y tres acuarelas en pesados marcos descoloridos. El sofá y las sillas eran ligeros y modernos. Había dos puertas en el extremo de la habitación. Fui hacia allí y miré la que había a la izquierda. Era un pequeño estudio, repleto de libros exceptuando una ventana, que estaba tapada por unas cortinas verde oscuro. Había un escritorio con una máquina de escribir.

La otra puerta daba a un pequeño comedor, y justo más allá había una larga cocina, bastante estrecha. Entré y encendí la luz, sintiéndome desfallecido por el hambre. Lo único comestible que había en la nevera era un pedazo de queso y media botella de leche. Comí un poco de queso, bebí un vaso de leche y registré los armarios. Encontré un poco de vermut y ginebra, y una lata de

cacahuets salados. Después de localizar una jarra, rompí unos cuantos cubitos de hielo, mezclé varios Martinis, me serví uno y coloqué el resto en la nevera. Abrí la lata de cacahuets y lo llevé todo a la sala de estar.

Algo cayó sobre la alfombra que estaba en la parte exterior de la puerta. Parecía un periódico. Dejé el Martini y los cacahuets y escuché por un momento y luego me asomé. El pasillo estaba vacío y el periódico de la tarde yacía bajo mis pies. Lo cogí rápidamente y cerré la puerta. Encendí una lámpara portátil que estaba al final del sofá, tomé un sorbo del Martini y extendí el periódico. Yo figuraba en dos columnas de la primera página.

EL MARINERO SIGUE ELUDIENDO LA RED DE ARRASTRE

21 de Feb. Russell Foley, marinero local buscado por el asesinato el pasado martes del detective de policía Charles L. Stedman, seguía aún en libertad este mediodía a pesar de la intensa búsqueda que hoy entra en su tercer día. La policía está convencida de que se encuentra aún en la ciudad, y todas las terminales de autobús y tren y el aeropuerto están siendo estrechamente vigilados...

El relato seguía con una narración de las dos veces que había sido visto la noche anterior. La descripción era escalofriantemente exacta, incluso en el ojo morado. Se vigilaba mi apartamento. Si salía al exterior durante los días siguientes, me cogerían en una hora. Estaban efectuando un registro, manzana por manzana de todos los hoteles baratos y pensiones de mala muerte. Sabían que me había escondido en algún sitio, o hubiera muerto congelado la noche anterior. El comisario de Policía y el jefe de Policía prometían tomar medidas. Si me ponían las manos encima iban a ser duros; era un asesino de policías, y había provocado que todo este colectivo hiciera el idiota durante cuatro días.

En la segunda página se volvía a repetir la historia de la pelea, de la llegada de la policía, y del hallazgo del cadáver de Stedman con el cuchillo de caza en el cuello. Era en sustancia lo mismo que había entendido del relato de Red y del de la radio, excepto que los policías no habían forzado la puerta. El gerente les había abierto. No había en absoluto mención de nadie más. Era yo. Todo lo que

tenían que hacer era ponerme las manos encima y el asunto estaba resuelto. Y todo lo que se interponía entre ellos y yo en aquel momento, era una chica que estaba interesada en mí porque se encontraba aburrida.

7

El MARTINI ME HIZO sentir mareado. No me atrevía a servirme otro; tan débil y vacío como estaba, dos me tirarían al suelo.

Ella volvió al cabo de una hora con una enorme bolsa de comestibles y con aspecto excitado. Intenté ayudarla pero negó con la cabeza. Entramos en la cocina y vaciamos la bolsa. Contenía el mayor solomillo doble que había visto nunca, patatas fritas congeladas y un paquete de dos litros de leche, entre otras cosas.

—Tengo algo que contarte —dijo—, pero primero debemos empezar con esta comida. Guárdame el abrigo, ¿quieres, Irlandés?

Lo llevé al dormitorio y lo colgué en el armario. Cuando volví ella estaba metiendo las patatas congeladas en el horno y poniendo en marcha la parrilla. Rompió una caja de brécoles congelados y los colocó encima, y se puso a hacer café. Me apoyé en la nevera y la observé. Con los zapatos de tacón alto era casi tan alta como yo, y era digna de ver la manera como dominaba y esculpía un vestido de punto.

—No sé cocinar —dijo—, pero lo que sí me parece es que tenemos que dejar que el bistec repose un rato a temperatura ambiente.

—Toma —le dije. Le serví un Martini—. Dame esa información que has conseguido.

—¿No vas a tomar uno? —preguntó.

—Ya lo he tomado. Uno más, y me tendrás que inyectar el bistec en el brazo.

Entramos en la sala de estar. Se sacó los zapatos de un puntapié

y colocó los pies sobre un cojín. Sus duros ojos grises estaban encendidos por el interés.

—Es sobre Purcell —dijo—. Se suicidó. Pero podría no haberlo hecho.

—¿Por eso fuiste a la biblioteca?

Asintió.

—He estado repasando los archivos de periódicos atrasados. Luego llamé a un periodista amigo mío. Está metido en cuestiones policiacas, y conocía a Purcell. Dame mi bolso, ¿quieres, Irlandés?

Se lo fui a buscar. Sacó una pequeña cartera.

—Esto es —dijo—. El veredicto oficial fue suicidio, pero la policía no quedó nunca satisfecha con él. Lanigan lo resumió muy bien cuando dijo que era un tipo realmente frío. Era duro, aunque de una manera civilizada. Era uno de los pocos miembros del cuerpo que había estudiado en la universidad, y aunque hacía las cosas buscando su propio provecho, era muy competente. Era detective de primera clase, y con toda seguridad le habrían ascendido a sargento muy pronto. Llevaba casado tres años con una chica muy agradable. Buena salud y nadie le conocía problemas financieros. En una palabra, tenía un historial limpio. En los diez años que llevaba en el cuerpo había tenido que matar a dos hombres, pero supongo que ese es el riesgo que se corre cuando se es oficial de policía. No parece probable que esas muertes le hubieran preocupado. Ambos eran hombres con largos historiales y peligrosos, y en ambos casos fue exculpado.

Hizo una pausa y tomó un sorbo del Martini.

—Ahora el suicidio en sí. Vivía en una urbanización llamada Bellehaven, a unos diez kilómetros al norte de la ciudad.

—Sé dónde es —dijo—. Casas de dos y tres dormitorios, a partir de quince mil dólares.

Asintió.

—Entonces sabes dónde está el gran centro comercial. Estuve justo ahí; es donde compré el bistec. La dirección de Purcell era el 2531 de Winston Drive. Es la última calle de la subdivisión, y corre paralela al extremo del centro comercial. De hecho, parte de la zona de aparcamiento del supermercado está directamente detrás de la hilera de casas de esa manzana.

—¿Entonces se podría aparcar en el supermercado e ir

directamente a los patios traseros?

Sacudió la cabeza.

—No fácilmente. Toda la zona se encuentra iluminada. Y todos los patios traseros están rodeados de vallas de caña trenzada de metro ochenta cubiertas de pyracantha. Hay verjas, pero tienen pestillos que pueden cerrarse desde dentro. Y la de Purcell tenía un candado. Se podía trepar por las vallas, desde luego, pero a primeras horas de la tarde es casi seguro que se vería desde el aparcamiento.

»Sucedió la noche del veintiocho de enero, hace poco más de tres semanas. La señora Purcell se fue al cine con la esposa del vecino. Lo hacía a menudo; a Purcell no le gustaban las películas. Ella se fue sobre las ocho, y no hubo duda alguna de que Purcell estuviera vivo más tarde; el vecino se pasó por allí a la misma hora, y él y Purcell se tomaron una cerveza y vieron un combate de boxeo por televisión hasta pasadas las nueve. Y después de que se fuera, sobre las nueve treinta, el jefe de Purcell, el teniente Shriver del departamento de atracos, le telefoneó. Dijo que Purcell parecía perfectamente normal por teléfono. Y con toda la precisión con que lo pudieron calcular después, eso ocurría cuarenta y cinco minutos antes de matarse. Los vecinos oyeron el disparo, y lo situaron sobre las diez y quince aproximadamente. En aquel momento pensaron que era la explosión de un tubo de escape.

»En el cine pasaban dos películas, así que eran las doce y diez cuando la señora Purcell regresó a casa. Metió el coche en el garaje, y las dos mujeres se dieron las buenas noches. La otra mujer apenas acababa de entrar cuando oyó a la señora Purcell chillar y salir corriendo de la casa.

»En unos minutos apareció la policía. Purcell estaba desplomado sobre su escritorio, en la sala de estar, con un disparo de su propio treinta y ocho en la sien. La funda sobaquera se encontraba en el sitio donde él la dejaba siempre, colgada de un gancho en el armario del vestíbulo. El arma yacía sobre la alfombra junto a su silla. Solo pudieron conseguir huellas parciales, pero todas eran suyas. No había ninguna señal de lucha, y nada que indicara que hubiera habido alguien más allí. La verja que daba acceso al patio trasero estaba cerrada, y ningún vecino de la manzana había visto entrar o salir a nadie por la puerta principal de la casa. No podía

haber sido un accidente, porque todo su equipo para limpiar armas estaba guardado en la cocina. No dejó nota alguna, pero sobre el escritorio justo debajo de su cara había una única hoja de papel en blanco y un bolígrafo, como si hubiera empezado a escribir y luego hubiese cambiado de idea.

Era desconcertante.

—¿Qué piensas? —pregunté.

—Que le asesinaron.

—¿Por qué?

—Por varias razones, una de las cuales tú aún no Conoces. En primer lugar, el que la verja posterior estuviera cerrada con candado no significa nada. La podían haber cerrado después de matarlo. Imagina que se hubiera quedado en casa porque esperaba una visita. ¿Quizás una mujer? La habría dejado abierta para ella.

—¿Pero cómo saldría ella después?

—Se arriesgaría y saldría justo por la puerta principal. Todo lo que tenía que hacer era andar media manzana, girar a la derecha en la calle siguiente, y estaría de vuelta en la zona de aparcamiento. Después de las once de la noche, las calles de estas urbanizaciones están muy tranquilas.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—No existe nada como el suicidio repentino, Cuando un hombre se mata, lo que hay detrás de esta decisión le ha estado royendo durante mucho más de cuarenta y cinco minutos. Un hombre soltero podría mantenerlo oculto, pero Purcell estaba casado, y su esposa dice que no había notado nada extraño en su comportamiento.

—Sí, pero maldita sea, estamos hablando todavía de Purcell. No hay conexión con Stedman, exceptuando que eran compañeros en el departamento de atracos.

Ella hizo un gesto con el cigarrillo.

—Y que ambos están muertos. No olvides eso. No obstante, hay una cosa más que tenían en común, la que aún no has oído. ¿Recuerdas que Purcell había matado a dos hombres en el cumplimiento de su deber?

—¿Y?

—A uno de ellos lo mataron Purcell y Stedman en realidad. El veintiocho de diciembre. ¿Ves como tu coincidencia se amplía? En

poco más de un mes Purcell se suicida, y aún no habían transcurrido tres semanas, cuando ese Stedman es asesinado.

La miré fijamente.

—Sí, pero mira. La policía debe de haberlo comprobado. Una coincidencia tan obvia como esa...

Asintió.

—Hasta cierto punto, sí. Pero recuerda, se necesitan dos cosas para que sea una coincidencia, y tú mataste a Stedman. Cuando aceptas eso, se desmorona.

Me levanté, crucé la habitación, y volví atrás.

—Pero, por Dios, tienen que haberse esforzado en comprobar otros aspectos.

—Lo hicieron —replicó—. Solo que no parece que haya otros. El hombre que Stedman y Purcell mataron era tan solo otro matón depravado. Se llamaba Danny Bullard, y tenía un historial que se remontaba a diez años atrás, con dos condenas por atraco a mano armada. Les sacó un arma cuando intentaron arrestarle para interrogarle sobre un atraco a una tienda de licores. Tuvieron que disparar.

—¿Tenía parientes cercanos?

Ella sacudió la cabeza.

—Había un hermano mayor, un matón de puerto llamado Ryan Bullard, pero nadie le ha visto desde hace años. Le juzgaron y absolvieron por haber matado a un marinero durante una huelga, y luego desapareció.

Encendí un cigarrillo.

—¿Alguna amiguita?

—Ahora te vas acercando. Tiene que ser una chica. Si asumimos por un momento que a ambos los asesinaron, las circunstancias parecen ser las mismas: el asesino podría haber estado allí clandestinamente, porque había sido invitado. Eso solo quiere decir una cosa. El único inconveniente es que no parece haber ninguna chica.

—Excepto esa de la que me habló Red —dije—. Tengo que localizarla.

Asintió.

—Sí. No sé qué vamos a probar si la encontramos, pero no tenemos ningún otro sitio por dónde empezar. De todas maneras, no

puedes arriesgarte a salir de aquí hasta el lunes, por lo menos.

Cocinamos el bistec. Podía sentir cómo me volvían las fuerzas con la comida. Escuchamos música, y sintonizamos un programa de noticias en la radio. Seguían desmontando toda la ciudad, manzana a manzana, buscándome. Al poco rato nos fuimos a la cama. Si todas las heroínas de las novelas de Suzy eran sexys, pensé, lo eran con honestidad. Ella tenía talento y era apasionada y una absoluta delicia, pero de alguna manera, incluso después de que hubiera gritado en éxtasis y se hubiera desplomado, uno sentía que la desesperada infelicidad o el aburrimiento que la agujoneaban seguía allí y que no le había hecho ningún bien. Me desperté durante la noche y no estaba. Miré mi reloj, encendiendo la luz. Eran un poco más de las tres de la madrugada.

La puerta que daba a la sala de estar estaba entreabierta. Todas las luces se encontraban encendidas y ella estaba sentada en el suelo, en el centro de la sala, lanzando cartas dentro de un cuenco de plata que se hallaba unos tres metros más allá. Se había puesto los pantalones Capri negros, pero estaba desnuda de cintura para arriba a excepción del antifaz de seda negra, que era lo único que siempre llevaba puesto en la cama. Lo había empujado sobre la frente, y resultaba casi llamativo en contraste con el pelo de color blanco plateado y la piel clara. Estaba fumando un largo cigarrillo negro mexicano o cubano y, junto a ella, sobre la alfombra, había una botella de vodka y un vaso. Estaba trompa.

Me miró con ojos vidriosos.

—¿Escuece, Irlandés? ¿No puedes dormir?

—No —dije, y me senté en el suelo a su lado.

Hizo volar otra carta en dirección al cuenco. Erró. Dijo una palabra que yo hubiera apostado que ni siquiera conocía.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Pasar? —Me miró seria como un búho, y se sirvió más vodka—. Nada en absoluto —Me ofreció la botella—. Toma un poco del opio de los inútiles, amigo, y deleitémonos en los placeres de la carne —Hizo una pausa, hipó, y evaluó con solemnidad su torso desnudo y los abultados pechos de oscuros pezones—. Y hablando de la carne, ¿viste alguna vez tanta con la que deleitarte? Setenta y nueve kilos inútiles.

—¿No crees que ya has bebido bastante?

No prestó ninguna atención.

—¿No quieres vodka? ¿Entonces bencedrina? ¿Marihuana? ¿Alguien quiere hacer el amor?

Se inclinó. La cogí, y de alguna forma conseguí cogerla en brazos y levantarme. La llevé a la otra habitación, la metí en la cama y la tapé.

—Guarda seis para los que carguen el féretro —dijo, y se quedó frita.

Me quedé mirándola. Era una auténtica vergüenza, pensé.

Por la mañana cuando me desperté, eran más de las nueve y ella estaba levantada y vestida ya para salir. Estaba ante el tocador pintándose los labios, y cuando vio a través del espejo que estaba despierto, se volvió y sonrió, aparentemente sin ninguna señal de resaca, tan hermosamente rubia y perspicaz como siempre.

Se acercó y se sentó al borde de la cama.

—Siento lo de ayer noche.

—Está bien —dije—. Ojalá pudiera hacer algo por ti. ¿Adónde vas?

Fue hacia el guardarropa y se puso el abrigo de piel gris.

—A la calle Denton —Sonrió—. ¿No crees apropiado que a la morena la aceche su única enemiga natural?

—Déjame eso a mí —dije—. Es mi pichón.

No me hizo caso y se fue. Su único enemigo natural era el aburrimiento; tenía que hacer algo o se volvería loca. Volvió poco antes de las once. Toda la zona industrial que rodeaba la calle Denton estaba cerrada los sábados. De todas formas, había ido de compras y llevaba dos paquetes que contenían una gabardina y un sombrero nuevo.

—Muy bien, veamos cómo te quedan —dijo.

Me di la vuelta, y me estudió críticamente. Eran las siete de la mañana del lunes. Asintió.

—El traje queda un poco estrecho en el pecho y las mangas son un centímetro cortas, pero no se verá cuando lleves puesto el abrigo.

Me miré en el espejo de cuerpo entero. Habían desaparecido las últimas huellas del ojo morado, y con el sombrero puesto casi no se

veía el pelo rojo como para atraer la atención. Mis zapatos estaban lustrosos. Llevaba una camisa blanca de cuello abotonado y una corbata clásica, y del borde del bolsillo superior de la chaqueta sobresalía un pañuelo doblado y una pluma estilográfica. Me puse el abrigo.

—Y ahora el toque decisivo —dijo.

Me entregó la cartera. Era ligera, de las que no llevan asas, cerrada con una cremallera, y bastante vieja y estropeada. Dentro había un par de revistas, algunas circulares publicitarias y dos o tres cartas sin sentido que ella había escrito a máquina. Tal como había señalado, el camuflaje era perfecto.

—Cariño, estoy segura de que vas a conseguir esa cuenta de ese Fickelfinger hoy, y te van a dar el aumento —dijo haciendo una mueca.

—Creo que me las arreglaré —dije—, si no me miran a la cara muy atentamente.

—¿Quién mira la cara de los hombres?

—Los policías profesionales —dije—. Exactamente la gente a la que tratamos de engañar.

Sacudió la cabeza.

—Por lo que sabemos, no disponen de una fotografía. Tú podrías acercarte y pedirle fuego a cualquier policía de la ciudad, mientras no hagas nada que parezca sospechoso. No te muestres nervioso. Y, por encima de todo, no corras cuando nadie te está persiguiendo. Quizás tan solo quiere pedirte fuego. No temas entrar o salir del edificio. Hay treinta y tres apartamentos, y ni uno solo de los inquilinos conoce al diez por ciento de los otros, ni tan solo de vista. ¿Preparado?

—Sí —dije.

—Sal tú primero. Y ya sabes dónde encontrarte conmigo.

—Ojalá me dejaras solo. Si me cogen y tú estás conmigo, pueden hacértelo pasar mal. Podrías ir a prisión.

—Estarás mucho más seguro en el coche. La primera vez, al menos, hasta que superes algo el nerviosismo. Me voy.

No servía de nada discutir con ella.

—De acuerdo —dije—. Pero recuerda, si me meto en un lío, lárgate de allí, de prisa.

Abrió la puerta y se asomó al pasillo.

—No hay peligro —dijo suavemente.

Salí. Las escaleras estaban a la vuelta de la esquina, bajé dos pisos, y apreté el botón de uno de los ascensores. Subió. Salí por el pequeño vestíbulo. Era una mañana sin viento, fría y despejada, y había escarcha sobre la hierba de enfrente del edificio.

El tráfico de la mañana empezaba a desplegarse por la calle, que corría paralela con el extremo del parque. Giré a la derecha, andando por la acera. Había unos cuantos peatones que andaban con energía a grandes zancadas. Durante los primeros minutos me sentí desnudo y aterrorizado, y deseaba encogerme dentro del abrigo y colocarme el sombrero sobre el rostro. Había una parada de autobús en la esquina; la dejé atrás y seguí hasta la siguiente, dos manzanas más allá.

En esta esperaban varias personas, y también había un vendedor de periódicos. Tiré una moneda en la caja y cogí uno. Nadie me prestó atención.

El asesinato de Stedman seguía aún en primera página. Tres hombres que respondían a mi descripción habían sido arrestados en pensiones de mala muerte, y puestos en libertad más tarde. Me estremecí ligeramente. Lo más peligroso para mí era que había al menos media docena de detectives que me conocían de vista del Bar Sidelines. Si me tropezaba con uno de ellos, era hombre muerto.

Vi el Olds azul que se acercaba. Redujo la velocidad lentamente, se paró junto al bordillo y entré. Había un mapa de la ciudad en la guantera, y lo desplegué, en parte como una excusa para mantener la cara escondida.

—Sé cómo llegar ahí —dijo—. Lo estudié muy detenidamente el sábado. La calle Denton está en una zona industrial a unas tres o cuatro manzanas del canal navegable. La ves, ahí detrás de los muelles municipales, a unos dos kilómetros del centro y a tres o cuatro más arriba de la refinería Southlands.

—Ahora lo veo —dije.

Nos detuvimos en un semáforo.

—Si tenemos la suerte de encontrar aparcamiento cerca de ese cruce, creo que podremos vigilar las dos paradas de autobús a la vez.

El tráfico se hacía más denso. Se desvió de la principal, evitando la zona del centro, y al cabo de unos quince minutos se metió en

Denton en el número mil doscientos.

—Faltan cuatro manzanas —dijo—. La Comet Boat Company es el 1636.

Miré mi reloj. Faltaban aún veinte minutos para las ocho. El tráfico se componía principalmente de autobuses y camiones. Ella aparcó marcha atrás. Miré a mi alrededor. En este lado de la calle, toda la manzana estaba ocupada por la fábrica Comet, un largo edificio de ladrillo rodeado por una valla de reja de acero. Directamente frente a nosotros había un pequeño edificio con pequeñas ventanas. El letrero decía: «

GEORGE'

S». Ese sería el restaurante. Junto a él había un importante mayorista de equipos de fontanería.

Ella encendió un cigarrillo.

—Hay otra cafetería en la manzana que tenemos detrás, y otra dos manzanas más adelante. De modo que si entró en George's

, hay muchas posibilidades de que trabaje en las oficinas de una de las cuatro empresas de estas dos manzanas. Está Comet, Suministros de Fontanería Hildebrand, y al otro lado de la calle en la manzana siguiente se ubica la Compañía de Pinturas Warren. Y directamente frente a nosotros, después de la primera esquina, se encuentra la Compañía de Maquinaria Shiloh. Parece que es la más importante.

Había una parada de autobuses casi frente al café al otro lado de nosotros, y otra en la esquina de enfrente. Teníamos una buena panorámica de ambas. El coche que había aparcado delante era un pequeño sedán extranjero y podíamos ver por encima de él. El sol empezaba a desparramarse ahora sobre la calle, y el aire se hacía más caliente. Bajé la ventanilla.

—Ahí viene uno —dijo ella.

Pasó un autobús y se detuvo junto al bordillo de más arriba. Bajaron unas quince o veinte personas, pero todo eran hombres que llevaban fiambreras.

—Aún es demasiado temprano para la gente de las oficinas —me recordó.

—Sí —dije.

Me pregunté cuánto más lejos podríamos llegar antes de darnos contra la pared. Ni siquiera estábamos seguros de que ella existiera.

Red podría haberse equivocado. Y no había ninguna prueba de que la chica que él había visto en el Sidelines tuviera nada que ver con Stedman, aparte de que se la había ligado. Era su principal afición.

Pasaron más autobuses, cargados todavía de obreros. Eran más de las ocho. Salí del coche y coloqué cinco centavos en el parquímetro.

—Esa Compañía de Herramientas para Maquinaria Shiloh —dijo ella pensativamente—. No dejo de pensar en que hay algo familiar en ese nombre.

—¿No fue una batalla durante la Guerra Civil? —pregunté.

Hizo un movimiento de impaciencia.

—Sí, desde luego. En abril del sesenta y dos, al sur de Pittsburgh Landing en Tennessee, Grant y Buell contra Johnston y Beauregard. Fue un combate muy sangriento y desorganizado, escuadrones de novatos acuchillándose los unos a los otros en destacamentos aislados, perdidos entre los matorrales —Se interrumpió—. Pero yo no me refería a todo eso. Lo que quería decir era que he visto ese nombre en algún sitio recientemente. No deja de molestarme. Oh, bien, supongo que no tiene importancia.

Empezaron a entrar coches en el aparcamiento de la Comet, y ahora empezaban a bajar empleados de oficinas de los autobuses. Algunas de las chicas eran morenas. Cada vez que veía una sentía una oleada de esperanza, pero ninguna de ellas respondió a la descripción que me había dado Red.

—Podría haberse cambiado de peinado en un mes —dijo Suzy—. Podría llevarlo corto.

—A estas horas podría incluso ser rubia.

Ella hizo una mueca.

—No disparéis, hombres, hasta que les veáis la raíz de los cabellos.

A las nueve supimos que no había nada que hacer. Sacó el coche de donde estaba aparcado y condujo en dirección a la playa. Por el camino nos encontramos con la gran Refinería Southlands. Al pasar ante la verja del Departamento Marítimo me la quedé mirando con ansia. Ella se dio cuenta.

—Aún lo conseguirás, Irlandés —dijo.

No contesté. Me sentía demasiado mal como para decir nada.

—¿Qué debieron de hacer con tus ropas y tu permiso y las

cosas? —preguntó—. Quiero decir, ¿cuando el barco tuvo que zarpar sin ti?

—Sacarlas y guardarlas aquí en el Departamento Marítimo —dije—. En el despacho del capitán Bryce.

Me interrumpí bruscamente, quedándome helado de miedo. Había empezado a sonar una sirena a menos de cien metros detrás de nosotros.

—No te asustes —me susurró—. Creo que iba demasiado de prisa.

El coche de policía gruñó mientras nos pasaba delante por el carril interior y el conductor nos hizo señales con la mano para que nos detuviéramos. Ella aminoró metiéndose en el arcén de grava y se detuvo. Él se detuvo delante de nosotros, salió y anduvo hacia nosotros. Tenía la boca seca, y metí las manos en los bolsillos del abrigo para esconder el temblor.

El policía apoyó un brazo sobre la ventanilla del lado de ella y miró adentro. Contuve un impulso de girar la cara hacia el otro lado. Rondaba los treinta, enjuto, despierto, con un rostro curtido por el viento y ojos grises impasibles. Apenas me echó una ojeada.

—Señora, pasada la refinería, en esa zona hay un límite de velocidad de veinticinco kilómetros.

—Oh —dijo ella con aspecto contrito—. Lo... lo siento, oficial. Creo que iba un poco más de prisa que eso, ¿no es así?

—A cuarenta —dijo un poco menos severamente. Ella era bonita, y lo lamentaba, y demasiado inteligente para sentimentalismos o para intentar seducirle—. ¿Puedo ver su permiso de conducir?

Respiré suavemente y continué luchando con aquel impulso de volverme e intentar esconder el rostro. Gracias a Dios que ella era tan espectacular; él no podía ver más allá de ella. Le entregó su permiso. Él lo examinó, lo golpeó pensativamente contra la uña de su pulgar y se lo devolvió.

—Muy bien —dijo—. Lo dejaremos pasar por esta vez. Pero vigile. Esas señales quieren decir lo que dicen.

—Gracias, oficial. Tendré cuidado.

Entonces, por primera vez, él miró por encima de ella hacia mí. Por un instante sus ojos estuvieron fijos en mi rostro. Pareció un año. Luego se dio la vuelta, y se dirigió hacia su coche. Se detuvo

una vez, como si fuera a volver. Ella retrocedió volviendo a entrar en la carretera, y cuando pasamos junto a él nos siguió con la mirada pensativo.

Nos estábamos alejando. Vigilé el retrovisor, conteniendo la respiración. Luego le vi deslizarse detrás del volante y cerrar la portezuela. Él volvió a la carretera y nos empezó a seguir como si fuera un enorme gato.

—¡Ahí viene! —dije—. Me ha reconocido.

—Quizás pueda dejarle atrás. Hasta que puedas bajarte.

—No —dije ásperamente—. Escucha. Cuando te indique que te detengas, para. Después de que me agarre, vente abajo. Di que te estaba amenazando con un arma que llevaba en el bolsillo. Hazme caso.

Ahora no utilizaba la sirena, pero se nos iba acercando como si no nos moviéramos. Se puso a nuestra altura y nos indicó que parásemos. Ella se detuvo. Él se paró detrás de nosotros. No servía de nada intentar salir y huir; me derribaría antes de que pudiera correr seis metros.

—Lo siento —me susurró ella.

—Recuerda, entré en el coche por la fuerza.

Él llegó hasta su lado y miró adentro. Había una sonrisa tímida en su rostro.

—No me he dado cuenta al principio —dijo—. Esos nombres de pila me han despistado. Usted es Suzy Patton, ¿verdad?

Quería saber si pondría su autógrafo en un libro de su esposa, si ella se lo llevaba. Su esposa estaba loca por Suzy Patton. Ella le dio la dirección. Él se lo agradeció y se golpeó suavemente su gorra. Nos alejamos. Al cabo de un par de minutos saqué los cigarrillos e intenté encender uno con mis manos tan flácidas e inservibles como si estuvieran hechas de gelatina.

8

NINGUNO DE LOS DOS abrió la boca hasta que llegamos a la playa, y ella aparcó cerca de las escolleras a la entrada del canal navegable.

—Entiendo por qué los fugitivos se vienen abajo al cabo de un tiempo y los cogen —dijo.

Asentí.

—Nadie podría soportar eso muchas veces seguidas.

Ahora hacía más calor. El agua se veía brillante y azul bajo el suave terral. Un petrolero bajó por el canal, en dirección a mar abierto. Pude ver a la gente que había en el puente, sacándolo, y me sentí enfermo. Nunca volveré a estar ahí arriba. Me cogerán. Hoy, mañana o un día de estos, y pasaré el resto de mi vida en una celda.

Ella se había quedado silenciosa.

—¿En qué estás pensando? —pregunté.

—Shiloh —dijo.

—¿La batalla? ¿O la compañía de maquinaria?

—En ambas, creo. Y en fugitivos. Y en lo que significa ser un fugitivo —Hurgó distraídamente en su bolso en busca de un cigarrillo. Se lo encendí—. Imagina un soldado de la Unión —siguió—. Quizás fue capturado cuando la división de Prentiss fue derrotada y enviado a retaguardia. Y entonces se escapó desde detrás de las líneas confederadas después de la acción de retaguardia de Bragg y de la retirada hacia Corinth. Estaba herido y en territorio enemigo.

Su voz se apagó y se quedó mirando afuera por encima del agua.

—¿Pero qué tiene esto que ver con la fábrica?

—Nada —Entonces echó una ojeada a su reloj—. Pero hemos de volver si queremos llegar a la hora del desayuno.

—A partir de aquí me encargo yo —dije—. Me dejas ahí y te vuelves al apartamento.

Me dejó a tres manzanas de distancia y anduve lentamente por la calle Denton a la luz del sol. Eran las diez y quince. Justo cuando llegaba a la cafetería

George's

, salían dos chicas por la verja de la Comet Boat Company, que estaba al otro lado de la calle. Una tenía el pelo castaño, la otra era rubia. Abrí la puerta y entré.

Había una larga barra en ángulo recto con la puerta, y a la derecha diez o doce mesas. Seguí adelante hasta el extremo de la barra y me senté de cara a la puerta. En la barra había dos hombres y una chica, y me di cuenta de que había más gente en dos de las mesas, aunque aún no les había mirado. Coloqué la cartera sobre la barra y abrí la cremallera para sacar una de las cartas que Suzy había escrito a máquina.

La camarera se acercó.

—¿Señor? ¿Qué desea?

Levanté los ojos.

—¡Oh!, café, por favor. Y un bollo.

—Sí, señor.

Me sirvió el café y puso el bollo sobre un plato. Tomé un sorbo de café, lo empujé a un lado y abrí la carta, y mientras lo hacía eché una ojeada a mi alrededor. La chica de la barra era una rubia descolorida. Había dos muchachas en una de las mesas, y una chica y un hombre en otra, pero ninguna se acercaba para nada a la descripción que Red me había dado. Con la pluma estilográfica empecé a hacer algunas anotaciones al final de la carta. Entraron las dos chicas que había visto salir de las oficinas de la Comet. Pasaron cinco o diez minutos, y el lugar empezó a llenarse. Comí un poco de bollo, hice durar el café todo lo que pude, y pedí más.

Entraban por parejas y tríos, la mayoría chicas que iban charlando y riendo. Desde donde estaba sentado podía vigilar la puerta sin que se notara. Le eché una mirada a mi reloj: eran las

diez y treinta y cinco. Todo había sido un castillo en el aire, pensé. La puerta se abrió de nuevo. Levanté la mirada, y la tenía justo frente a mí.

No había la menor duda. Y tampoco la había de que Red tenía buen ojo. Estaba con otras dos chicas en las que nadie se fijaría nunca, a menos que se sacaran la ropa o se tiñeran el pelo de color morado. Se sentaron en una mesa cerca de la puerta y pidieron café. Yo seguí escribiendo detrás de la carta, ocultando cuidadosamente mi excitación.

Al cabo de un instante le lancé otra mirada. Estaba sentada sola en un lado de la mesa, con las otras dos sentadas frente a ella, y mostraba el perfil izquierdo. No llevaba anillo en la mano. Vestía un traje sastre marrón, blusa blanca, medias de *nylon*, y zapatos de cocodrilo de tacón alto; llevaba también un enorme bolso de cocodrilo. El pelo era de un negro azulado, vuelto hacia adentro en las puntas justo por encima de los hombros. Medía alrededor de uno sesenta y cinco y tenía un cuerpo estupendo. La piel tenía un ligero tono oliváceo y los labios eran gruesos y con un sorprendente color carmín. Ella se volvió entonces, echando una ojeada al recinto, y sus ojos se posaron en mí un momento.

Me cogió mirándola, pero no importaba. Más le extrañaría descubrir a un hombre que no la estuviese mirando. Los ojos eran marrón oscuro, y se podía ver en ellos el latente fuego latino. No me prestó atención. Volví a mis garabatos en la parte posterior de la carta y no la volví a mirar. Al cabo de unos diez minutos pagaron sus cuentas y salieron.

Volví a poner los papeles en la cartera, encendí un cigarrillo y salí tranquilamente. Habían girado a la izquierda y estaban ya a una media manzana, subiendo por la acera de este lado. Habían pasado de largo la entrada de la Compañía de Suministros de Fontanería. Se pararon en la esquina, esperaron a que el semáforo cambiara, y cruzaron la calle Denton. Anduve lentamente hasta la esquina. Cruzaron la calle que la cortaba, y cuando estaban a mitad de la manzana entraron. Era la entrada de la Compañía de Maquinaria Shiloh.

El cartel rezaba: «TORNOS Y FRESADORAS». La fábrica estaba rodeada por una valla de tela metálica de acero. Había un edificio de oficinas delante en la entrada, y detrás otro más grande de

ladrillo rojo oscuro. Subí por aquel lado de la calle. Dos manzanas más allá encontré una cervecería que tenía una cabina telefónica, y telefoneé a Suzy.

—La encontré —dije con entusiasmo—. Trabaja en esa compañía Shiloh.

—Bien —replicó—. ¿Puedo ir y recogerte?

—No. El siguiente paso es descubrir dónde vive. Voy a intentar seguirla hasta casa esta noche.

—Ahora son las once. Tendrás que esperar seis horas.

—Lo sé —dije—. Pero estaré seguro en un cine.

Tomé un autobús y me dirigí al centro. No me sentía tan desnudo y al descubierto entre la gran muchedumbre que iba de compras. Pasé junto a policías de uniforme media docena de veces, y al cabo de poco dejé de encogerme dentro de mis ropas cuando veía alguno. Los cines ya estaban abiertos. Escogí uno que tenía programa doble y entré.

Salí a las cuatro treinta, me compré un periódico de la tarde, y subí a un autobús que me llevaría de vuelta a la calle Denton. Desplegué el periódico. «SIGUE EN LIBERTAD EL MARINERO BUSCADO POR EL ASESINATO DEL POLICÍA», decía un titular en primera página. Se citaban las palabras de un tal teniente Brannan de Homicidios que decía que era obvio que alguien me estaba escondiendo.

—Cualquier persona que sepa el paradero de Foley y oculte esa información es culpable de encubrir a un fugitivo —decía él—. Esto es un grave delito.

En la parada siguiente se sentó un hombre a mi lado. Concentré mi atención en el periódico, consciente de que él también lo estaba mirando.

—Pandilla de polis —dijo—. Todo el cuerpo de policía no es capaz de localizar a un marinero estúpido.

—A lo mejor ha abandonado la ciudad —dije.

—No. Probablemente está andando por la calle en este preciso momento. ¿Qué cree que harían si alguna vez se tropiezan con un tipo realmente inteligente como Willie Sutton o alguien así?

—No lo sé —murmuré.

Deseé que cerrara la boca. Empecé a leer las tiras cómicas y dejé que él las leyera. Aparentemente nunca me echó una mirada. Bajé del autobús en la Compañía Naviera Comet, y crucé al otro lado de

la calle Denton. Faltaban cinco minutos para las cinco.

Había una zona de aparcamiento en el interior de la valla de la Compañía de Maquinaria Shiloh, y pude ver unos treinta coches aparcados. Puesto que no la habíamos visto bajar de un autobús por la mañana, existía la posibilidad de que fuera a trabajar en coche. Si era así, no tendría suerte. Pero al menos podría localizar el coche, y mañana Suzy podría seguirlo. A las cinco sonó la sirena, y salió un tropel de hombres de la fábrica Shiloh, pero no apareció nadie de oficinas.

Salieron a las cinco treinta. Algunos se fueron hacia los coches aparcados al lado. Al cabo de un momento la vi. Salió a la acera. Llevaba un abrigo de paño ligero y el enorme bolso de cocodrilo. Cuando llegó a la esquina se detuvo, esperó a que cambiara el semáforo, y cruzó a este lado. Iba a coger el autobús en la parada que había frente a la cafetería.

Anduve detrás de ella en esa dirección. Había cinco o seis personas esperando, y se acercaba un autobús en aquel momento. Ya iba muy lleno, pero paró junto al bordillo y las puertas se abrieron. Ella subió. Yo era el último de la cola, y por un instante temí no conseguirlo. Entonces el conductor le gritó a todo el mundo que se moviera hacia el fondo, y conseguí subir.

Ella estaba justo más adelante, de pie en el pasillo, y agarrada a la barra. Pude ver que había más sitio en el fondo, y conseguí colocarme a su lado, entre los otros viajeros que estaban de pie. Ni siquiera volvió la cabeza. Seguí hasta el fondo. Podía ver la negra cabeza sin dificultad.

El autobús atravesó la zona del centro, y casi me cogió por sorpresa cuando se bajó. Me bajé justo cuando las puertas ya se cerraban, la alcancé de nuevo entre la multitud que andaba a toda prisa por la acera.

Entró en

Waldman's

, el gran almacén más importante de la ciudad, por la puerta que daba a la Segunda Avenida. Eran casi las seis de la tarde, y las luces de la calle estaban encendidas. La localicé de nuevo en el interior, y permanecí detrás de ella entre la muchedumbre. Se me ocurrió que un profesional probablemente pondría mala cara ante mi tosca manera de seguirla, pero ella no giró la cabeza ni una sola vez.

Subió por la escalera mecánica hasta el segundo piso y se detuvo en el mostrador donde se vendían medias. Me coloqué en otro corredor, justo detrás de ella, y fingí interesarme por los perfumes mientras ella compraba un par de medias de *nylon*. Le dio a la dependienta un nombre y una dirección que no pude entender. La dependienta rellenó un *ticket* de venta y puso las medias en una pequeña bolsa.

Cruzó al otro lado de la planta y entró en el salón para señoras. Retrocedí hasta donde pudiera vigilar la puerta sin llamar la atención, y encontré una silla y un cenicero. Pasaron unos diez minutos. Empecé a preocuparme. Podría haber otra salida; a lo mejor me había visto, y había entrado allí para darme esquinazo. Entonces, cuando ya casi me había dado por vencido, salió. Bajó a la planta baja por las escaleras automáticas y salió por la puerta que daba a la calle Butler. Ya eran las seis treinta, y había oscurecido, pero las calles seguían aún atestadas.

En la manzana siguiente se detuvo en un puesto de periódicos y compró una revista, luego entró en un restaurante. Estaba en una esquina con enormes cristalerías a ambos lados. Podía verla sin tener que entrar. Pidió un bocadillo y un café y miró la revista mientras comía. La esquina donde yo estaba era una parada de autobús. Al cabo de unos veinte minutos pagó la cuenta y salió. Retrocedí, y ella vino hacia allí y se quedó en el bordillo donde yo había estado. Suspiré. A lo mejor se iba por fin a casa.

Se subió a un autobús Montlake, de la línea n° 7. Detrás de ella subieron otros dos pasajeros, y luego yo. Encontró asiento y se puso a leer la revista y no levantó los ojos cuando pasé por su lado. Seguí hasta la parte trasera y me senté.

Abrí el periódico y fingí leer, manteniendo el rostro escondido. El autobús giró al norte por una calle principal muy concurrida. Pasamos una zona de casas de apartamentos y varios pasajeros se bajaron. Ella siguió leyendo. Al poco rato, el autobús se desvió hacia calles más tranquilas y pasamos junto a una gran urbanización. En cada parada bajaron uno o dos pasajeros. Pronto no quedamos más que cinco.

Me pregunté por qué vivía tan lejos; debíamos de estar muy lejos del centro. Entonces ella guardó la revista y empezó a vigilar las paradas.

—Stevens —gritó el conductor.

Recogió sus cosas y se dirigió a la puerta trasera. El autobús se detuvo, y ella se bajó. La puerta se cerró, pero justo antes de que volviéramos a movernos yo levanté bruscamente la mirada del periódico y pregunté:

—¿Esto es Stevens?

—Exacto —dijo el conductor.

Cogí la cartera y me apeé. El autobús siguió adelante. Saqué un cigarrillo y me detuve momentáneamente mientras lo encendía. Era una zona de casas viejas, casi ruinosas. Una estación de servicio al otro lado del cruce, en diagonal, era un brillante oasis de luz, pero había pocos coches en la calle. Ella atravesó el cruce y giró a la derecha, enfrente de la estación de servicio, subiendo por la acera bajo los árboles del lado opuesto. De momento, que yo me hubiera dado cuenta, no había vuelto la cabeza, pero esperé que no tuviéramos que ir muy lejos. En esta zona solitaria y alejada era casi seguro que me descubriría en poco tiempo. Cuando ella estaba más o menos a la mitad de la manzana, crucé la calle y me coloqué detrás de ella.

Estaba oscuro bajo los árboles, y solo había farolas en los cruces. Cruzó la calle siguiente, siguiendo recto aún. Estaba muy tranquilo, incluso a aquella temprana hora del atardecer, y podía oír el golpeteo de sus tacones sobre la acera. Había menos casas en esta manzana. Pasó un coche que nos salpicó de luz con sus faros, pero ella no miró atrás.

En la tercera manzana no había ninguna casa. Era un patio de recreo o un parque, rodeado por una alta valla de tela metálica. La acera estaba muy oscura debido a los eucaliptos que había en el bordillo. Al otro lado de la calle se erguía un oscuro edificio que parecía una escuela. Ella siguió andando con el mismo paso lento, a unos cuarenta y cinco metros delante de mí. Cerca de media manzana más allá distinguí la masa oscura de un coche aparcado junto al bordillo. Ella pasó junto a él. Me puse alerta, volviéndome cauto de repente, pero era demasiado tarde. Una enorme sombra salió de detrás de un árbol y se colocó frente a mí. Intenté esquivarla apartándome a un lado, pero la pistola retumbó a quemarropa, con la pequeña llamarada acariciando la manga de mi abrigo.

Algo me golpeó por debajo de las costillas. Fue como si me pegasen en la barriga con un bate de béisbol. Me balanceé hacia atrás y di media vuelta sobre mí mismo, mis rodillas cedieron y caí. Intenté gritar, pero ni siquiera podía respirar. Mi rostro estaba contra el frío suelo, y lo pude sentir desmenuzándose bajo mi mejilla y un lado de mi mandíbula, mientras seguía abriendo y cerrando la boca en un silencioso e inútil espasmo, como si estuviera intentando morder algo de aire y tragármelo. Pude oír sus tacones golpeando sobre la acera mientras corría, acercándose, y los zapatos de él chirriaron cuando dio dos pasos y se puso en cuclillas junto a mí. Una mano tocó mi brazo, y tanteó mi pecho.

Ella corrió hacia allí.

—¡De prisa! —jadeó—. ¿Qué estás haciendo? Vámonos de aquí.

—Está herido en la barriga. ¿Quieres que empiece a hablar cuando le encuentren?

La mano se movió de nuevo, y estaba ya junto a mi cuello. Gruñó. Estaba localizando fríamente mi cabeza, de modo que pudiera apoyar contra ella el cañón de la pistola. Todo mi torso estaba aún paralizado como si me hubieran partido en dos, pero de repente empecé a respirar. Agarré la mano y tiré. Se vino abajo sobre mí como un caballo cuando cae. La pistola se disparó. La oí golpear contra el suelo, y luego resbalar cuando alguien la golpeó con un brazo o una pierna al pelear. Intentó golpearme y oí cómo su puño se estrellaba contra el cemento. Contuvo el aliento con fuerza, y maldijo.

—¡Busca la maldita pistola! —espetó.

Era fuerte como un toro y me hubiera partido en dos si me hubiese podido coger de lleno, pero yo forcejeaba como un salvaje. Caímos y volvimos a rodar.

—No puedo encontrarla —gritó ella—. Ni siquiera he visto hacia dónde caía.

—Bien, ¡saca el cuchillo de mi bolsillo! No puedo sujetarlo a él y cogerlo.

—No tenemos tiempo. Alguien viene por la esquina.

Me liberé momentáneamente e intenté ponerme en pie. Una enorme mano me cogió por el pecho y me golpeó hacia atrás, tirándome. Mi cabeza golpeó el suelo y estallaron lucecitas en su interior. No me había desvanecido del todo, pero estaba indefenso.

Sentí cómo me levantaban y me arrastraban, con las piernas sin fuerzas sobre la acera.

—Abre la puerta —dijo una voz.

Caí sobre la espalda. Alguien me dobló las piernas hacia arriba y la portezuela del coche se cerró de golpe. Debí de perder el sentido por un momento entonces, pues lo siguiente de lo que tuve conocimiento fue el agudo chirrido de la goma cuando tomamos una curva.

Estaba mareado, y aún tenía la sensación de haber sido cortado en dos. Me di cuenta vagamente de que estaba tumbado en el suelo de la parte trasera del coche, y de que ellos se encontraban en el asiento delantero.

—Vigílale —dijo el hombre—. Si vuelve en sí, canta.

Era extraño que no sintiera más dolor. Un disparo en la barriga era como si te golpearan en la boca del estómago en un partido de rugby. Bueno, no tardaría en empezar. Excepto que ellos terminarían el trabajo tan pronto como encontraran un lugar donde parar. Pensé en aquel cuchillo, y pude sentir cómo me invadían las náuseas.

—¿En nombre de Dios, cómo pudiste fallar? —preguntó ella.

—Fallar, ¡mierda! Lo he derribado.

—¡Le has dado a la cartera! Te había dicho que llevaba una cartera bajo el brazo —jadeó ella.

—¡Oh, por Dios! —Volvimos otra esquina—. ¡Bien, toma! Coge esto —Oí el click metálico qué hace una navaja de muelle al abrirse—. Tú puedes llegar hasta él. Justo al final del cuello, y luego húndelo.

—¿En el coche?

—Claro que en el coche, idiota. No podemos parar aquí.

—Tendrás que hacerlo tú. Esto está empezando a ponerme enferma.

—Bueno, ¡de todos los miedosos...!

—¡No puedo evitarlo! —gritó—. Esto ya dura demasiado.

—De acuerdo, de acuerdo. Solo vigílale hasta que encuentre una calle oscura.

Mi cabeza se estaba despejando un poco y algunas sensaciones volvían a mi cuerpo. Estaba tumbado sobre algo duro que se me estaba incrustando en la cadera. Moviendo la mano muy

lentamente, llegué hasta ello y lo toqué. Me pareció algo conocido, un pedazo de madera lisa que se estrechaba afilándose en un extremo, y más redondeado y pesado en el otro. Coloqué los dedos alrededor del extremo más delgado. Probablemente ella me miraba por encima del respaldo del asiento delantero, pero estaba muy oscuro aquí abajo y todo lo que podría ver sería mi rostro.

Ahora o nunca. Me erguí de un tirón y me deslicé en el asiento. Ella gritó avisando y trató de alcanzarme con el cuchillo. La ignoré e intenté golpear la cabeza de él tan fuerte como pude con la cuña. No era lo suficientemente pesada como para causar un gran daño, pero él gruñó y apretó con fuerza el freno. La golpeé a ella en el brazo y el cuchillo cayó. Estaba arrodillada en el asiento delantero, intentando todavía alcanzarme, mientras intentaba salir del coche. Él levantó el pie del freno, y el coche empezó a moverse hacia adelante de nuevo, pero se caló. Levanté el brazo, le di a ella en el pecho, y la tiré hacia atrás sobre él y el volante. La bocina empezó a sonar. Por primera vez fui consciente de que había luces a nuestro alrededor. En el asiento delantero, más allá de sus pataleantes piernas envueltas en seda, estaba el gran bolso de cocodrilo. Lo agarré, la empujé de nuevo sobre él, y salté fuera. Se oyó el chirrido de frenos, y una voz masculina me maldijo. Había surgido de detrás de nosotros e intentado esquivarnos. Uno de sus parachoques me golpeó y me hizo perder pie, pero no caí. Me fui de lado, balanceando el bolso para mantener el equilibrio.

Estaba en el centro de la zona comercial. Delante de mí, luces de colores se encendían y apagaban resplandecientes frente a un cine, y al otro lado de la calle había un enorme *drugstore*. Los coches se detenían y las bocinas empezaban a sonar. Corrí en dirección al bordillo.

—¡Un ladrón de bolsos! —aulló alguien.

Un hombre saltó de un coche detenido e intentó adelantárseme. Le eludí. Dos más reanudaron la persecución. Una mujer chillaba:

—¡Llamen a la policía! ¡Llamen a la policía!

En la próxima esquina había una estación de servicio, y dos hombres vestidos con monos blancos salían corriendo a la calle para detenerme. En aquella dirección no tenía salida. Giré a toda velocidad en medio de la calle y fui en la otra dirección, esquivando los coches. Conseguí llegar a la acera más allá del *drugstore*. Un

hombre intentó agarrarme. Levanté un brazo y le derribé. En el momento de alcanzar la esquina oí una sirena a mis espaldas. Media docena de hombres me perseguían en aquel momento. Di la vuelta a la esquina y corrí otra manzana. Me estaba alejando de ellos. Esto era una zona residencial, y no estaba tan bien iluminada. Volvía a estar bajo los árboles. Crucé otra intersección y seguí corriendo. Todos los hombres que iban a pie se habían dado por vencidos ya, pero la sirena seguía gimoteando y cuando miré atrás vi faros. Había un callejón a mitad de la manzana. Me escondí en él. El coche de la policía pasó por delante. A mitad del callejón había una verja abierta que daba a un patio trasero. Me colé dentro, deseando que no hubiera perro. Nadie me impidió el paso. Cerré la verja y me deslicé dentro de una densa oscuridad, en el interior de un macizo de adelfas. Pude oír otra sirena que chillaba en dirección a la zona comercial.

En la casa había luces encendidas, pero las cortinas estaban corridas en la ventana que daba al patio trasero. Pude divisar las siluetas de los inquilinos moviéndose por la habitación. Hacía esfuerzos para recuperar el aliento y el vientre me dolía como si me hubieran golpeado con garrotes. Mi sombrero había desaparecido igual que mi cartera, pero aún tenía el bolso de cocodrilo sujeto con fuerza bajo el brazo. Pasaron algunos minutos y empecé a recuperar el aliento. Me toqué el costado, explorando la zona que hay justo bajo las costillas, e hice una mueca de dolor.

Había estado sujetando la cartera más o menos ahí, bajo el brazo. Dentro había un *New Yorker* y un ejemplar del *Fortune*. El proyectil debía de haberles dado ligeramente y le habían hecho que cambiara de dirección antes de que pudiera seguir adelante, pero de todas formas yo había recibido todo el impacto. No era de extrañar que me hubiera hecho girar sobre mí mismo y me hubiera derribado.

Las luces se apagaron en la parte trasera de la casa y oí música que provenía de algún lugar del interior. El sonido de la persecución se había desvanecido ya, pero tenía que deshacerme del bolso antes de atreverme a volver a salir a la calle. Era demasiado grande para esconderlo. Lo abrí y me arrodillé en la oscuridad de las adelfas y encendí el encendedor ocultando la llama con mi cuerpo. Cuando abrí el billetero, lo primero que vi fue un permiso

de conducir. Lo saqué y volví a tirar el billetero dentro del bolso. Decía: «Frances Celaya. 2712 Calle Randall, Apartamento 203». Y en el fondo del bolso, entre un montón de pasadores para el pelo, barra de labios, y peine, había una llave. Había recibido un tiro para conseguirlo, pero tenía exactamente lo que estaba buscando. Dejé caer la llave y el permiso de conducir en el bolsillo de mi abrigo, y empujé el bolso hasta el interior del macizo de adelfas. Hubiera sido más seguro esperar otra media hora o así, pero ahora tenía prisa. Saliendo por la verja, seguí adelante callejón abajo. Cuando salí a la otra calle, estaba todo tranquilo. Giré a la izquierda, alejándome de la zona comercial. Después de andar cinco o seis manzanas empecé a respirar más tranquilamente. Aparentemente la policía lo consideraba un rutinario robo de bolso; si me hubiera reconocido por la descripción la zona estaría saturada de coches patrulla. Pero ahora que había perdido el sombrero, era peligroso que intentara moverme en terreno abierto en cualquier dirección. Tendría que encontrar una cabina telefónica. Seguí andando por las tranquilas calles residenciales. Después de otros diez o quince minutos vi un semáforo a unas cuatro o cinco manzanas más abajo de una calle que atravesaba aquella donde yo estaba. Y me dirigí en esa dirección.

La calle se llamaba Octavia, y yo estaba en el número 700. Justo en la esquina había un pequeño centro comercial; pude ver un supermercado que aún estaba abierto, una panadería, y un *drugstore*. No se divisaba ningún coche de policía. Me metí en el *drugstore* sintiéndome desnudo bajo la luz, pero nadie me prestó atención. Había dos cabinas telefónicas. Me introduje en una y marqué el número del apartamento. Suzy contestó al primer timbrado.

—¿Dónde estás? —preguntó con rapidez—. ¿Estás bien?

—De momento —dije—. Pero tuve un pequeño problema. Y he perdido el sombrero. ¿Puedes recogerme?

—Ahora salgo. ¿Dónde estás?

Se lo dije.

—Aparca en el aparcamiento del supermercado. Saldré y entraré.

—Creo que sé dónde está Octavia. Tardaré unos veinte minutos. Intenta mantenerte oculto.

—Seguro —dije.

Ella colgó. Coloqué otra moneda de diez centavos y marqué el número de la cabina telefónica del Bar Sidelines. Un hombre contestó.

—¿Está Red ahí? —pregunté.

—Un momento.

Esperé. Al cabo de un minuto alguien cogió el auricular y oí que la puerta se cerraba.

—¿Red? —pregunté en voz baja.

—Sí. ¿Cómo estás, chico?

—Aún en circulación, a pesar de todo —dije—. Pero escúchame. Ahora puedes estar metido en un lío. Vigila por dónde andas, y no te metas en ningún callejón oscuro.

—¿Qué pasa?

—Esa chica de la que me hablaste, es morena y muy peligrosa. La localicé e intenté seguirla hasta su casa para descubrir quién era y dónde vivía, y me dio con la botavara encima, pero bien. También tiene un amigo muy bruto. Puede que se figure que puedes haber sido tú quien me pusiera sobre su pista. Si lo hace, cierra la puerta con llave y escóndete debajo de la cama.

—Gracias por la información. ¿Pero qué vas a hacer?

—Iré a verla. Ahora tengo su nombre y dirección.

—Pero oye. ¿Por qué no contratas a un abogado y te entregas? Podría llamar a Wittner para que te ayudase. Es el mejor del Estado.

—No —dije—. No hay la más mínima prueba de que tuviera algo que ver con Stedman. No sé quién es el amigo y, créeme, nunca cantaría.

—Pero si te reconoció, debe de haberte visto en el apartamento de Stedman.

—Claro. Ese es el único sitio donde podría haberme visto con anterioridad. Pero no podemos probarlo. De momento, no podemos probar nada. No obstante, tengo la llave de su apartamento y quiero ver qué puedo encontrar.

—Bien, ve con cuidado, ¿quieres?

Colgué y miré mi reloj. Faltaban cinco minutos para las nueve, y habrían de pasar al menos otros quince antes de que ella llegara. Una cabina telefónica es un buen lugar para permanecer oculto. Saqué otra moneda de diez centavos, de las veinte que ella me

había facilitado esa mañana.

Busqué el número de la Unión de Marineros y lo marqué; y me puse en contacto con el expedidor.

—Estoy intentando localizar a un marinero llamado Bullard —dije—. ¿Podría dar una ojeada y ver si está en su lista de gente en tierra?

—¿Cuál es el nombre de pila? —preguntó.

—Ahí me ha cogido —repliqué—. No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que sea miembro, o de que navegue todavía. Pero es un tipo enorme, fornido como un áncora de cabrestante. Y si navega probablemente lo hace en cubierta.

—Humm, veamos... No, no hay nadie que se llame Bullard en tierra ahora. Pero tenemos varios socios con ese nombre, yo mismo conozco a dos. Johnny Bullard y Paso-y-medio Bullard. Creo que el nombre de pila de Paso es Raymond. Tiene una rodilla estropeada. Un bombardeo en el asedio de Murmansk en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Qué hay de Johnny? —pregunté.

—Un tipo joven. Unos veinticinco. Navega como marinero. Está navegando ahora. Lo embarcamos en un Victory la semana pasada, en dirección a Río y Buenos Aires.

—¡No! —exclamé—. El que estoy buscando estuvo metido en una especie de lío aquí hace unos pocos años, durante una huelga.

—Oh, se refiere a ese hijoputa esquírol. Bien, mire amigo, no está afiliado a este sindicato, y nunca lo ha estado. Pero le diré algo. Si alguna vez aparece por aquí, puede venir y llevárselo. Tan solo trae un papel secante.

—¿Tiene alguna idea de dónde está?

—¿Por qué lo quiere saber?

—Digamos que me gustaría ponerme en contacto con él. Puede que ya tenga el papel secante preparado. ¿Qué sabe de él?

—Su nombre es Ryan Bullard. Y exceptuando que es una rata, un rompehuelgas, un canalla, un criminal, y un gorila a sueldo, es uno de los tipos más encantadores con que uno pueda encontrarse nunca. Y, oh, sí, también es expresidiario, por lo que sé. Y golpeó a un marinero con un bate de béisbol hasta matarlo.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hará unos cinco años. Durante la huelga de los barqueros

fluviales. Bullard era un esquírol y mató a un miembro de un piquete. Le arrestaron y le acusaron de asesinato, pero antes del juicio los dos testigos desaparecieron. Más tarde, encontraron a uno de ellos en la bahía.

—¿Asesinado?

—Sí, a menos que fuera siempre a bañarse con una transmisión Ford atada a la pierna. De todas maneras, Bullard fue condenado a la horca en el primer juicio, y consiguió librarse en el segundo. Pero no ha estado por aquí desde hace años. Justó después del juicio se embarcó en un trasto bajo bandera panameña. Creo que oí, hace un par de años, que estaba cumpliendo sentencia en chirona en Cuba por habérselas tenido con uno de los matones de Batista. Y alguien dijo que ha estado pescando camarones, en Pensacola o Tampa. No lo sé; uno siempre oye cosas.

—De acuerdo, un millón de gracias —dije.

Estábamos en el mismo lugar de antes —pensé—. ¿Dónde podía haber una conexión entre Frances Celaya y Ryan Bullard y Stedman? Bullard ha estado fuera de aquí durante años. Frances Celaya trabajaba para una compañía de maquinaria. Y Stedman solo era un detective que se creía un regalo de Dios para las mujeres. Sacudí la cabeza y volví a salir. Parecía como si un tanque hubiese pasado por encima de mi estómago y mis costillas.

No convenía que permaneciera allí quieto. Anduve por las calles de la zona residencial por espacio de unos diez minutos y, cuando volví, el Olds azul entraba en el aparcamiento. Fui hacia allí y subí. Llevaba el abrigo de piel gris, con el cuello subido alrededor de su garganta. La besé, y se aferró a mí por un instante.

—He estado asustada —dijo—. ¿Qué pasó?

—Te lo contaré por el camino —dije—. ¿Sabes cómo llegar al número dos mil setecientos de la calle Randall?

—¿Randall? Sí. Eso estará cerca del centro. ¿Por qué?

—Vamos —dije—. Ahí es donde vive nuestra amiga. Voy a hacerle una visita.

9

Se DESVIÓ DE
OCTAVIA

y entró en una avenida que llevaba al centro. Se lo conté todo.

—Oh, Dios mío —dijo, horrorizada—. Nunca oí nada tan despiadado y brutal. No puedes ir ahí.

—Tengo que hacerlo —dije—. Quizás pueda descubrir algo sobre ella. Tiene que haber algo que nos lleve a Stedman.

—Pero supón que ellos están ahí.

—Simplemente tendré que arriesgarme. De todas formas, él no tiene la pistola ahora.

Se paró en un semáforo.

—¿Por qué supones que no llamó a la policía sencillamente cuando te reconoció?

—Demasiado arriesgado —dije—. Se figuró que yo podía saber algo, pues de lo contrario no la hubiera seguido. Si ellos me cogían, podía convencerles también. A propósito, supongo que esa sección de

Waldman's

tiene cabinas telefónicas, ¿no?

—Sí, claro.

—Es una nena inteligente —dije—. Sospechó que eso no se le ocurriría nunca a un marinero estúpido, y tenía razón. Si la hubiera visto telefonear, podría haber empezado a sospechar algo cuando nos subimos allí entre los mástiles.

—Lo horrible es que ahora sabes que ella se encontraba en el

apartamento de Stedman cuando vosotros dos os estabais peleando.

—Es cierto. Lo sé y no puedo probarlo.

El tráfico era más ligero ahora, y solo tardamos unos veinte minutos. Se desvió de la avenida antes de que llegáramos al centro, pasó unas ocho o diez manzanas, y fue a parar a Randall en el número tres mil cien. Giramos a la izquierda. Apparentemente era una zona de apartamentos de alquileres bajos. Redujo la velocidad y seguimos. El número 2712 era un edificio de tres pisos de sucios ladrillos rojos.

—Gira a la derecha en la esquina —dije—. Quiero que aparques al menos a una manzana de distancia. Y si tengo problemas y la policía empieza a pulular por aquí, vete de prisa.

—Por favor, ten cuidado —dijo.

Encontramos un lugar para aparcar a un poco más de una manzana de distancia de Randall, y yo le apreté la mano y salí del coche, retrocediendo. Había unos cuantos peatones, pero no se veían coches de policía. La mayoría de las ventanas de la fachada del 2712 tenían luces encendidas. Crucé la calle y entré en el vestíbulo.

A la derecha del portal había una hilera de timbres delante de los pequeños soportes de las placas con los nombres. Algunos estaban vacíos, incluyendo el del 203. Oprimí el botón y esperé. No hubo respuesta. Lo probé dos veces más, solo para asegurarme. Estupendo. No estaba en casa. Saqué la llave, pero cuando intenté meterla en la puerta no entraba. Era extraño; generalmente cualquier llave de apartamento de un edificio abriría la puerta de la calle, de manera que no se tuviera que llevar dos. Bien, no importaba. Alargué la mano y oprimí tres o cuatro botones. La puerta emitió un zumbido. La abrí y entré. Había un vestíbulo central, que iba directo hasta el fondo y escaleras a derecha e izquierda.

El segundo piso estaba distribuido igual. El n° 203 era el segundo apartamento a la izquierda. No se veía a nadie, pero podía oír música y la televisión desde detrás de las puertas. Deseé que los apartamentos tuvieran entradas traseras. Sería terrible si ella volvía con aquel enorme gorila y me pescaba. A lo mejor incluso vivía aquí con ella. Bueno, lo descubriría tan pronto como estuviera dentro.

Estaba poniendo la llave en la cerradura cuando oí que la puerta de la calle se abría, y luego pasos pesados en la escalera. La llave no entró. Debía tenerla boca abajo. Le di la vuelta, pero seguía sin entrar. Miré el número de la puerta. Era el que quería, 203. Los pasos estaban ya cerca del final de la escalera, y me sentí lleno de pánico. Pero a lo mejor seguiría subiendo hasta el tercer piso. Me volví ligeramente, y permanecí de espaldas a la escalera como si estuviera esperando a que alguien de dentro contestara a mi llamada.

Los pasos se me acercaron por detrás, y una voz masculina me preguntó:

—¿Busca a alguien?

Me tuve que volver. Era un hombre alto, de rostro huesudo que llevaba una gorra de conductor de autobús y una chaqueta de pana.

—Creo que no hay nadie en casa —dije.

Me miró fríamente.

—Estoy aquí. ¿Qué quiere?

Antes de que pudiera pensar en algo que decir, descubrió la llave que aún seguía en mi mano. Me sujetó por la pechera del abrigo.

—¡Bien, sucio ladronzuelo!

Tiré hacia abajo de sus muñecas y le desasí de mi abrigo, intentando alejarme de él. Se abalanzó sobre mí de nuevo. Le golpeé en el rostro. Se balanceó hacia atrás sobre sus talones, pero no cayó.

—¡Ladrón! —aulló a pleno pulmón—. ¡Ladrón!

Me embistió, agitando los brazos. Parecía como si tuviera seis o siete. Le pegué en el estómago. Se dobló hacia adelante, pero se las arregló para caer sobre mí y rodear mis piernas con sus brazos. Caímos los dos. Ya se estaban abriendo las puertas a lo largo del pasillo, y la gente empezaba a fluir a él. Intenté levantarme, pero él estaba sobre mí con todo su cuerpo como si fuera cuatro cockers spaniel juntos.

—¡Llamen a la policía! —aullaba ahora.

Rodé hacia afuera desde debajo de él una vez más, me desasí de sus brazos, y me puse en pie. Él se puso en pie con dificultad. Le asesté un golpe, entré en contacto con su mandíbula, y esta vez le tiré al suelo. Di la vuelta y corrí hacia las escaleras. Un hombre

salió disparado del 201 e intentó atajarme. Le aparté con un brazo y me deslicé junto a él, pero alguien me cogió por detrás. Nos estrellamos contra el suelo. Me enrosqué colocándome sobre él, y le golpeé en el rostro. Emitió un gruñido. Me puse en pie una vez más en medio de un jaleo que parecía como si hubiera un incendio en un manicomio, y me abalancé hacia las escaleras.

El que había fallado al intentar atajarme iba tras de mí ahora. Me detuve de repente en el descansillo, balanceándome hacia atrás contra la pared, y cuando llegó a mi altura le golpeé. Pegó contra la barandilla, tropezó, y rodó escaleras abajo. Salté por encima de él y pasé como un rayo en dirección a la puerta. En estos momentos, los ocupantes del piso inferior estaban irrumpiendo en el pasillo, y un hombre gordo en albornoz corría para cortarme el paso.

No sabía por qué no había pensado en ello antes. Hundí la mano en el bolsillo del abrigo y dije secamente:

—¡Muy bien! ¡Adentro todos!

El hombre gordo patinó intentando frenar llegando casi a caer sobre mí, como un personaje de dibujos animados, y sus ojos se abrieron de par en par por el miedo. El que había rodado por la escalera, cambió de idea y se quedó paralizado. Me deslicé, andando de lado, hacia la puerta, y puse una mano en ella.

—Le dispararé a cualquiera que salga —dije.

Salí. La calle estaba desierta y tranquila, pero sabía que eso no duraría más que unos pocos segundos. Ya podía oír una sirena en alguna parte. Empecé a correr, cruzando la calle y volviendo hacia la derecha. Dos o tres de los más osados habían salido ya del vestíbulo para ver hacia dónde me dirigía.

Giré en la esquina y me encontré en la calle que iba paralela a la que ella había aparcado. La sirena sonaba ahora en algún sitio no más de cinco o seis manzanas detrás de mí. Eché a correr de nuevo y cuando llegué a la siguiente esquina lancé una ojeada detrás de mí. Aún no se veía el coche patrulla, y nadie me perseguía a pie. Giré a la izquierda y corrí por la calle paralela a Randall, en dirección a donde estaba ella. Podría haberse ido ya, o si les veía a ellos cuando llegase al coche tendría que pasar corriendo junto a él e ignorarla, pero aún había una posibilidad. Llegué a la esquina. El Olds seguía allí.

Miré atrás. Se acercaba un coche lentamente por la calle, pero

no llevaba ninguna señal que lo identificase como coche policía. Salí disparado por la acera y me metí en el coche. Ella ya había puesto el motor en marcha. Salimos disparados del bordillo. Yo intentaba recuperar el aliento. Ella no hizo preguntas. Giramos a la izquierda en la siguiente esquina y nos alejamos a toda velocidad por una calle tranquila, durante dos manzanas. Vigilé el retrovisor. Teníamos dos o tres coches detrás de nosotros pero no había luces centelleantes o sirenas. Ella giró a la izquierda de nuevo, y cuando cruzamos Randall miré hacia la calle. Había un coche de policía y una muchedumbre frente al edificio de apartamentos, y otro coche patrulla daba la vuelta chirriando a la esquina por donde yo había doblado. Todo estaba despejado. Suspiré. Ella redujo un poco la velocidad ahora, y siguió adelante hasta que dio con la avenida arterial, girando a la izquierda, lejos del centro.

Saqué a tientas cigarrillos de mi bolsillo, y me di cuenta de que me había vuelto a herir en la mano derecha; los nudillos estaban desollados, y estaba empezando a hincharse. Encendí dos cigarrillos y le pasé uno a ella.

—Gracias —dije—. Pero no deberías haber esperado. Te estás arriesgando demasiado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Me cogieron intentando entrar —Saqué el permiso de conducir de mi bolsillo y lo examiné: «2712 calle Randall, Apartamento 203»—. Era una dirección antigua —dije cansadamente—. Se ha cambiado.

—¿No hay otra en el dorso?

—No —dije.

A los dos se nos ocurrió la misma idea en el mismo instante, pero cuando nos miramos el uno al otro nos encogimos de hombros, y nadie dijo nada. Quizás fuese ilegal. Pero también lo era matar policías.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—No lo sé —dije—. A lo mejor, si le dejo que me dispare de nuevo me darán su nueva dirección.

—¿Había alguna otra cosa en su bolso que pudiera tener una dirección? ¿Una carta o algo?

Sacudí la cabeza.

—No lo creo. De todas maneras el bolso tampoco está. No tengo

la menor idea de dónde estaba cuando me deshice de él en aquel patio trasero.

Condujimos en silencio durante unos pocos minutos. Luego dije:

—Busquemos una cabina telefónica. Quiero hacer una llamada.

—¿Por qué no hacerla desde el apartamento? Estaremos ahí en diez minutos.

—No. Podrían localizarla. Voy a telefonear a la policía.

Me echó una mirada y asintió con la cabeza.

—Esa puede ser la mejor idea que hayas tenido hasta ahora. Ellos podrían buscarla.

—Vale la pena probar, al menos.

A unos dos kilómetros más adelante había un gigantesco centro comercial en el lado derecho. Y en la acera, entre la calle y la zona de aparcamiento, había dos cabinas de teléfono una al lado de la otra. Ella paró junto al bordillo cerca de ellas. Algunas tiendas permanecían aún abiertas, y la zona estaba bien iluminada, con grupos de gente andando por allí, pero parecía ser lo suficientemente segura. Nadie me distinguiría muy bien dentro de una cabina.

Una ya estaba ocupada. Entré en la otra, cerré la puerta y cogí el listín. Sería mucho mejor si podía hablar con uno de ellos mientras estaba en su casa; habría menos posibilidades de que pudieran localizar la llamada. ¿Cuál era el nombre de ese teniente de Homicidios que salía en el periódico? ¿Brennan? No, Brannan, eso era. Puede que obtuviera más resultado si hablaba con el que estuviera a cargo. Le busqué en la guía. Había unos quince o veinte Brannan, pero solo uno que apareciera como teniente. Marqué el número. Su esposa contestó.

—No. Lo siento. Le han vuelto a llamar a la comisaría hace un rato.

—Gracias —dije.

Iba a colgar, pero ella interrumpió rápidamente:

—Espere. Puede que esté llegando ahora.

Esperé. Ella volvió.

—Acaba de entrar con el coche. Si espera...

Le di las gracias. Al cabo de un momento una voz masculina dijo:

—Brannan al habla.

Parecía cansado.

—Tengo una información para usted —dije—. Puedo decirle quién mató a Stedman.

—¿Sí?

Había poco interés en su voz. Entonces recordé haber leído que en cualquier caso de asesinato recibían centenares de llamadas, la mayoría de las veces sin ningún valor y generalmente de chalados.

—¿Quién es?

—No importa —seguí rápidamente—. Tan solo escuche. Fue una chica. Su nombre es Frances Celaya. Trabaja en la Compañía de Maquinaria Shiloh. ¿Lo ha anotado?

—Sí —dijo con aburrimiento—. Ahora dígame quién es usted. Y de dónde sacó esa idea.

—No importa quién sea yo —dije—. Pero puedo decirle con toda seguridad que esta chica estaba en el apartamento de Stedman la noche que le mataron. Es de tipo latino, un auténtico bombón, de unos veinticinco años, y vivía en el apartamento 203, calle Randall en el número 2712, pero se ha cambiado.

—¡Aguarde! —El aburrimiento y el cansancio habían desaparecido como si nunca hubieran existido. Su voz estaba repentinamente llena de vida, muy ágil y profesional—. ¿Cuál era ese número, otra vez?

—2712 Randall. Apartamento 203.

—Comprobado. Ahora, no me cuelgue. ¿Usted debe de ser Foley?

—De acuerdo. Lo soy. Pero no intente localizar esta llamada.

—Deje eso. No hay forma de que pueda localizar una llamada desde aquí. Pero quiero decirle algo. Está usted en un lío terrible.

Suspiré.

—Gracias por decírmelo. Ahora, ¿quiere usted oír lo que tengo que decir? Si no, colgaré.

—Adelante. Pero cuando haya terminado, quiero que me escuche durante un minuto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije. Le conté cómo había intentado seguir a Frances Celaya hasta su casa, y lo que había sucedido—. De manera que ella me vio en el apartamento de Stedman esa noche —terminé—. Esa es la única manera por la que podría haberme reconocido. Sabía que iba tras ella, e intentó matarme.

—¿Pero la vio usted en el apartamento?

—No. Yo no vi a nadie. Excepto a Stedman.

—¿Entonces qué le puso sobre su pista?

—No puedo decirle eso —dije—. Involucra a un amigo mío.

—Su historia no tiene sentido.

—Ya sé que no. Tan solo le estoy diciendo lo que pasó. No sé nada en absoluto sobre ella, ni por qué querría matar a Stedman. No puedo decirle quién es ese enorme gorila, ni siquiera qué aspecto tiene, porque estaba demasiado oscuro. Pero estoy muy seguro de que es un marinero, o lo ha sido.

—¿Por qué?

—Cuando le estaba diciendo a la chica que me vigilara, le dije que si volvía en mí, que cantara. «Cantar» es una expresión marinera, y una de las pocas que los marineros usan en tierra. Y el objeto con que le pegué era una cuña de mastelero.

—¿Qué es una cuña de mastelero?

—Es una pesada estaca de madera, puntiaguda en un extremo y redondeada en el otro, y se utiliza para unir cuerdas. Así que puede ser que trabaje en tierra como aparejador, o en botes pequeños.

—Muy bien —dijo con brusquedad—. Ahora quiero darle un consejo, Foley. No creo que se dé cuenta de la peligrosa situación en que está metido, así que déjeme que se lo explique. Probablemente es gracias a la suerte de los malditos irlandeses, pero durante una semana ha conseguido esquivar al cuerpo de policía de toda la ciudad. Hay varios cientos de hombres buscándole. Algunos no han vuelto a casa desde hace días. Algunos han recibido broncas hasta volverse insensibles. Yo soy uno de ellos. Están cansados, y están enloquecidos. Se le busca por matar a un policía. Y ahora, para acabarlo de arreglar, está en la lista como armado y peligroso. ¿Se da cuenta?

—No voy armado —dije.

—Quizás no. Pero esa no es la cuestión. Le dije a la gente de ese apartamento de la calle Randall que tenía una pistola. Se le supone armado, y si hace un movimiento en falso le derribarán. Dígame dónde está.

Alguien estaba sacudiendo la puerta de la cabina.

—Aguarde un minuto —le dije a Brannan.

La puerta se abrió y un enorme rostro redondo me miró. Tenía

unos ojos negros y pequeños incrustados en él, una nariz chata, una especie de pelusa negra que se iba reduciendo alrededor de una cabeza calva, y estaba rebosante de la solemnidad de los borrachos.

—Perdóneme, Jack —dijo.

Parpadeó, se tambaleó inseguro y se retiró. Estaba unido a un macizo cuerpo achaparrado que llevaba pantalones oscuros y un suéter gris oscuro sin camisa.

—Podrá utilizarlo dentro de un minuto —dije.

Confíe en que no caería sobre la cabina y la tiraría al suelo.

—¿Está aún ahí? —preguntó Brannan.

—Sí. ¿Qué me iba a decir?

—Dígame dónde está. Cuando oiga acercarse la sirena, sitúese en campo abierto con las manos sobre la cabeza.

El individuo de la otra cabina salió, y oí al borracho entrar tambaleándose e intentar marcar un número, canturreando para sí.

—No hay nada que hacer —dije.

—Muy bien. Si es demasiado estúpido para preocuparse de lo que le pase, piense en su amigo. Alguien le está escondiendo. Y los jueces pueden ponerse muy desagradables por el hecho de encubrir a un fugitivo.

—Lo sé —dijo—. También lo sabe él. Pero qué le parece si dedicara unos cuantos minutos de su tiempo a intentar coger al fugitivo que mató a Stedman. Se lo diré una vez más, así que apúntelo. Frances Celaya. Es C-e-l-a-y-a. Compañía de Maquinaria Shiloh. El mismo nombre que el de la batalla de la guerra civil.

Colgué y volví al coche. Nos metimos entre el tráfico.

—¿Ha servido de algo? —preguntó.

—Lo dudo —dije—. Pero al menos lo intentamos.

Metió el coche en el garaje del sótano.

—Sube tú —dije—, de este modo si alguien me reconoce no estaremos juntos.

Esperé algunos minutos. Cuando di la vuelta hasta la puerta principal y oprimí el timbre me abrió. No me tropecé con nadie en los pasillos.

Golpeé ligeramente en la puerta del apartamento y la abrió.

Había tirado el abrigo de piel dentro del dormitorio y llevaba un conjunto de falda y suéter. La sala de estar y su estudio estaban cubiertos de libros, cuadernos de notas, mapas abiertos y hojas de

papel.

—¿Ha habido un ciclón? —pregunté.

Sacudí la cabeza.

—He estado investigando. Pero veamos si estás muy malherido.

Entramos en el dormitorio. Tiré el abrigo sobre la cama y me desnudé hasta la cintura.

—¡Oh, Dios mío, Irlandés! —exclamó.

Todo un costado de mi tórax, desde las costillas inferiores hasta las ingles, se había vuelto de color negro. Lo toqué. Dolía.

—¿No sería mejor llamar a un médico? —preguntó.

—No. Tendría que informar sobre mí. Creo que solo es una contusión, y probablemente no hay ningún daño interno.

—Bien, ya veremos por la mañana. Pero tumbate en la salita, y te prepararé una copa. Y un poco de café y un bocadillo.

Apartó del sofá algunos de los libros y mapas y me tendí. Me sentí cansado, apalizado y derrotado. Al cabo de unos minutos me trajo un Martini. Cuando me senté y lo bebí, la vida adquirió mejor aspecto. Colocó un bocadillo y una taza de café en la mesita baja que tenía ante mí y se sentó en el suelo, al otro lado, con un cigarrillo.

—Veamos dónde estamos ahora —dijo pensativamente—. Esa chica no volverá a aparecer por el trabajo de nuevo, y lo más probable es que abandone la ciudad. No tenemos ni idea de quién es su amigo. Parece casi seguro que estaba en el apartamento de Stedman durante la pelea; te vio, y mató a Stedman en cuanto te fuiste, y luego salió por la entrada posterior antes de que llegase la policía. Pero incluso si la policía la arrestase ahora, no hay la menor prueba para detenerla, y no tenemos la más ligera idea de por qué mató a Stedman. ¿Fue por celos? Quiero decir, podría haberte oído acusar a Stedman de salir con tu esposa.

—No —dije. Bebí un poco de café—. No creo que le dijera ni una sola palabra. Solo le di un puñetazo. Ella debió de ligarse a Stedman deliberadamente, ahí en el bar de Red, porque iba a matarlo cuando tuviera oportunidad. ¿Pero por qué tomarse tantas molestias? Quiero decir, ¿jugar con él durante diez días o así? Ella y ese gorila hubieran podido eliminarle de una manera mucho más fácil.

Ella tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Hay un par de posibilidades. Quizás estaba intentando que él le dijera algo. O supón que fuera por venganza. La víctima tiene que saberlo, en el último momento, o no hay venganza. ¿Me sigues? Tenía que poder decírselo y poder hacerlo impunemente. Creo que a Stedman se le estaba preparando para un posible «suicidio» del estilo del de Purcell, cuando tú apareciste estropeándolo. No necesariamente esa noche, pero en un futuro próximo. Tú simplemente le facilitaste la oportunidad perfecta para hacerlo entonces. Y, contigo como cabeza de turco, la parte del suicidio no era necesaria.

—Un grupito encantador —dije—. Me pregunto qué hacen si se les pide un bis. Pero me gusta contemplar la cuestión desde el punto de vista de la venganza. Eso nos lleva directamente de vuelta a Danny Bullard, y lo relaciona con Purcell. Y ese tipo que estaba con ella esta noche podría muy bien ser el hermano de Danny Bullard.

Asintió.

—Excepto por un par de cosas. No hay nada que indique que ni tan solo conociera a Danny Bullard. No hasta ahora. Y, por alguna razón, no puedo imaginarla a ella o a ese despiadado gorila declarándoles la guerra a dos policías sencillamente porque le mataron —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Incluso si aceptas que ella podría haberlo hecho, en el caso de que estuviera muy enamorada de él, el hermano queda definitivamente fuera. No había visto a Danny durante años, por lo que se sabe hasta ahora. Los criminales puede que odien a la policía, pero no creo que se tomen una cosa así como algo personal; al menos no hasta el punto de ponerse ellos mismos en peligro por una venganza.

—Estoy de acuerdo contigo —dije—. No tiene sentido, en realidad. Pero dejémoslo de momento y hablemos de otra cosa. Tengo que salir de aquí antes de que te meta en un buen lío. Brannan me advirtió que las cosas podían ponerse muy mal para quienquiera que me estuviese ocultando.

—Oh, al demonio con Brannan —dijo—. Te quedarás aquí hasta que resolvamos este asunto.

—Ahora no estoy seguro de que lo resolvamos nunca —dije cansadamente—. Nunca la volveré a encontrar.

Encendí un cigarrillo y me puse en pie para andar arriba y abajo de la habitación. Tuve que pasar por encima de libros y mapas.

—¿Qué es toda esta investigación?

—La batalla de Shiloh —dijo, dando golpecitos a sus dientes con un lápiz. Entonces se irguió de una sacudida—. ¡Oh, de todos los idiotas estúpidos...!

—¿Qué sucede?

—Acabo de recordar dónde me tropecé con el nombre de esa empresa de maquinaria. Fue el otro día en la biblioteca, cuando estaba repasando los ejemplares atrasados de los periódicos, buscando el suicidio de Purcell.

Giré sobre mí mismo.

—¿Tenía algo que ver con Purcell?

—No. No era eso.

Se mordió el labio, concentrándose.

Aplasté el cigarrillo.

—Vayamos a la biblioteca y veamos si podemos encontrarlo de nuevo.

Empezó a levantarse; luego le echó una ojeada a su reloj, y negó con la cabeza.

—Hace casi una hora que han cerrado.

—Bien, iremos por la mañana, entonces.

—Oh, podría buscarlo esta noche —replicó, con el ceño fruncido—. Siempre puedo entrar en los archivos del edificio del periódico. ¿Pero qué demonios era? Era solo un artículo pequeño en la última página, y creo que era la continuación de algo anterior.

Chasqueó los dedos, y se puso en pie.

—¡Lo tengo! Era algo sobre un robo.

Corrió al dormitorio para coger su abrigo.

—Pero por el amor de Dios, ¿por qué querían atracar una compañía de maquinaria? —pregunté, ayudándola a ponerse el abrigo—. ¿Para robar un torno?

—No, no, claro que no —Hizo un gesto de impaciencia—. Lo que robaron fue la nómina. Quédate aquí. Volveré en menos de una hora.

10

ANDUVE ARRIBA Y ABAJO de la habitación, fumando un cigarrillo tras otro. Justo después de las once y media oí su llave en la puerta. Entró y la cerró silenciosamente, y pude apreciar un profundo interés y excitación en sus ojos. Tomé su abrigo.

—No te molestes en colgarlo —dijo—. Déjalo sobre una silla. Creo que hemos dado con algo.

Empujó uno de los almohadones hasta la mesita del café y se sentó. Abriendo el bolso, sacó dos hojas de papel cubiertas de anotaciones. Me arrodillé en el suelo frente a ella y la observé con ansiedad.

—¿Fue atraco? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Pero no es solo esto. En realidad hay dos historias, aparentemente no relacionadas. Pero si las juntas en la forma correcta, puedes obtener una terrible explosión. Escucha.

Consultó sus notas.

—El veinte de diciembre del año pasado, hace poco más de dos meses, la nómina de la Compañía de Maquinaria Shiloh fue robada en el momento en que era entregada por la empresa de coches blindados.

Tenía todas las características de un trabajo profesional, estudiado y planeado muy cuidadosamente, milimetrado creo que es la definición. En primer lugar era la última paga antes de Navidades, y todos los empleados recibían una gratificación en efectivo. Toda la operación ascendió a algo más de catorce mil

dólares. El momento justo y el método exacto de hacer la entrega del dinero habían sido estudiados durante algún tiempo. Hubo dos hombres involucrados en el atraco, un tercero conducía el coche para la huida.

»Pero algo fue mal. Un coche de la policía apareció inesperadamente justo en el último momento, y murió uno de los dos atracadores. Ambos llevaban máscaras, dicho sea de paso. El otro y el conductor del coche, consiguieron desaparecer sin dejar rastro. Junto con el dinero, desde luego. El caso no se ha resuelto nunca. Hasta hoy, nadie sabe quiénes eran los dos hombres y nunca se recobró el dinero.

—¿Qué hay del que mataron? —pregunté—. ¿No lo identificaron?

Asintió.

—Sí. Pero no conducía a los otros dos. Era un matón de fuera de la ciudad, de Oakland, California, creo. Por lo que la policía pudo averiguar, no había estado nunca antes en Sanport, y no tenía ningún contacto aquí. Se llamaba Al Collins y tenía un largo historial, pero podría haber venido perfectamente de la Luna en cuanto a lo que se refiere a la identificación de los otros dos.

»Desde luego, la policía interrogó a todos los empleados que trabajaban en los departamentos de contabilidad, pero no sacó nada en claro. Si los atracadores habían conseguido información desde dentro, era un dato que estaba muy bien oculto. Hasta ahí la primera historia.

»A última hora de la noche siguiente, eso sería la noche del sábado del veintiuno de diciembre, atracaron una tienda de licores en uno de los centros comerciales de los suburbios. Fue uno de esos golpes rutinarios, un atracador, un botín de cincuenta o sesenta dólares, nadie murió. Le pasaron el caso a Purcell y a Stedman, junto con varios otros en los que estaban trabajando.

»Al día siguiente, el propietario de la tienda de licores identificó sin gran confianza una fotografía de Danny Bullard como el atracador que le había robado. No era especialmente sorprendente; había atracado muchas, y había cumplido por lo menos una condena. A última hora de esa tarde, Stedman y Purcell recibieron una información de un confidente diciéndoles dónde vivía Bullard. Era un viejo edificio de apartamentos en una zona muy pobre de la

ciudad, en la calle Mayberry. Fueron a detenerle para interrogarle. No contestó a su llamada, pero creyeron haberle oído en el interior, así que derribaron la puerta. Estaba intentando salir por una ventana, y se volvió con una pistola en la mano, listo para disparar. Dispararon y le mataron. Hicieron su informe, hubo la audiencia de costumbre y se les exculpó totalmente. Fin de la segunda historia — Levantó los ojos hacia mí—. Puedes estudiar las posibilidades ahora.

Asentí.

—¿Descubrieron alguna vez si Bullard realmente atracó la tienda de licores?

—El caso se cerró así. Después de todo, tenía un historial por robos a tiendas de licores, y el propietario estaba bastante seguro de su identificación.

—Entonces si tu suposición es acertada —dije—, habría una persona o quizás dos que sabían que Bullard no había atracado ninguna tienda de licores y que tan solo se estaba ocultando con catorce mil dólares del golpe en Shiloh. Catorce mil que hasta ahora no han aparecido.

—Cierto —replicó—. Y nos ayuda muchísimo para establecer el motivo de la venganza. Una muerte que se puede justificar en el cumplimiento del deber es una cosa, pero el asesinato a sangre fría cometido por dos policías corrompidos por catorce mil dólares es otra cosa. Pero me inclino a pensar que podrían estar equivocados, al menos en lo de la muerte.

—Es posible —asentí—. Probablemente lo que ellos piensan es que Purcell y Stedman descubrieron lo del botín de Shiloh, y deliberadamente influyeron en el hombre de la tienda de licores para que hiciera la identificación, para tener una excusa.

—Exacto. Pero tenían que ser bastante repugnantes para hacerlo. Lo más probable es que ni siquiera supieran que Bullard había tenido algo que ver en el asunto de Shiloh, hasta que encontraron el dinero en el apartamento después de haberle matado. La tentación fue irresistible; parecía seguro, así que se arriesgaron. Probablemente pensaron que el tercero también era una importación de fuera. Y probablemente lo era, excepto que era el hermano de Danny Bullard.

—Sí —dije—. Y un matón despiadado que ya había matado a

dos o tres hombres. Escogieron un lugar encantador para convertirse en unos criminales.

Ella encendió un cigarrillo.

—Solo hay un problema en todo esto, por supuesto. Y es que aún no veo la más mínima relación entre Danny Bullard y Frances Celaya. Y recuerda, la policía lo ha comprobado por ambos lados. Investigaron a los empleados por si tenían contactos con el hampa e interrogaron a las amigas de Bullard después de la muerte de Purcell.

—Pero tiene que haberla —dije. Me levanté y crucé la habitación—. Dios, si hubiera podido entrar en su apartamento. Podría haber encontrado una carta o algo.

Parecía pensativa.

—¿Estás totalmente seguro de que no había nada más en su bolso que pudiera llevar una dirección?

—No —dije—. Solo los típicos cosméticos y trastos, y un par de medias que compró en Waldman's

... —Me detuve—. Oh, Dios santo, ¡qué estúpido se puede llegar a ser!

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Hay el ticket de venta de las medias! Estoy seguro de que las cargó en cuenta, y lo olvidé por completo.

Se despabiló al instante.

—Bien, quizás podamos encontrar el bolso.

Sacudí la cabeza.

—No creo que haya la menor posibilidad.

—Piensa —me ordenó—. Intenta recordar hasta donde corriste, y en qué dirección, después de que saltases del coche.

—Oh, esa parte es fácil —dije—. Fueron solo tres manzanas, y podría encontrarlo con los ojos vendados desde ahí. Pero no sé dónde salté del coche. Estuve tendido en el suelo. No sé por cuánto tiempo. Podría haber estado inconsciente parte del tiempo. Todo lo que puedo recordar es que era una zona comercial pequeña, de unas tres o cuatro manzanas de extensión. Había un cine en un lado de la calle y un *drugstore* en el otro, y una estación de servicio al final de la manzana. Probablemente habrá cientos de zonas de ese tamaño en la ciudad.

—¡Ja! Y se supone que eres un navegante.

Hizo una mueca. Levantándose de un salto, entró en su estudio y volvió con un mapa de la ciudad. Lo extendió sobre la mesita de café.

—Apostaría a que podemos encontrarla en treinta minutos. Ahora da la vuelta hasta aquí, de manera que estemos en el mismo lado.

Pasé al otro lado.

—Veamos —dijo—, justo aquí es donde yo te recogí. Octavia, en el número setecientos. ¿Lo ves? ¿Ahora, por dónde llegaste a Octavia?

—Bajando esta calle —dije, siguiéndola con el dedo—. Cuatro o cinco manzanas.

—Muy bien. ¿Y entraste en la calle por la derecha, o la izquierda?

—Hummm... giré a la derecha.

Asintió.

—Bueno. Entonces venías de esta dirección. Del oeste. Así que prolonguemos esta línea un poco más lejos y dejémosla por el momento, e intentemos por el otro lado. ¿Recuerdas qué autobús cogió?

—Espera —dije—. Lo recuerdo. Fue el número siete. Y bajamos en la calle Stevens.

—Creo que vamos bien —dijo.

Fue hacia el teléfono, buscó el número de la Compañía de Transportes, y llamó:

—¿Podría decirme en qué lugar cruza Stevens el autobús número siete? —Aguardó un momento, y luego asintió—. ¿En Bedford? Muchas gracias.

Volvió y se sentó. Consultando el índice de calles que había en la parte inferior del mapa, dijo:

—Avenida Bedford... R-siete. Humm. Aquí es... Ibas hacia el norte por Bedford. Aquí está Stevens.

Paseé un dedo por la línea.

—Y aquí está el campo de juegos, a tres manzanas de la parada del autobús. Es donde me saltaron encima.

—Bien —dijo. Hizo una señal allí con su lápiz—. Te pusieron en el coche ahí. Y eso está al sur y al oeste de la calle Octavia. Llegaste

a Octavia por el oeste, así que ellos te llevaban en términos generales en una dirección nordeste —Prolongó las dos líneas hasta que se cruzaron, y dibujó un círculo alrededor de ellas, de unas quince o veinte manzanas de diámetro—. Ahora pásame otra vez la guía telefónica.

La coloqué frente a ella. Pasó las páginas amarillas con rapidez hasta llegar a Cines.

—Léelos, con las direcciones —dijo—. Conozco la mayoría de los que están en el centro, así que los podemos eliminar y concentrarnos únicamente en los de barriada.

Tardamos unos diez minutos. Acabamos con dos cines de barrio cuyas direcciones caían dentro del círculo.

—Será uno de esos —dijo.

—Probablemente este —dije—. El Vincent, en la avenida Stacy. Está más cerca de Octavia. No pude haber andado mucho más de un kilómetro.

Se incorporó.

—Vayamos a buscarlo.

Me puse la camisa, la corbata y la chaqueta, y estaba a punto de coger el abrigo cuando me detuve en seco.

—¡La llave! —dije—. Dios mío, no sé qué hice con ella. La dirección no sirve de nada si no puedo entrar.

La había tenido en la mano cuando aquel hombre me agarró por el abrigo. ¿La había sujetado? Metí la mano en el bolsillo derecho del abrigo y suspiré. Ahí estaba. Debía de haberla dejado caer allí cuando fingía tener una pistola.

—¿La tienes aún? —preguntó.

—Sí. Creo que empiezo a estar cansado.

Salí primero y me recogió una manzana más allá.

—Escucha —dije—, esta vez, si tengo problemas, corre. No me esperes.

Negó con la cabeza.

—Tranquilízate. Estoy empezando a cogerle el truco a este asunto de ser un fugitivo.

Quince minutos más tarde abandonábamos una avenida arterial para entrar en la avenida Stacy. Aquí era estrictamente residencial. Seguimos por ella unas diez manzanas más arriba.

—Ese es —dije excitado—. Exactamente ahí delante.

Era pasada media noche ya, y el cine estaba a oscuras, al igual que el gran *drugstore* del otro lado de la calle, pero la estación de servicio estaba aún abierta allá, al final de la manzana.

—Gira a la derecha en la esquina después del *drugstore* —dije—. A partir de ahí, está a menos de tres manzanas.

Giró. Ahora las calles estaban desiertas, y casi todas las casas a oscuras. Pasamos lentamente junto a la entrada del callejón en la segunda manzana.

—Ese es —dije—. Pero sigue adelante otra manzana y yo retrocederé andando.

Cruzó la travesía siguiente y aparcó bajo algunos árboles que había en el bordillo. Apagó las luces. Bajé, cerré la portezuela suavemente, y retrocedí a pie. Cuando alcancé la entrada del callejón, no se veía a nadie por ningún sitio. Me metí dentro. Era a la izquierda, a mitad de camino del otro extremo, pensé. Cuando ya casi estaba allí pude distinguir la verja, que seguía abierta.

Dentro del patio estaba oscuro como boca de lobo, pero pude ver la negra masa de las adelfas en la esquina. Me deslicé hacia ellas y tropecé con algo. Era el cubo de la basura. Cayó, con la tapa sonando estrepitosamente. Me quedé inmóvil, agazapado junto a la alta empalizada. Pasó un minuto, y luego dos, pero no se encendió ninguna luz en la casa. Pasé con cuidado junto al cubo caído y metí la mano en el interior de las adelfas. Arrodiándome, me introduje en ellas, buscando a tientas con la mano. Mis dedos lo tocaron en seguida. Me deslicé hacia afuera, lo sujeté con fuerza bajo el brazo, y me dirigí a toda prisa hacia el coche.

—Bien, ha sido muy rápido —dijo suavemente, mientras apartaba el coche de la acera.

Giró, regresó a la avenida Stacy, y giró a la izquierda, en dirección a la arterial.

Coloqué el bolso en el suelo entre mis pies, y me incliné sobre él, haciendo chasquear el encendedor. Sacando la pequeña bolsa que contenía las medias, extraje el ticket de venta. Ponía: «Frances Celaya, calle Keller 1910 n° 207».

—Calle Keller —dije—. ¿La conoces?

—No —respondió—. Tendremos que buscarla en el mapa.

Lo saqué de la guantera y lo desplegué. En ese momento giró entrando en la arterial y se detuvo en el bordillo bajo una farola.

Ambos nos inclinamos sobre el mapa.

—Está aquí —dijo rápidamente—.

K-tres

—Pasó un dedo sobre la línea y la encontró—. Está en la misma zona que la calle Randall. Solo a cinco o seis manzanas más allá.

—Quizás la tengamos esta vez —dije—. Pero, por Dios, espero que haya perdido a ese gorila.

Guardé el mapa.

Ella había levantado el bolso colocándolo sobre el asiento y estaba sacando todo lo que había en su interior. Examiné el billetero. Había cinco o seis billetes de un dólar, pero ninguna otra identificación a excepción de un número de la Seguridad Social. Estaba a punto de volverlo a dejar caer en el interior del bolso, cuando advertí que tenía un compartimento cerrado con cremallera en la parte posterior. Lo abrí. A primera vista parecía estar vacío, pero luego vi un pedazo de papel doblado en un rincón. Lo saqué y lo desdoblé. Había un número de teléfono escrito a lápiz, y el nombre de una chica: «GL2-4378 Marilyn».

—¿Qué es? —preguntó.

Se lo mostré. Tenía el aspecto de haber estado mucho tiempo en el billetero.

—Una manera curiosa de escribirlo —observó—. Con el número delante.

Quizás no tuviera importancia; me encogí de hombros y lo dejé caer en el bolsillo de mi abrigo.

—¿Nada más? —pregunté.

Negó con la cabeza y empezó a volverlo a poner todo en el bolso.

—Parece que eso es todo.

Se volvió y tiró el bolso a la parte trasera, y nos apartamos de la acera.

Le eché una ojeada al reloj. Era más de la una, ahora. Probablemente llegaría demasiado tarde ya. Si hubiera tenido la dirección correcta la primera vez, hubiera podido llegar al apartamento antes que ellos, pero ahora era imposible saber en qué lío me iba a meter. ¿Habría abandonado la ciudad, o estaría esperándome con aquel gorila despiadado? Me di por vencido. No podía adivinar lo que ella haría.

Estaba un poco más cerca del centro que la dirección de la calle Randall, una zona depauperada, de mugrientos edificios de apartamentos y pequeñas tiendas, oscura y vacía a esa hora de la noche. El 1910 era un viejo edificio de tres pisos de ladrillo. Condujo por delante lentamente. Únicamente se veía luz en dos o tres ventanas.

—Sigue y gira en la esquina —dije.

Torció. Tuvimos que ir una manzana más allá antes de encontrar un lugar donde aparcar. Aparentemente, los inquilinos de los edificios de apartamentos tenían que dejar sus coches en la calle. Aparcó marcha atrás y cerró las luces.

—No debería tardar más de quince minutos —dije.

—Ten cuidado.

Salí y me subí el cuello del abrigo tapándome la cara. Si me encontraba con un coche patrulla en aquellas calles desiertas, estaba casi seguro de que sería reconocido. Sabían que había perdido el sombrero, y a estas horas el abrigo color tabaco y el pelo rojo probablemente estarían grabados en sus mentes como un auténtico sacrilegio destructor. Alcancé la esquina de Keller, y di la vuelta rápidamente. No se veía ningún coche. Entré velozmente en el destartado vestíbulo del 1910. Una pequeña bombilla colgada del techo proyectaba luz suficiente para que viera la hilera de placas con los nombres junto a los timbres. El n° 207 era Frances Celaya, exactamente. Fui a oprimirlo, pero vacilé, y retiré la mano. Si estaban arriba esperándome, no contestarían de todas maneras, y todo lo que conseguiría sería advertirles. Saqué la llave y la probé. Funcionó. Abrí la puerta y me deslicé al interior, consciente de una sensación de vacío en mi estómago.

Había un pasillo vagamente iluminado que iba directamente hacia el fondo. La escalera estaba a la derecha. Me escurrí hasta ella y empecé a subir. Estaba enmoquetada con una raída alfombra, y mis zapatos no hacían ruido sobre ella. El descansillo superior era idéntico al de abajo, con dos anticuados dispositivos de luz en el techo y una única tira de moqueta en el centro. Estaba profundamente silencioso exceptuando los ronquidos de un hombre detrás de alguna puerta. Miré los números. El 207 estaba al final del pasillo.

Me deslicé con cuidado hasta él y escuché con el oído pegado al

entrepaño. No se oía un solo sonido en el interior. No se veía luz por debajo de la puerta. Deslicé la llave en la cerradura y la giré muy suavemente hasta que hubo girado completamente y se paró. Con la otra mano giré el pomo y empujé la puerta un centímetro más o menos. Dentro estaba oscuro. Hice girar la llave de nuevo, la retiré silenciosamente, y la metí en mi bolsillo, consciente de que contenía el aliento y tenía los nervios en tensión.

Empujé la puerta abriéndola unos cuantos centímetros más y palpé con la mano la pared de dentro. Mis dedos encontraron un interruptor de la luz, pero no lo encendí. Estiré la mano más lejos. No había nadie en pie junto a la puerta; al menos, no en este lado. Abrí un poco más la puerta, me deslicé en el interior y la cerré muy suavemente, girando el pomo de la puerta y el de la cerradura con los dedos para que no chasquearan.

Al menos durante un minuto permanecí totalmente quieto, con la espalda contra la puerta, escuchando. Había un total silencio exceptuando un lento goteo de agua en otra habitación. Si había alguien cerca de mí, respiraba aún más silenciosamente que yo. Mis ojos se acostumbraron gradualmente a la oscuridad. Frente a mí, al fondo de la habitación, había una pequeña ventana. Tenía cortinas, pero la tela era lo suficientemente fina como para dejar ver una débil luz detrás de ella, que provenía de algún lugar del callejón que había debajo.

Pude distinguir un sofá contra la pared a mi derecha, y una silla y una lámpara de pie. Había dos rectángulos, ligeramente más oscuros, de puertas abiertas a ambos lados al fondo de la habitación. Me moví cautelosamente hacia uno a la derecha, tanteando el camino y colocando con cuidado los pies sobre la alfombra. Llegué a él y escuché. Seguía sin oírse respiración alguna. Entonces vi la silueta fantasmagórica de algo grande y blanco, y comprendí que era una nevera y que esto era la cocina.

Me volví y atravesé la habitación con cuidado hasta la otra puerta. Debía de ser el dormitorio. No había ningún sonido excepto el lento gotear del agua, un poco más fuerte ahora, a mi izquierda. El baño debía de estar en aquel extremo. A mi derecha había otra ventana con cortinas. Apenas podía distinguir el pálido rectángulo de la cama.

Di otro paso dentro de la habitación, en dirección a la cama.

Ahora estaba seguro; no había nadie en ella. Suspirando con alivio, encendí el encendedor. Había una pequeña lámpara portátil en una mesita junto a la cama. La encendí y miré a mi alrededor. Parecía como si un grupo de monos hubiera estado jugando allí.

Más allá de la cama había una cómoda. Los dos cajones superiores estaban medio sacados, y la alfombra que había frente a ella estaba repleta de pantalones, medias, combinaciones y sujetadores. Detrás de la cómoda había un armario perchero. Dos o tres vestidos aún colgaban de la barra, pero había varios en el suelo, junto con dos maletas vacías y una caja de cartón con libros que había sido arrojada sobre la alfombra. A la izquierda del armario estaba la puerta del cuarto de baño. Estaba entreabierta, y de nuevo oí el ruido del goteo del agua. A mi izquierda estaba el tocador. Sus cajones también estaban abiertos, y había pañuelos y bisutería y cosméticos esparcidos encima y en el suelo. El lugar había sido registrado a conciencia por alguien que tenía prisa. Me volví rápidamente y entré en la sala de estar. No había desorden aquí, pero tampoco nada que desordenar: no había escritorio, ni vitrina, solo el insípido sofá y sillas propios de un apartamento amueblado barato. Volví a la cocina y encendí la luz. Todo parecía estar normal ahí.

Cerré la luz y retrocedí hacia el dormitorio, y entonces me quedé rígido al sonar el timbre de la calle. Alguien estaba en la puerta de abajo. Sonó otra vez, chirriando de manera discordante en medio del silencio. Entonces mis nervios se relajaron al darme cuenta de que fuera quien fuese no podía entrar. No tenía llave, o no habría llamado para que ella le abriera la puerta. Esperé. No hubo ninguna otra llamada. Aparentemente había desistido.

Volví a entrar en la habitación y examiné de nuevo aquel desorden. ¿Quién lo había hecho? ¿Había alguien más tras su pista? Me pregunté dónde estaba; no hubiera abandonado la ciudad sin poner en una maleta al menos algunas de sus cosas personales. Empecé a manosear por los cajones del tocador. Debía de tener viejas cartas por algún sitio, felicitaciones de Navidad, fotografías, una agenda, un diario, o algo que me diera una idea de sus amistades.

En el tocador no había ni un pedazo de papel. Palpé incluso bajo los cajones tal como lo hacen en las películas. Cartas, cartas...

¿Dónde demonios podría ella guardar viejas cartas? Me enderecé y empecé a dar vueltas, mirando fútilmente alrededor de la habitación. Mi mirada se detuvo de repente, y respiré entrecortadamente, sintiendo un escalofrío que me subía por el cuero cabelludo.

La puerta del cuarto de baño estaba parcialmente abierta, y desde este lado de la habitación podía ver el fondo. La luz era débil, pero no cabía duda de que lo que veía era el extremo inclinado de una antigua bañera, y de que colgando inerte de su borde había una delgada y bien torneada pierna. Llegué a la puerta en dos zancadas, la abrí y encendí la luz. Cuando bajé la mirada hacia la bañera tuve que luchar conmigo mismo para no vomitar.

Estaba tendida de espaldas con los ojos abiertos, mirándome a través de quince centímetros de agua, con el largo pelo negro flotando alrededor de su rostro. Su cabeza estaba casi debajo de los grifos, uno de los cuales goteaba intermitentemente y hacía que la superficie se quebrara formando pequeñas distorsiones que jugaban con sus facciones. Estaba desnuda y con las piernas colgando sobre el borde de la bañera. Se evidenciaban tremendas magulladuras alrededor de la garganta. Tragué saliva de nuevo, y me armé de valor para estirar una mano y tocarla. La pierna se balanceó. Probablemente hacía media hora que había muerto cuando yo llegué.

Tanteé en busca del interruptor de la luz, lo cerré y salí. Era el final del rastro. Si ella había matado a Stedman, ya no había forma de que pudiera probarse nunca. Me quedé en pie mirando estúpidamente a mi alrededor, al desorden que él había dejado. Registrar ahora no tenía ningún sentido; él ya lo había hecho, simplemente para asegurarse de que no quedaba nada. Tenía que salir de aquí rápido y seguir moviéndome. Pasé al otro lado y cerré la luz que había junto a la cama. Exactamente cuando salía a tientas por la puerta hacia la sala de estar, oí voces fuera en el pasillo.

Unos nudillos golpearon la puerta.

—¡Señorita Celaya! —llamó una voz.

Me quedé rígido, con miedo incluso a respirar.

Golpearon otra vez.

—Abran —ordenó la voz—. Policía.

Como pude me moví. Andando silenciosamente por la alfombra,

aparté las cortinas de la ventana de la parte posterior de la sala de estar. No había salida de incendios, no había ninguna salida posterior. Si saltaba me rompería ambas piernas. Estaban colocando una llave en la cerradura. Me metí directamente en la cocina, justo cuando la puerta se abría.

11

CHASQUEÓ UN INTERRUPTOR. La luz se desparramó a través del umbral, junto a mí. Me aplasté contra la pared con piernas temblorosas.

—¿Está seguro de que ha venido? —preguntó una voz.

—Sí, señor. Hará una hora. Había perdido su llave, y tuve que darle otra.

—Bien, vamos a echar una mirada por aquí.

Era otra voz.

Eran tres, aparentemente dos policías y el gerente del edificio de apartamentos que les había abierto. Ahora se estaban moviendo. Les interesaba el dormitorio, pero uno de ellos se fue a la cocina.

Podía oír sus pisadas acercándose a la puerta. Intenté abrir la boca para gritarle que no disparase. Era ya demasiado tarde para salir y rendirme, y cuando surgiese ante él de repente, de pie junto a la puerta... No me salió ningún sonido. Ni siquiera podía hablar. Las pisadas ahora estaban casi a mi lado.

Entonces el otro gritó repentinamente desde el dormitorio.

—¡Eh! ¡Mira esto!

Las pisadas dieron la vuelta y retrocedieron. Alargué la mano y me sequé el sudor de la cara porque me escocía en los ojos, y me asomé por el marco de la puerta. Un hombre anciano sin sombrero estaba de pie justo dentro del dormitorio, el otro policía estaba fuera de mi vista —probablemente junto al armario o el tocador— y este otro acababa de llegar a la puerta. Ninguno de ellos miraba hacia donde estaba yo. Me separé con cuidado de la pared, salí de

puntillas, y empecé a deslizarme hacia la puerta de entrada. El segundo policía había llegado al dormitorio ahora, y estaba mirando en su interior. Seguí andando, como si lo hiciera sobre brasas.

Me faltaban menos de tres metros. Reprimí un impulso de romper a correr, y eché una mirada furtivamente por encima de mi hombro.

—¡Oh, Dios mío! —La voz salía del fondo del dormitorio. El primer policía ya la había encontrado—. ¡Eh, Hoyt! Ve a avisar. ¡La han asesinado!

—De acuerdo —dijo Hoyt, y empezó a volverse. Me abalancé hacia la puerta de entrada. Le oí contener el aliento, y luego el sorprendido aullido:

—¡Foley!

Me precipité a través de la puerta, inclinado hacia adelante, moviendo los pies a toda velocidad.

—¡Detente! ¡Dispararé!

La pistola detonó detrás de mí, y al fondo, en la entrada del vestíbulo, estalló un cristal a trozos. Disparó de nuevo, y algo tiró de un extremo de mi abrigo, justo debajo del brazo izquierdo. Tenía la escalera a pocos pasos, a la izquierda. Me lancé por ella, resbalé sobre los escalones, di una vuelta sobre mí mismo, me agarré con una mano a la barandilla, y me puse en pie como pude. Bajé corriendo tres o cuatro escalones más y salté. Podía oír el rumor de sus pies en el vestíbulo superior. La puerta de cristal de la entrada se encontraba a unos seis metros a mi derecha. Conseguí llegar y la estaba abriendo cuando apareció el primero de ellos por la escalera. Disparó. Le dio al marco de madera de la puerta justo junto a mi cara. Saltaron astillas, y algo se me clavó en la mejilla. Ahora ya estaba fuera. Tenía el coche aparcado exactamente enfrente de la puerta. Torcí a la izquierda, y empecé a correr a toda velocidad por la acera. Salieron en mi persecución y uno de ellos volvió a disparar. Tenía todos los músculos de la espalda agarrotados, esperando que una bala me atravesase.

Alcancé la esquina y me desvié a la izquierda al torcerla. No servía de nada intentar llegar hasta Suzy. Me seguían demasiado cerca, y la cogerían a ella también. En algún lugar a mi espalda empezó a sonar una sirena. Uno todavía me seguía a pie, mientras

que el otro daba la vuelta a la manzana en el coche para cortarme el paso. Utilizaría la radio del coche para llamar, y toda la zona estaría rodeada en unos minutos. Oí el martilleo de los pies al torcer la esquina. Entonces se detuvo. Iba a disparar de nuevo. En la acera había algunos árboles, y me desvié a la derecha entrando en la calle a toda velocidad para poner sus troncos frente a su línea de tiro. No disparó.

Exactamente frente a mí estaba la entrada de un callejón. Me precipité en su interior. Ya no le podía oír, pero cuando miré atrás seguía acercándose, a una media manzana de distancia. Luego oí la sirena en el otro extremo. Me habían acorralado. Pero el coche siguió por la calle pasando junto a la entrada del callejón justo antes de que yo saliera. Crucé la calle que había detrás y me metí en una especie de continuación del callejón que había en la manzana siguiente. Antes de salir volví a mirar atrás. Ya no se le veía. Salí a la acera. La calle estaba desierta pero podía oír sirenas. Convergían procedentes de todas partes.

Mis piernas estaban flojas y temblorosas, y el costado me dolía terriblemente. Luché para recuperar el aliento. No servía de nada; ¿por qué no entregarme? Me tenían. Trazarían un anillo de coches y hombres en un área de ocho o diez manzanas de superficie y la registrarían palmo a palmo. Ahora que casi podían tocarme estaban desesperados por cogerme. Les había estado eludiendo durante una semana, y ahora había asesinado a una chica. Nada podría salvarme de esto. Había ido a la calle Randall buscándola. Y cuando finalmente me habían encontrado, estaba en el apartamento de ella y a ella la acababan de asesinar.

Dejé de pensar y empecé a correr de nuevo, por puro instinto. Torcí a la izquierda. En la manzana siguiente había otro callejón. Me escondí en él. Unos neumáticos chirriaron a mi espalda al entrar un coche en la calle que acababa de dejar. Más adelante se oían más sirenas. El callejón estaba a oscuras, con luces únicamente en los extremos, pero no había ningún lugar donde esconderme. Me detuve y me derrumbé junto a unos cubos de basura, respirando sollozante.

Estaba detrás de un edificio comercial de dos pisos. Directamente sobre mí estaba la escalera de incendios que terminaba a unos dos o tres metros del suelo. Me levanté y salté

para cogerla y cogí el último peldaño. Permanecí agarrado durante un segundo, me levanté dándome impulso y me cogí al siguiente. Al cabo de un minuto, estaba lo suficientemente alto como para poder colocar los pies en los peldaños inferiores. Seguí subiendo, me deslicé sobre un muro, y me dejé caer sobre el tejado. Miré atrás. Nadie había entrado todavía en el callejón. Podía permanecer escondido allí arriba hasta que se dieran por vencidos, hasta la noche siguiente si era necesario, y luego salir. Entonces miré a mi alrededor y se me cayó el alma a los pies.

Junto al edificio, a su izquierda, había un bloque de apartamentos que tenía dos pisos más de altura, y había ventanas sobre aquel lado. Cuando se hiciera de día, alguien me vería ahí abajo. Miré al otro lado. El edificio de la derecha también sobresalía dos pisos, y una escalerilla de acero subía por el lado cerca de la parte frontal. Me incorporé y fui hacia allí, respiré profundamente de nuevo y empecé a trepar. Cuando estaba a la mitad, miré hacia abajo y descubrí que cualquiera me podía ver desde la calle si por casualidad miraba hacia arriba. Había un coche de policía detenido en la esquina y dos hombres de uniforme salían de él. Intenté trepar corriendo. Las rodillas me temblaban, y mis brazos parecían hechos de plomo. Un peldaño estuvo a punto de escurrírseme de la mano, y me detuve, respirando entrecortadamente. Al fin llegué arriba. Rodé sobre el muro y caí sobre la grava del tejado. Me quedé tendido ahí, demasiado agotado para moverme, y escuché los gruñidos amortiguados de las sirenas en la calle, cuatro pisos más abajo.

Entonces una voz dijo, justo encima de mí:

—Eh, mueve la cabeza, ¿quieres? Estás sobre mi efemérides.

Quizás empezaba a volverse loco. Estaba muy oscuro, debido al muro de un metro veinte que rodeaba el borde del tejado, el cual cerraba el paso a la luz que provenía de la calle. Entonces se encendió una linterna frente a mi rostro. Tenía un papel rojo ante el cristal que solo dejaba pasar un tenue brillo. Una mano bajó y empujó mi cabeza un poco hacia un lado, sacando algo de debajo. Parecía un folleto.

Volví a respirar temblorosamente.

—Tengo una pistola —dijo ásperamente—. ¡Haga un solo ruido y dispararé!

—Bien —murmuró la voz distraídamente—. Eso es perfecto...

hummm... Esto es... Declinación treinta y dos cuarenta y siete...

La luz se apagó.

Giré sobre mí mismo y conseguí sentarme con la espalda contra la pared. Entonces pude distinguir las tres oscuras patas de un trípode. Sobre él había algo parecido a una sección de un tubo de estufa, inclinado en ángulo con el cielo, y había la oscura figura de un hombre sentada en un pequeño banco a un lado. Estaba envuelto en gran cantidad de ropa para protegerse del frío y encorvado sobre el extremo inferior del tubo de chimenea, con el ojo pegado al lado. Entonces supe lo que era. Era un telescopio, y él era un astrónomo aficionado.

—¿Qué está observando? —pregunté.

No replicó. Efectuó un ligero ajuste en el soporte del telescopio y siguió mirando.

—Estupendo —murmuró.

No parecía que fuese a llamar a la policía; era dudoso incluso que supiera que yo estaba allí. Estaba perdido entre años luz. Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—Si tiene que encender luces, váyase a otro sitio —dijo de mal talante.

—Tranquilo —dije.

Había recuperado el aliento ya. Me puse en pie y me encaminé a la parte posterior del tejado para mirar el callejón. Un coche de policía circulaba lentamente por él. Me senté en el suelo con la espalda contra la pared, intentando pensar. Me había quedado empapado de sudor y ahora empezaba a tener frío. Me estremecí.

¿Cuánto tiempo más podría durar esta pesadilla? ¿Y de qué servía ahora? Al principio albergaba alguna esperanza, mientras había posibilidad de que pudiera descubrir al asesino de Stedman, pero ahora estaba todo perdido. No cabía duda de que Frances Celaya le había matado, pero no solo no sabía por qué, sino que también se me buscaba por haberla matado.

Había una persona involucrada en ello, pero no tenía ninguna pista que me llevara a ella, exceptuando que era enorme como un caballo y que creía que era un marino. Se había ocupado de ello a la perfección. La única manera de descubrir de quién se trataba, era a través de ella, así que la había matado y luego se había asegurado de que no había nada en su apartamento que pudiera delatarle.

Sabía que en su bolso estaría su identificación, y que finalmente la encontraría. O que más tarde o más temprano la policía me iba a coger, y yo podría muy bien convencerles de que la investigaran. Y siempre cabía la posibilidad de que pudiera llamar a la policía. Me detuve.

¡Aquel borracho! ¡El que había abierto la puerta de la cabina telefónica! Era una apuesta mil a uno, pero encajaría. Supongamos que me había estado siguiendo, ¿buscando una oportunidad para matarme? Pero aguarda. ¿Dónde habría podido encontrar mi pista? Le había perdido, junto con la policía, después de haber agarrado el bolso. Entonces lo vi; era absurdamente sencillo. En el antiguo apartamento de ella en la calle Randall, desde luego.

Él sabía que había una buena posibilidad de que me decidiera por la dirección del permiso de conducir, y había ido hasta allí en el coche y esperado. Yo había salido corriendo, de modo que no había tenido oportunidad de llegar a mí, pero nos había seguido después de que entrara en el coche de Suzy. Había un coche detrás de mí en la calle, pero no le había prestado atención alguna porque no era de la policía. No podía atacarme allí, en las cabinas telefónicas, porque el lugar estaba al descubierto, bien iluminado y lleno de gente que salía del supermercado. Todo lo que tenía era un cuchillo, y podía tardar varios minutos en hacer el trabajo. Pero había fingido estar borracho y abierto la puerta para poderme ver bien. Y luego se había metido en la otra cabina para escuchar sin ser visto.

¡Por Dios, eso era! Intenté recordar la secuencia exacta de la conversación con Brannan. Le había hablado del grandullón asesino y de mi presentimiento de que podría ser un marino, pero eso había sido antes de que apareciese el borracho. Y después de que se hubo metido en la otra cabina no le había mencionado para nada. Sencillamente le había dicho a Brannan: «¿Qué le parece si dedicara unos cuantos minutos de su tiempo a intentar coger al fugitivo que sí mató a Stedman?». Incluso había deletreado su nombre, y le había dicho dónde trabajaba. Hubiera sido obvio para cualquiera que estuviera escuchando que estaba hablando con la policía. Me interrumpí. Era como si la hubiera estrangulado yo mismo.

Eso era efectivamente; ya lo lamentaría algún día cuando tuviera más tiempo. Ella me había metido en todo aquel lío al matar a Stedman y colgarme el muerto a mí, y luego había intentado hacer

una carnicería también conmigo. Desde mi punto de vista, se lo había ganado, y lo único malo era el hecho de que ahora cargaría sin remedio con el asesinato de Stedman. Y con el suyo. Ojalá hubiera vivido lo suficiente para poder tener una pequeña charla.

De repente me puse de pie. ¡Tenía que avisar a Suzy! Ese gorila sabía dónde vivía, y podía intentar atacarla a ella también. Si nos había seguido desde la calle Randall hasta aquellas cabinas telefónicas, también debía de habernos seguido hasta el apartamento. Ella estaba conmigo, así que se figuraría que también ella andaba tras él. Dios, quizás ya era demasiado tarde. ¿Y cómo iba yo a avisarla? Me había obligado a refugiarme en el tejado del edificio como si fuera un mapache en un árbol.

Pero a lo mejor había una cabina en el edificio. Algunas veces había cabinas en los pasillos de cada piso, en los edificios de apartamentos baratos en los que muchos inquilinos no tenían teléfono propio.

Me levanté de un salto y me dirigí a grandes pasos hacia el hombretón del telescopio. Todavía tenía el ojo pegado a él.

Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad ahora, y le podía ver bastante mejor. Parecía tener unos cuarenta años, de cara redonda, rechoncho, y de espaldas anchas, pero de aspecto amable. Llevaba una gorra, una bufanda alrededor del cuello, y uno de esos abrigos muy masculinos que se ponen los fanáticos de los coches deportivos, un tres cuartos con clavijas de madera en lugar de botones.

—¿Hay alguna cabina telefónica en algún lugar del edificio? —pregunté.

No contestó.

Me agaché, le sujeté por los brazos, y le levanté poniéndole en pie.

—Préstame atención, amigo —dije—. Te estoy hablando.

Me miró fijamente con sorpresa y escandalizado.

—¿Qué te pasa? ¿No ves que estoy ocupado? Si quieres observar Saturno, ves a molestar a otro. Estoy estudiando las variables de Cefeida.

Le sacudí.

—Regresa y únete a nosotros por un momento. El planeta sobre el que quiero hablar es este. ¿Lo recuerdas? Tiene gente. Y a veces

utiliza teléfonos. ¿Hay una cabina telefónica ahí abajo en los pasillos?

—No —dijo.

—¿Tienes uno en tu apartamento?

—No lo tengo —dijo de mal talante—. Ahora, ¿te quieres ir por favor?

—Aún no —dije—. Sácate ese abrigo de observador de pájaros y pásamelo. Y la gorra.

Por primera vez pareció estar ligeramente nervioso.

—¿Vas a robarme?

—No. Simplemente estoy intercambiando abrigos contigo. Y puesto que el mío tiene un agujero de bala en él, te daré veinte dólares además.

—Nunca oí nada tan ridículo.

—Sácatelo —dije—. O le daré una patada a tu telescopio.

Para entonces ya había decidido que yo estaba loco, así que se lo quitó y me lo entregó, junto con la gorra. Le entregué dos billetes de diez dólares, y busqué en los bolsillos de la gabardina por si me había olvidado algo. Saqué el pequeño pedazo de papel doblado. ¿Qué era? Entonces recordé. Era aquel nombre de chica y el número de teléfono, que había sacado del bolso de Frances Celaya. Me encogí de hombros y lo metí en el bolsillo de mi traje. Él se puso la gabardina, farfullando para sus adentros:

—Doce días seguidos de nubes o de turbulencias, y cuando consigues una hora de buena visibilidad...

Me puse el suyo. La gorra era ligeramente grande para mí, pero podía mantenerla sobre la cabeza. Él se sentó de nuevo, pegó el ojo al telescopio y se olvidó de que yo existía. Me pregunté si estaría casado. Bueno, probablemente no importaba, pensé. Una esposa corriente podía tener algunos problemas para entender cómo podía uno intercambiar abrigos con alguien en el tejado de un edificio de cuatro pisos a las dos en punto de la madrugada, pero sin duda la suya se había acostumbrado a recibir explicaciones de lo más confusas: «Realmente no lo consideraré en aquel momento, querida. Yo simplemente estaba sentado ahí, estudiando las variables de Cefeida, y apareció ese hombre...».

Localicé la puerta y bajé un tramo de escalera hasta el piso superior. Los pasillos estaban débilmente iluminados y desiertos, y

tenían un aspecto bastante deprimente con un empapelado desgastado y olores de comida rancia. No me encontré con nadie. En el pasillo de la planta baja, justo en la puerta principal, había un espejo que colgaba de la pared sobre una pequeña mesa que sostenía un tiesto con una planta indefinida. Me miré y me estudié. Ese abrigo y esa gorra eran estupendos, y parecía totalmente diferente, pero había un rasguño en mi mejilla izquierda y una pequeña línea de sangre seca. La froté con el dedo índice humedecido y luego con mi pañuelo, y eliminé gran parte de ella. Me subí el cuello del abrigo, me incliné la gorra hacia adelante de manera descuidada, y salí tranquilamente, sintiéndome terriblemente asustado. Podía funcionar o no, pero debía llegar a un teléfono, incluso si me cogían.

Las calles estaban casi desiertas. Era peor aún; cualquier persona llamaba la atención. Sin embargo, no se veía ningún coche de policía por el momento. Fui hasta la esquina y giré a la izquierda. Directamente enfrente, a unas quince o veinte manzanas, podría ver los edificios del centro. Si conseguía llegar, sería el lugar adecuado para poder encontrar un teléfono a esta hora de la mañana.

Estaba atravesando un cruce cuando vi un coche patrulla que entraba en la calle a unas tres manzanas más arriba. Me detuve, los hombres de dentro aparentemente estaban hablando con el policía uniformado de la esquina. Luego salió disparado hacia adelante, acercándose a mí. Me habían visto. La única manera de actuar era comportarse con sangre fría, sin importar lo asustado que estaba. Si se detenían realmente y me pedían documentación, desde luego, estaría acabado, pero podrían no hacerlo si no mostraba signos de nerviosismo. Seguí andando al mismo paso, subí al bordillo, y me detuve para encender un cigarrillo. Redujeron velocidad, dieron la vuelta, y pasaron lentamente por mi lado. Podía sentir sus ojos clavados en mí. Les miré por un instante, eché una bocanada de humo y seguí adelante. Ellos siguieron. Me sentí débil. Torcieron a la derecha en la siguiente esquina y desaparecieron.

Anduve toda una manzana antes de enfrentarme de nuevo con otro. Este me venía de cara, por la misma acera. Me vieron, aceleraron y luego redujeron. Iban a detenerse. Entonces su radio dijo algo en una explosión de sonidos entrecortados, y salieron disparados hacia adelante, poniendo en marcha la sirena. Cuando

estuvieron a unas cuantas manzanas de distancia, me detuve y escuché. Podía oír tres sirenas que se acercaban a algún lugar de por allí atrás. Suspiré. Probablemente alguien había denunciado a un merodeador, y parte de la fiebre persecutoria había dejado de concentrarse en mí. Empecé a andar más de prisa. Estaba a tres manzanas de distancia y luego a cinco. Después de la décima dejé de contar. Estaba fuera de la zona.

Crucé la avenida Pemberton, en el límite con el centro. La terminal de autobuses del Greyhound se encontraba tan solo a una manzana a mi derecha. Los bares estaban todos cerrados ya, y ese sería el lugar más próximo con cabinas de teléfonos. ¿Debía arriesgarme? Tenían hombres vigilando. Pero nunca me mirarían con atención vestido con aquel loco abrigo deportivo. De todas formas, estaba más seguro entre la gente, y las estaciones de autobuses siempre están concurridas. Me volví y me dirigí hacia ella.

Quince o veinte personas leían el periódico con aburrimiento o intentaban dormir sentadas en los bancos, y otras bebían café en un bar situado más al fondo. Las cabinas estaban a la izquierda del bar. Me metí en la primera y tiré una moneda. El teléfono sonó. Y luego otra vez. Al poco rato me di cuenta de que estaba contando las llamadas y de que estaba muy asustado. Ella me había ayudado, y yo podría haber sido la causa de que la mataran.

Colgué. ¿Ahora qué? Si conseguía llegar allí, no podía entrar. Si estaba aún fuera en algún sitio, no había manera de que pudiera avisarla. Pero quizás se aburría y había empezado de nuevo con el vodka. Esperaría unos minutos y probaría otra vez.

Entonces recordé aquel número de teléfono que había sacado del bolsillo de Frances Celaya. Lo saqué de mi bolsillo y lo miré. «GL 2-4378

Marilyn». Tal y como estaba el papel de arrugado, había permanecido en su monedero durante meses, y no veía cómo podía tener nada que ver con Stedman, pero eso era todo lo que me quedaba, así que podía probar.

Dejé caer una moneda, y marqué el número. Contestó un hombre.

—¿Está Marilyn ahí? —pregunté.

—Sí, está aquí —replicó.

Me puse alerta; después de todo, esto podría significar algo.

—¿Podría hablar con ella, por favor?

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —gruñó, y colgó.

Me quedé mirando fijamente el auricular sin comprender, y lo coloqué en la horquilla. Quizás era así como uno se volvía loco: las cosas sencillamente dejaban de tener sentido. No cabía duda de que era perfectamente lógico.

Me interrumpí, preguntándome cómo había podido ser tan estúpido. Tendría que haberlo sabido todo el tiempo. Me agaché al otro lado de la cabina y cogí el listín de teléfonos. Pasé las hojas hasta llegar a las páginas amarillas, encontré lo que estaba buscando, y reseguí con el dedo los números de teléfono de las casetas de los vigilantes, en los muelles municipales.

El muelle cinco era el Glenwood

2-4378

. Marilyn era un barco.

Un camarero o un barco de pesca, pensé. Era en el muelle cinco donde amarraban. Ahora estaba sobre la pista. Entonces volví a pensar en Suzy, con aquella deprimente inquietud en mi interior. Antes de que me fuera tenía que intentarlo una vez más. Dejé caer el listín, y cuando me volví para entrar otra vez en la cabina me encontré mirando directamente a un hombre que estaba en este extremo del bar. Tenía una taza de café y un periódico frente a él, pero sus ojos estaban clavados en mi rostro. Luego desvió la mirada y cogió el periódico. Su rostro me era vagamente familiar, y un pequeño susurro de aviso me recorrió el sistema nervioso. Pero, demonios, nadie me reconocería con aquella vestimenta deportiva. Entré en la cabina y marqué el número de Suzy. El teléfono sonó, y siguió sonando, pero no hubo respuesta. El miedo aumentó. Volví la cabeza, y el hombre de la barra miraba hacia la cabina con una expresión pensativa en su rostro. Ahora le reconocí. Era un detective, uno de los amigos de Stedman que había visto varias veces en el bar de Red Lanigan.

12

ME VOLVÍ DE ESPALDAS, y seguí escuchando el inútil sonar del teléfono en el apartamento mientras intentaba pensar. Sencillamente no podía resistirlo más; muy pronto me desmoralizaría y empezaría a decir insensateces.

A lo mejor aún no me había reconocido, y podría conseguirlo. Había una parada de taxis en la entrada que daba a la avenida Pemberton. Colgué, busqué un cigarrillo y salí de la cabina. No le miré. Dándome la vuelta, salí con aire tranquilo en dirección a la entrada, deteniéndome un momento para mirar por encima del estante de los libros de bolsillo del puesto de periódicos, mientras encendía el cigarrillo. No había manera de saber si se había levantado o no; si miraba hacia atrás sería como agitar un letrero. Seguí andando, esperando oír la voz a mis espaldas. Llegué a la puerta. Había un taxi en la parada, y el conductor estaba sentado al volante. Justo cuando torcí y empecé a andar hacia él, eché una ojeada a mi espalda. Se había levantado y se acercaba. Le hizo una señal a alguien que estaba en uno de los bancos, y empezó a andar más de prisa.

Abrí de un tirón la portezuela del taxi y salté a su interior.

—Muelle diecinueve —dije.

—Sí, señor —contestó.

Bajó la bandera y puso en marcha el motor. Nos apartamos del bordillo. Los dos detectives aparecieron en la puerta, ahora corrían, y subieron por la calzada en pos de nosotros. Le gritaron al conductor. Este les vio por el retrovisor.

—¿Amigos suyos? —preguntó.

—No —dije—. Probablemente un par de borrachos. Siga adelante.

Estábamos a una manzana por delante de ellos y aumentábamos la velocidad. Les vi dar la vuelta y volver a la terminal, corriendo todavía. No se veía ningún coche de policía, pero el número del taxi estaría en el aire en cuestión de segundos. A las tres de la madrugada, con las calles desiertas, no llegaríamos lejos antes de que nos cogieran. Saqué dos billetes de dólar de mi billetero y los sostuve en la mano.

Giramos a la derecha en Walker y nos dirigimos hacia el centro. Pasamos junto a un coche patrulla que iba en dirección contraria. No nos prestó atención. Todos los semáforos estaban en ámbar intermitente a lo largo de Walker y no tuvimos que detenernos. Diez manzanas más adelante nos desviamos a la izquierda entrando en la avenida Western e íbamos en dirección al canal navegable y al puerto, que ahora estaba ya a menos de tres kilómetros de distancia. Nos encontramos con otro coche patrulla haciendo la ronda. Siguió adelante. Le vigilé. Estábamos a unas ocho manzanas de distancia cuando le vi girar en redondo bruscamente en mitad de la manzana. Vino hacia nosotros, ganando velocidad.

—Gire a la derecha en la siguiente esquina —le dije al conductor.

—Pero...

—He dicho gire a la derecha.

Aún no estaba conectada la sirena, pero se nos estaban acercando rápidamente. Giramos.

—¡Pare! —le dije.

Él se dio cuenta de que algo iba mal, y frenó en seco. Le tiré los dos billetes de dólar sobre el regazo y salí antes de que el coche hubiera acabado de moverse.

—¡Siga adelante! —le dije. Él se alejó.

Me lancé a través de la calzada y me metí de un salto en el interior de una zona oscura entre dos edificios, fuera del alcance de la farola. El coche de policía giró haciendo chirriar los neumáticos y pasó por delante. El taxi estaba a unas tres manzanas de distancia. Crucé la calle inmediatamente detrás del coche de policía, yendo en diagonal hasta la esquina siguiente y corriendo tan de prisa como

podía. Justo cuando alcanzaba la esquina y empezaba a bajar por la calle que cruzaba, oí cómo empezaba a sonar la sirena. Hasta ahora lo habían estado siguiendo simplemente porque era el mismo tipo de taxi que el del boletín y querían comprobar el número, pero ahora ya lo tenían al alcance de sus faros. Estarían de vuelta en menos de un minuto. Llegué a la esquina siguiente y giré a la derecha. Había pasado una manzana ahora y estaba en paralelo con la calle en que ellos se encontraban.

Era una zona industrial, no lejos de la calle Denton, y probablemente a un kilómetro o menos de las cocheras del ferrocarril. Estaba desierta a esta hora de la mañana, y a oscuras en los grandes espacios que quedaban entre farola y farola. Llegué a un enorme almacén que había en la esquina siguiente y me detuve para mirar hacia la travesía que tenía delante. El coche patrulla pasó disparado subiendo por la otra manzana sin la sirena. Corrí adelante en línea recta, crucé la travesía y seguí a toda velocidad. Mi única posibilidad estaba en que pudiera alejarme de aquel lugar antes de que empezaran a aparecer otros coches en la zona. Dos manzanas más allá, giré a la izquierda de nuevo, en dirección a las cocheras del ferrocarril y del canal navegable. Ahora podía Oír las sirenas. Eran algo que atormentaría mis sueños durante años si vivía lo suficiente.

Dos manzanas más y me di cuenta de que no podía continuar sin descansar. Al otro lado de la calle había un solar con grandes montones de tuberías de alcantarillado. Corrí hacia allí, me metí entre dos montones y me tumbé sobre la maleza que había detrás. Estaba muy oscuro. Me di la vuelta sobre mi lado izquierdo, debido al dolor que sentía en el derecho, hice reposar la cabeza en el brazo y me esforcé por recuperar el aliento. Oí un coche que pasaba por la esquina haciendo rechinar los neumáticos, pero no presté atención. Había demasiados, y ya ni siquiera sentía nada; sencillamente los evitaba de manera mecánica, como un animal al que han entrenado para hacer una gracia al recibir una señal concreta. Quería llegar al *Marilyn*, y después todo me daba igual. Si allí no encontraba nada, dejaría de huir.

Empecé a pensar en Suzy, y no podía dejar de imaginármela tendida en el suelo junto a la puerta de la sala de estar, asesinada por aquel matón despiadado. Le sería facilísimo; todo lo que tenía

que hacer era llamar, y ella abriría pensando que era yo. Intenté librarme de aquel pensamiento. Probablemente ella estaría bien. Debía de haber un montón de razones por las que no había contestado al teléfono. No se me ocurría ninguna.

Pero preocuparme por aquello no iba a servir de nada. Y me quedaba un buen trecho que recorrer hasta llegar al muelle cinco. Intenté orientarme. El muelle diecinueve se ubicaba al final de la avenida Walker, pero ahora me encontraba al sur de Walker, quizás enfrente del muelle diez o doce. Si giraba a la derecha cuando encontrase las cocheras del ferrocarril y seguía andando otro medio kilómetro o un kilómetro, me llevaría muy cerca del muelle cinco. El trayecto iba a ser arriesgado. Probablemente ellos se darían cuenta de que la dirección que le había dado al conductor era falsa, pero registrarían todo el puerto, puesto que yo había ido en esa dirección. Encendí el mechero y miré el reloj. Eran las tres y veinte. Al cabo de quince minutos me levanté y seguí adelante. Estaba muy cansado. Mientras recorría las siete manzanas que había hasta llegar al ferrocarril, me libré por los pelos dos veces. En una, un coche de policía entró en la calle a menos de una manzana a mi espalda, y apenas tuve tiempo de meterme debajo de una plataforma de carga de un almacén, antes de que sus luces pudieran enfocarme.

Eran las cuatro y diez. Apagué el encendedor y volví a quedar a oscuras entre dos filas de vagones de carga. Había un motor en marcha en algún lugar a mi espalda. Me arrodillé y atisé por debajo de uno de los vagones. Más allá había la calle silenciosa, y el oscuro cobertizo de un muelle a la derecha de donde yo estaba, y detrás del cobertizo una oscura jungla de mástiles y de redes camaroneras puestas a secar. No podía ver la entrada del muelle ni el número, pero tenía que ser ese. Anduve otros doce vagones, y me subí sobre el enganche que había entre dos de ellos.

Era el muelle cinco. Podía divisar el círculo de luz a la entrada del cobertizo, y al vigilante recostado en una silla, leyendo una revista frente a su pequeña oficina justo en el interior del umbral. No había forma de subir o bajar del muelle sin pasar junto a él, pero en la mayoría de ellos no se necesitaban pases. Examiné la calle en ambas direcciones y estaba a punto de bajar de un salto de entre los vagones, cuando vi un coche de policía que venía por la derecha. Se detuvo en la oficina del vigilante del astillero de reparaciones que

había en el muelle siguiente al número cinco. Los hombres que había en su interior estuvieron hablando con el vigilante. Luego llegaron hasta el muelle cinco. Hicieron salir al vigilante y hablaron con él. Empecé a comprender. Me estaban buscando, probablemente, y dando mi descripción a los vigilantes de todos los muelles. Pasaron por el siguiente sin detenerse, ya que no se utilizaba, y siguieron hasta el número siete, donde hicieron lo mismo otra vez.

Podía hacer otra cosa, desde luego, pero no podía arriesgarme. Tenía que detenerme y decirle al vigilante lo que quería y a qué barco quería subir, y si tenía mi descripción la policía estaría ahí antes de que pudiera llegar al otro extremo. Maldije cansadamente. ¿Ahora qué?

Nunca encontraría una forma de hacerlo desde aquí. Retrocedí hacia la izquierda otros ciento cincuenta metros hasta donde el vigilante no pudiera verme cruzar la calle y la atravesé corriendo cuando vi que no había coches. Permanecí de pie en las sombras, frente al muelle seis y miré fijamente a la grada. El muelle cinco tenía una longitud de unos sesenta metros, con una larga cabecera en forma de «T» en el extremo exterior. Había quizás una docena de barcos amarrados a él, casi todos camaroneros. Pero no se podía pasar alrededor del enorme cobertizo de empaquetado y congelación que había en el extremo más cercano a tierra firme.

Un coche pasó por la calle. Me aparté contra la pared para confundirme con las sombras. Una barcaza grúa estaba amarrada al final de la grada, la cubierta a un metro y medio por debajo de donde me encontraba. Miré hacia abajo. Había poca luz, pero creí divisar un pequeño bote de reparaciones en el agua junto a ella. Me moví con cuidado por la grada hasta que encontré una escalerilla para bajar. Al cabo de un momento estaba sobre la cubierta. Aparentemente no había nadie a bordo. Di la vuelta hasta el lado exterior de la camareta alta. Ahí estaba el bote de reparaciones. Lo acerqué al costado tirando de la amarra. Había un remo en su interior.

Bajé hasta él, solté la amarra, y lo empujé con el remo hasta las sombras que había junto al muelle seis, giré, y me dirigí hacia afuera, manteniéndome cerca de los pilones. Cuando llegué al extremo del muelle, estaba fuera de la zona exterior iluminada por

las farolas de la calle. La marea estaba bajando lentamente, y dejé que me arrastrara hacia el extremo en forma de «T» del muelle cinco. Había una farola en su centro, y los lados exteriores se encontraban en una semioscuridad. Ninguno de los barcos tenía ninguna luz encendida. Mientras me acercaba empecé a intentar distinguir los nombres. Tuve suerte. El *Marilyn* era el primer barco en la parte interior de la «T». Estaba atracado del lado de babor, con la popa hacia mí. Apenas pude distinguir la inscripción en la oscuridad:

MARILYN
de
SANPORT

Llegué junto a su aleta, me cogí a la barra del timón y me coloqué a estribor con el bote. No era un camaronero; todos se parecen, no importa donde los encuentre uno. El *Marilyn* era un monstruo para navegar por alta mar, una vieja goleta de dos mástiles a la que habían colocado un motor. Habían cortado sus mástiles y le habían añadido una cabina en mitad de la cubierta que parecía un gallinero. Probablemente un pesquero de altura, pensé. Incluso en la semioscuridad que reinaba ahí fuera al final del muelle, se podía ver la suciedad y el descuido. Apestaba a pescado y posiblemente no lo habían fregado después de descargar las capturas; pasé junto a una caja de cartón con basura en descomposición que estaba sobre la cubierta. No había luz, y no oí a nadie a bordo. Agarré con fuerza la amarra y subí a su cubierta.

Estaba justo pasado el gallinero. Frente a mí, una tabla conducía a la oscura masa del muelle. Reinaba un profundo silencio. En algún lugar más allá de las cocheras del ferrocarril gimió una sirena y me produjo un escalofrío. Me dirigí a popa, andando con cautela por estribor. Cuando penetré en las sombras aún mayores que proyectaba la cabina tropecé con un cuerpo. El cuerpo se movió, desparramando latas vacías de cerveza que rodaron por toda la cubierta, murmuró una maldición de borracho y volvió a dormirse.

Me acurruqué en las sombras, totalmente inmóvil, hasta que las latas de cerveza dejaron de hacer ruido. Nadie gritó. Debía de ser el único a bordo, a menos que todos estuvieran sin sentido. Era el que tenía que hacer guardia, pensé sardónicamente, lanzando cinco u

ocho latas de cerveza por la borda para evitar tropezar con ellas de nuevo. Esperé otro minuto, pasé sobre él y seguí hacia la popa. El dormitorio de la tripulación debía de estar allí atrás.

Había una escala de toldilla que conducía abajo. La pisé suavemente y bajé a tientas. Llegué al final y permanecí quieto, escuchando por si se oía una respiración. El silencio era total. Era tan oscuro como el interior de una mina de carbón, y la atmósfera estaba viciada y desprendía un olor fétido a ropa sucia y madera vieja y húmeda. Encendí el mechero y miré a mi alrededor rápidamente. El lugar estaba desierto. Era un castillo de proa pequeño y sucio, con literas a cada lado y algunos casilleros de metal apoyados contra el mamparo de proa. Volví la cabeza buscando alguna luz. Sobre el mamparo de proa, cerca de los casilleros había una lámpara de queroseno suspendida de un cardán. La encendí. Proyectó un débil resplandor amarillento por la habitación.

Había ocho literas, pero solo cinco tenían colchón. La cubierta estaba repleta de colillas de cigarrillo y dos o tres pares de botas de marinero asomaban parcialmente por debajo de las literas inferiores. Del mamparo de popa colgaban algunos impermeables. Sobre la mayoría de las literas colgaban fotografías de chicas, cortadas de revistas. Dos de las superiores, que no tenían colchón, estaban ocupadas por sacos de marinero y viejas y destrozadas maletas. Había una maleta de plástico nueva en una de las literas inferiores.

Agarré uno de los sacos y lo bajé, vacié su contenido sobre el colchón de una de las literas y lo revolví. Todo era ropa. Lo volví a meter todo en el saco y busqué en otro, con el mismo resultado negativo. Después arrié una de las maletas viejas y la abrí. Contenía más ropa, algunos enseres de afeitar, unas cuantas revistas viejas y un juego de cartas, pero ninguna carta, ni fotografía, ni identificación.

La siguiente no fue más provechosa, excepto que sí contenía una libreta de ahorros a nombre de un tal Raúl Sánchez. En la tercera encontré un paquete de cartas escritas por una chica dirigidas a Kárl Bjornsen. Suspiré cansinamente y lo volví a colocar todo en la litera superior. Ya no quedaba ninguna otra a excepción de la de plástico y nueva, aunque tenía el presentimiento de que estaría cerrada. Lo

estaba.

Miré a mi alrededor en busca de algo con que abrirla. No vi nada que pudiera servir, pero recordé que aún no había registrado los casilleros. Allí me fui y empecé a abrirlos. Contenían impermeables, botas, zapatos, montones de revistas y libros de bolsillo, y un par de botellas de ron medio vacías. Pero en el suelo de uno de ellos había un enorme destornillador y un pasador.

Cogí el pasador y atacué la cerradura de la maleta, metiendo la punta y haciendo palanca hacia arriba. Estaba fuerte, pero cedió al cabo de un par de minutos y se abrió. Me sentí excitado al mirar en su interior; parecía más prometedor. Justo encima, envuelta en un pañuelo de seda había una Luger alemana. Junto a ella, un paquete de fotografías obscenas, sujetas por una goma elástica, y tres cartas con matasellos de La Habana, Cuba, dirigidas con escritura femenina al señor Ernie Boyle. Debajo había la fotografía de un hombre y una chica en una mesa de un café. Había algo vagamente familiar en el hombre. La estaba levantando para mirarla más de cerca cuando me puse alerta, escuchando. Alguien había subido a bordo. Oí sus pasos mientras andaba hacia popa por la cubierta que había sobre mí. Fui hacia la lámpara en dos zancadas, y la apagué de un soplo.

El haz de una linterna se introdujo hacia abajo desde la cubierta, salpicando de luz los peldaños de la escala de toldilla. Me apoyé contra las literas del lado de estribor. Alguien empezó a bajar por la escalera. No podía ver nada excepto los grandes zapatos negros, y la luz que enfocaba hacia abajo. Se detuvo al llegar al final, a unos tres metros de donde yo estaba, y empezó a levantar la luz. Barrió las literas del lado de babor, y luego se detuvo en seco cuando dio con la maleta forzada. Pude oír como contenía el aliento. «Ladrones», dijo, y empezó a maldecir en español. La luz giró, y me dio de lleno en la cara.

Salté hacia él, pero la luz me cegó, y él estaba demasiado lejos. Cuando llegué allí tan solo encontré un puño, que se estrelló justo debajo de mi oreja, y la barandilla de la escala de toldilla. Me precipité contra la barandilla golpeándome el hombro izquierdo, y por un momento todo mi brazo quedó paralizado. Caí de espaldas contra el mamparo, me enderecé y fui hacia él. La luz me dio en la cara de nuevo, y al mismo tiempo el puño se estrelló contra mi

mandíbula. Esta vez caí hacia adelante, luchando ferozmente con los brazos y le cogí por la camisa, que se rompió. Me giré y conseguí golpearle a un lado del rostro, pero yo estaba desequilibrado y no tenía fuerza para impulsarme. Entonces la luz se balanceó dibujando un pequeño arco, algo se estrelló contra mi cabeza, y caí.

Todo un océano de dolor chapoteaba alrededor de mi cabeza, y cuando intenté moverme, algo me sujetaba y alguien tiraba de mis pies. Abrí los ojos. Ahora la habitación estaba iluminada; la lámpara de queroseno volvía a estar encendida. Estaba tendido sobre mi costado izquierdo sobre una de las literas, con los brazos por detrás de la espalda. Mis manos estaban atadas. Miré en dirección a mis pies.

Era un chico grandullón, mexicano o cubano, de veintidós o veintitrés años, vestido con una chaqueta de piel y un mono. Estaba murmurando para sí en español y atando mis pies al montante de la litera. Tenía espaldas anchas y rostro cuadrado y bastante agradable, pero cuando me miró sus ojos se llenaron de enojo y desprecio.

—¡Ladrón! —me escupió.

—¿Hablas inglés? —le pregunté.

Comprobó los nudos de la cuerda, y se enderezó.

—Claro; hablo inglés, tío. ¿Y cómo puedes caer tan bajo? Entrando en un orinal como este para robarle a la tripulación.

—No he venido aquí para robar —dije.

—Claro que no —dijo con desprecio, y se alejó. Empezó a subir por la escalera de toldillas.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—¿Adónde voy a ir? —dijo—. Fuera al teléfono, a llamar a los polis.

13

—ESCUCHA —dije con rapidez—. Espera un minuto, ¿quieres? Te lo estoy diciendo, no he venido aquí para robar nada.

—¿Crees que soy estúpido? —preguntó. Pero se detuvo.

—No —dije—. No lo creo. Y si lo piensas un minuto verás que te estoy diciendo la verdad. ¿Por qué demonios perdería yo el tiempo forzando la maleta? Sencillamente me la llevaría.

—¿Pasando junto al vigilante de ahí fuera? —resopló.

—Tengo un bote amarrado al costado. Podría haber sacado todas vuestras maletas de aquí hace treinta minutos, si las hubiera querido.

No respondió. Siguió subiendo por la escalera y oí sus pasos andando por la cubierta. Bien, lo había intentado. Entonces, prodigiosamente, le oí volver. Bajó por la escalera y se quedó mirándome pensativamente.

—De modo que no robas maletas. Tan solo trabajas con botes —dijo—. Sigue y hazme llorar.

—Voy a devolver el bote —dije—. E iba a dejar dinero aquí para pagar la maleta si no encontraba lo que esperaba. El dinero está en el bolsillo de la izquierda.

Encendió un cigarrillo.

—¿Y qué querías?

—Estoy intentando encontrar a un hombre llamado Ryan Bullard.

—¿Y pensaste que podría estar dentro de esa maleta?

—Exacto —dije.

—¿A ti no te faltará un tornillo, eh?

—No, hablo en serio —dije—. De hecho, creo que está aquí. Hay una fotografía... Pero no importa. ¿No hay nadie aquí que se llame Bullard?

—No.

—Entonces puede que esté usando otro nombre. O el tipo al que estoy buscando puede que no sea Bullard, pero de todas maneras le he de encontrar. ¿Hay un individuo grande de uno ochenta y ocho o uno noventa, corpulento de pies a cabeza, ojos negros, nariz chata, casi calvo, con un reborde de pelo negro?

Asintió.

—Ese es Ernie Boyle.

Empecé a sentirme excitado. Quizás empezaba a llegar a alguna parte al fin.

—Ese es el que estoy buscando.

—Entonces debes de estar loco, tío. Quiero decir loco, loco. Es mejor que me dejes avisar a esos polis. Si yo hubiera forzado su maleta, estaría gritando para que vinieran.

—Sé cómo es —dije—. Ya me he tropezado con él una vez. Pero en el lío en que estoy metido, cualquier cosa que Boyle me haga no es más que una forma de abreviar.

—¿Quién eres tú, de todos modos? ¿Y por qué viniste aquí en un bote?

—Soy Foley —dije.

Sus ojos se ensancharon.

—¡Oh! Ese tercer oficial de petrolero que mató al poli.

—Yo no maté al poli.

Le conté lo de la pelea, y cómo había abandonado el apartamento de Stedman. Era imposible saber lo que pensaba.

—¿Y crees que fue Boyle?

—Creo que tuvo algo que ver en ello.

—Espera un minuto Foley. ¿Cuándo mataron a ese policía? Hará como una semana, ¿no es así?

—El martes pasado.

—Es lo que pensé. No llegamos a puerto hasta el viernes.

Me lo temía.

—¿Y él estaba a bordo en el último viaje?

—Sí. Y el martes estábamos aún en el banco de Campeche, a

unas cuatrocientas millas de aquí.

—No he dicho que él lo hiciera —contesté—. Sé quién fue. Pero creo que él tuvo algo que ver. ¿Le has oído mencionar el nombre de Frances Celaya?

—No. Es nuevo para mí.

—¿Qué hay de Danny?

—No hay nada que hacer.

—¿Cuál es el tuyo? —pregunté.

—Raúl Sánchez.

—De acuerdo, escucha Raúl... —Le conté lo de la emboscada en el parque de atracciones y lo del asesinato de Frances Celaya—. Ese tipo, Boyle, está implicado en el caso de alguna manera, y tengo que descubrirlo. Puede que haya algo en esa maleta. Así que ¿por qué no me desatas?

—Seguro. Sería fantástico. Y cuando él vuelva yo estaré sentado aquí observándote mientras registras sus cosas, de modo que nos matará a los dos en vez de uno. Vuelve a intentarlo.

—Basta ya —dije—. Cuando empiece a bajar la escalera, saltas sobre mí y finges una pelea. Dices que acabas de llegar y me pescaste.

Recapitó un momento. Luego se encogió de hombros, y empezó a soltar los nudos.

—De acuerdo, pero no intentes nada, Foley. Puedo contigo, en cualquier momento. Fui profesional durante un par de años.

—Gracias —dije, y me senté—. ¿Entonces también tú piensas que este Boyle es un mal tipo?

Se sentó en una de las literas y aplastó su cigarrillo en una lata de sardinas vacía.

—Quizás. Pero no me meto con él.

Me dirigí a la maleta que estaba en la litera de enfrente. Levanté la Luger, para comprobar si estaba cargada. No lo estaba. Me empecé a volver, todavía sujetándola en mi mano, pero me detuve cuando vi la expresión de su cara.

Había rabia en ella, y desilusión.

—Bonito truco, ladrón. Y me lo he tragado como un idiota, ¿eh? Entonces lo entendí.

—Toma —dije, y sonreí con una mueca.

Le lancé la Luger. La cogió, mirándome fijamente con

incredulidad.

—No está cargada —dije—. Pero si oyes venir a Boyle, apúntame con ella. Di que acababas de llegar y me la quitaste.

—Humm —dijo—. Creo que realmente estás diciendo la verdad, Foley. Pero lo mejor será que busques algunas municiones, la cargues, y te la quedes. Es lo único que te salvará si vuelve.

—No quiero tener que dispararle —dije—. Puede que sea la única persona en el mundo que sabe que yo no maté a ese poli. Mientras esté vivo hay una posibilidad entre mil de que hable. Pero si está muerto...

Me volví de nuevo hacia la maleta.

La fotografía era lo primero. El hombre que había en ella me era definitivamente familiar, pero la chica no. Era latina y muy bonita, pero no era Frances Celaya. Se la pasé a Sánchez.

—¿Es Boyle?

Asintió.

—Sí. Pero debe de hacer varios años que está tomada. Cuando todavía tenía pelo.

—Es lo que pensé —dije—. Y es el mismo tipo que abrió la cabina telefónica para poder echar un vistazo a mi cara. ¿Dónde dirías que la hicieron? ¿En La Habana?

—Quizás —dijo—. O en Veracruz. Hay cafés como este también.

—¿Habló Boyle alguna vez de Cuba?

Sacudió la cabeza.

—Boyle habla poco. Pero habla español con facilidad, me consta.

Todo iba encajando poco a poco, pensé. Se suponía que Bullard había cumplido condena en una prisión cubana. Seguí registrando la maleta. Hice caso omiso de las fotografías obscenas; La Habana no era el único lugar donde podían comprarse. En otro sobre encontré tres pequeñas fotografías de un barco. No había gente en ellas, ni nada escrito detrás que indicara dónde se habían tomado, o cuándo. Era un barco de vela de unos quince o dieciséis metros de eslora.

Eso era todo. No había nada más, aparte de la ropa normal y las cosas de aseo. Volví a examinarlo, solo para asegurarme, e incluso investigué en los bolsillos de las ropas y comprobé si tenían doble fondo o compartimientos escondidos. No había ninguna munición

para la pistola.

No quedaba nada a excepción de las tres cartas. Miré los sobres. Dos tenían matasellos del pasado octubre y el tercero de noviembre. Los tres habían sido dirigidos a la señora Jiménez en Ybor City, Florida, para entregar al señor Ernie Boyle, pero la última había sido enviada desde allí a Boyle al *Marilyn*, a través de la Tinsley Seafood Packing Co. de Sanport. Saqué la primera carta. Estaba escrita en un español casi ilegible. Yo había estudiado esta lengua un año en la escuela superior, pero había olvidado lo poco que había aprendido, y combinado con la mala letra era inútil. Comprobé las otras dos. Eran iguales. Lo único que descubrí fue que eran de la misma chica. Que firmaba Cecilia.

Entonces sacudí la cabeza, y me pregunté cómo podía ser tan estúpido. Se las pasé a Sánchez.

—¿Podrías leer estas cartas y decirme qué dicen? No sé leer el español.

Hizo una mueca.

—Te vas a morir de risa, Foley. Yo tampoco.

—¿Qué?

—Oh, puedo descifrar una palabra aquí y allí. Eso es todo.

—¿No estarás hablando en serio? Tú lo hablas.

Me detuve entonces, un poco incómodo. No se me había ocurrido que podría ser analfabeto.

Él entendió por qué vacilaba, y sonrió de nuevo:

—Oh, sé leer y escribir. Inglés. Sabes, mi gente venía de México, y hablaba español en casa, pero yo nací en Corpus Christi y fui a la escuela allí. Así que lo hablaba, pero nunca aprendí a leerlo.

—Oh —dije. Eso parecía ser el fin.

—Probablemente podría entender algunas palabras —dijo—. Pero...

—¿Pero qué?

—No me gusta la idea de leer la correspondencia de un compañero de la tripulación. Aparte de que si me pesca nos matará a ambos.

—Yo también soy un marinero —dije—. Y no me gusta fisgonear en los enseres de los otros. Pero este no es un compañero cualquiera. Ese despiadado hijo de perra ahogó a una chica en una bañera hará unas cuatro horas. Estoy seguro de que ayudó a matar

a un policía llamado Purcell. Y si es el tipo que creo, mató a golpes a un marinero con un bate de béisbol hace unos cinco años. Así que no seamos demasiado escrupulosos.

—De acuerdo —dijo.

Sacó las cartas de una en una, y las examinó, frunciendo el entrecejo. Había un profundo silencio excepto por algunas chinchas que golpeaban contra el tubo de la lámpara de queroseno. Miré a mi alrededor con inquietud hasta que localicé el pasador; estaba justo al lado de la maleta forzada. Incluso con aquello, mis posibilidades de salir de allí vivo iban a ser muy escasas si Boyle aparecía. Tenía el cuchillo, probablemente me sobrepasaba en peso en unos veinticinco kilos, y podía considerársele más o menos un profesional en el oficio de matar a la gente.

Sánchez volvió a meter la última carta en su sobre y me las devolvió.

—No entiendo gran cosa —dijo—. Son cartas de amor, y probablemente bastante subidas de tono, pero eso no te interesará. Dos o tres veces dice algo sobre cuando él consiga el dinero. No sé qué dinero, o dónde se supone que lo conseguirá, pero creo que van a comprar un barco, con él.

—Hay varias fotografías de un barco entre sus cosas —dije—. Podría ser ese.

Asintió.

—De todas maneras ella lo mencionaba varias veces.

—¿Algún nombre? —pregunté.

—Solo esta señora Jiménez. Y una vez una tal Frances.

Levanté los ojos con rapidez.

—¿Frances? ¿Algún apellido?

Sacudió la cabeza.

—No. Solo Frances. Tuve la impresión de que se refería a alguien en Ybor City. Está en Tampa, sabes. Hay muchos cubanos allí.

—Ya sé —dije—. ¿Cuánto tiempo ha estado Boyle aquí, lo sabes?

—Veamos. Se nos unió en Tampa, el septiembre pasado, creo. Era la época de los huracanes, de todas formas. Tuvimos que retroceder y esperar a que pasara uno frente a Mobile, en el primer viaje que estuvo a bordo.

—¿Llevabais las capturas a Tampa, entonces?

—Sí. Y a veces a Pensacola.

—¿Cuánto tiempo hace que entráis en el puerto de Sanport?

—Desde finales de noviembre, creo.

—¿Subió alguna vez alguien a bordo para ver a Boyle, cuando estabais amarrados aquí?

—No. No que yo sepa, Foley.

—¿Ha faltado en algún viaje desde que se unió al barco?

—No. Ha estado aquí todo el tiempo.

No me gustaba todo aquello.

—¿Mantenéis algún tipo de cuaderno de bitácora?

Asintió.

—Seguro. Apuntamos las capturas cada día. Y nuestra posición, cuando la conocemos —Hizo una mueca, enseñando los dientes—. No somos como vosotros, chicos; sextantes, Loran, RDF, medidores de profundidad, y todos esos trastos. Navegamos manualmente.

—¿Puedo consultar el cuaderno?

—Claro.

Subió por la escalera de toldilla y le oí andar hacia adelante. Volvió al instante con un viejo libro mayor.

—Comprueba fechas anteriores y mira dónde estaba el *Marilyn* el veinte de diciembre —dije.

Pasó las hojas rápidamente hacia atrás, y se colocó cerca de la lámpara.

—Humm. Aquí en Sanport. Atracamos el diecisiete y salimos el veintiuno. A las siete de la mañana.

Asentí.

—Bien. Ahora, el veintiocho de enero.

Pasó más páginas rápidamente.

—Aquí está. Sanport otra vez. Llegamos el veintisiete. Salimos el treinta.

De modo que estaba aquí cuando la empresa Shiloh fue atracada, y de nuevo cuando Purcell se suicidó, o le mataron. Pero no probaba nada en absoluto. Más de medio millón de personas estaban aquí al mismo tiempo.

—Gracias —le dije a Sánchez.

Volvió a subir por la escalera con el cuaderno de bitácora. Cogí una de las cartas y la miré con insistencia, intentando forzar mi

cerebro para que recordara algo del español que había estudiado hacía diez años. Debía haber algo aquí. Oí a Sánchez que volvía por la cubierta, y luego sus zapatos sobre la escalera.

—¿No puedes dejar de entrometerte, eh, amigo?

Me di la vuelta. No era Sánchez. Boyle estaba en pie al final de la escalera; parecía que ocupaba todo el espacio de una barandilla a la otra con sus enormes espaldas, metidas dentro de un sucio *suéter* gris. Hizo una mueca torciendo un labio mientras sacaba la navaja de su bolsillo y la abría con un clic. Yo cogí el pasador. Se apoyó en la escalera, observándome fríamente con los negros ojillos. Ni siquiera había animosidad en ellos. Era tan solo un trabajo que tenía que hacer. Golpeé con el pasador en la base del tubo de la lámpara, y el castillo de proa quedó inmerso en una total oscuridad.

Esperé en tensión, atento a cualquier sonido de zapatos sobre el suelo. El silencio continuó.

Luego habló suavemente, todavía junto a la escalera.

—El único medio para salir es por aquí, marinero de petrolero. Ven e inténtalo.

No dije nada. Era imposible ver absolutamente nada; estaba oscuro como en el fin del mundo. No tenía sentido hablar, simplemente para dejarle saber dónde estaba yo. Yo sabía dónde estaba él, y dónde iba a estar todo el tiempo: entre la escalera y yo.

Si tan solo tuviera algo que arrojar. El pasador no, pensé. Tenía que mantenerlo conmigo tanto tiempo como pudiera; representaba la única posibilidad de sobrevivir. ¡La Luger! Sánchez la había dejado sobre la litera donde estaba sentado. Intenté visualizarla en la oscuridad, y di un paso suavemente hacia la izquierda y adelante, deslicé la mano sobre el colchón, y la moví describiendo un lento arco. ¿Cuánto tiempo más esperaría? Él sabía que podía llegar en línea recta hasta el fondo y que yo no podía pasar junto a él en aquella estrecha habitación sin rozarle. Pero él quería oírme gritar o rogar. Mis dedos tocaron la Luger. Tiré de ella hacia mí, trasladé el pasador a mi mano izquierda, y la cogí con la derecha. Di unos pasos silenciosamente hacia atrás. Boyle seguía sin hacer ningún ruido.

Toqué la barandilla de la litera superior que tenía a mi izquierda con la punta de los dedos, para asegurarme de que estaba en el centro del castillo de proa. Debería estar frente a mí, a unos tres

metros y medio de distancia. Pero quizás estaba arrodillado. Sujeté la Luger bajo mi brazo izquierdo durante un instante, metí la mano derecha en mi bolsillo y extraje dos monedas de diez centavos. Las lancé a popa y un poco a la derecha. Tintinearón contra el mamparo a un lado de él.

No se oyó ningún movimiento, pero río.

—Amigo, crees que me iba a tragar ese truco estúpido, ¿verdad?

Sujeté la Luger con mi derecha, me incliné hacia atrás, y la lancé hacia adelante tan fuerte como pude, directamente a donde había sonado su voz. Se oyó el ruido repugnante de un impacto y de algo quebradizo y seco, como hueso que se partía, y gritó de dolor y rabia. El cuchillo chocó sobre la cubierta, y le oí desplomarse contra la escalera.

Me abalancé hacia adelante, blandiendo el pasador. Golpeé contra la barandilla de la escalera. Lo eché hacia atrás y golpeé de nuevo, directo hacia abajo, y noté cómo le daba. Un brazo me rodeó las piernas, y río. Era un sonido horrible, borboteante y lleno de grava, como si tuviera sangre y pedazos de dientes en la boca. Se impulsó hacia arriba. Dejé de tocar la cubierta y me estrellé hacia atrás, sintiendo su peso sobre mí al precipitarse detrás de mí. Le acuchillé con el pasador. Le acerté. Extendí una mano para localizar su cabeza de manera que pudiera golpearle donde hiciera efecto y sentí cómo la mano resbalaba al toparse con la ensangrentada masa de su rostro, y seguí golpeándole con la pieza de metal una y otra vez. Una mano enorme me agarró la muñeca y la retorció, y el pasador se me escapó de la mano. Se alejó rodando, girando alocadamente en la oscuridad. Ahora ninguno de los dos tenía arma alguna. Me pregunté qué podría hacerle con las manos desnudas cuando ni siquiera podía hacerle daño con una sólida barra de metal. Un enorme puño se estrelló contra un lado de mi cara, y estallaron lucecitas detrás de mis ojos. Rodé, intentando alejarme de él, y le golpeé con los pies. Y entonces, milagrosamente, ya no le tocaba en ninguna parte. Nos habíamos separado y perdido uno al otro en la impenetrable oscuridad, como dos formas de vida ciegas combatiendo en círculos en el cieno del fondo del mar. No sabía dónde estaba él, ni dónde estaba yo. Había perdido el sentido de la orientación.

Me arrodillé, totalmente inmóvil, e intenté apaciguar el

torturado sonido de mi respiración. Mis costillas estaban prensadas contra la barandilla de una litera, pero no había forma de saber si era una litera de estribor y estaba de cara a proa, o una litera de babor y estaba de cara a popa. Contuve la respiración y estuve atento para ver si le oía pero no pude oír nada a causa del golpeteo de la sangre en mis oídos. Él intentaría mantenerse entre la escalera y yo, pero tampoco sabía dónde estaba yo. Por alguna razón pensé en Suzy Patton. Probablemente la había matado. Me sentí lleno de ira, y deseé ponerle las manos encima. Era una locura, y lo sabía; la única manera en que podía salir de aquí vivo era manteniéndome alejado de él hasta que pudiera encontrar la escalera. No podía luchar con él. Era como un gorila; podía matarme con las manos tan fácilmente como había matado a Frances Celaya.

Entonces oí algo. Era un sonido metálico, hueco, y supe que había rozado con uno de los casilleros o que lo había golpeado con un zapato. Estaba totalmente apartado de la escalera, en el extremo de proa del castillo. El sonido había venido de mi izquierda, así que me levanté y empecé a moverme suavemente en dirección opuesta. Extendí una mano, y toqué una de las barandillas de la escalera. Entonces me golpeó. Caí contra los peldaños metálicos con todo su peso sobre mí. Intentaba ponerme las manos en el cuello. Me empujé hacia arriba con brazos y piernas y caímos hacia atrás fuera de la escalera, y rodamos. Nos estrellamos contra el montante de una hilera de literas y cedió haciendo que los colchones se nos desparramaran por encima. Me escurrí de debajo de él y me coloqué sobre su espalda con los dos brazos enroscados alrededor de su cuello. Tiré hacia atrás. Se puso de rodillas, levantándose con él, y luego en pie. Apreté con más fuerza y dio un bandazo hacia un lado y cayó, y nos precipitamos contra la fila de casilleros de chapa metálica. Se desprendieron y cayeron sobre nosotros.

Se deshizo del apretón con que le rodeaba el cuello y se me sacó de encima. Los casilleros traquetearon y se derrumbaron mientras luchábamos por salir de debajo de ellos. Un puño me alcanzó en la mandíbula y me lanzó de espaldas contra el mamparo. Me atontó. Intenté levantarme, y caí sobre uno de los casilleros. Me cogió y me golpeó la cabeza contra el mamparo. Una de las enormes manos se cerró alrededor de mi garganta. Me estaba ahogando y empezaba a perder el sentido. Creí oír a alguien corriendo por la cubierta

encima de nosotros.

Los haces de las linternas se abrían paso hacia abajo desde la cubierta, y por la escalera bajaban hombres. Boyle me soltó y se puso en pie de un salto. Me incorporé sobre mis rodillas, y me tambaleé, justo a tiempo de verle precipitarse para coger algo que brillaba bajo las luces que chocaban sobre la cubierta cerca de nosotros. Era el pasador.

—¡Policía! —vociferó una voz—. ¡Quédese donde está!

Boyle agarró el pedazo de metal y se lanzó hacia las luces.

—¡Tírelo! —recomendó una voz.

Dio otro paso y una pistola disparó. Cayó hacia adelante contra el mamparo cerca de la escalera y resbaló hasta el suelo.

Intenté levantarme. Finalmente me quedé sin fuerzas y empecé a caer. Y mi último pensamiento mientras me precipitaba en la oscuridad, fue que ahora los había perdido a todos. Frances Celaya estaba muerta, y ahora ellos habían matado a Boyle de un disparo, y ya no quedaba nadie más que supiese qué había pasado realmente.

14

ABRÍ LOS OJOS. Estaba tendido sobre una cama de hospital en una pequeña habitación pintada de blanco. Era de día. Frente a mí, un policía de uniforme estaba sentado en una silla inclinada hacia atrás contra la pared, leyendo un periódico. Levantó los ojos y vio que estaba despierto.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las once treinta —dijo.

Fue a la puerta y habló con alguien que estaba fuera. No podía oír lo que decía. Volvió y se sentó de nuevo. Moví los brazos y las piernas, y todo parecía funcionar excepto que estaba dolorido y entumecido y me dolía el costado. Palpé el lado derecho de mi rostro. Me dolió.

Pensé en Suzy. Ellos podrían saber qué le había pasado, pero ni siquiera podía preguntarlo. Quizás estuviera bien, y si mencionaba su nombre la implicaría. Sabían que alguien me había estado ayudando.

—¿Puedo llamar por teléfono? —pregunté al hombre de uniforme.

—No —dijo.

—¿Está muerto Boyle?

Dejó el periódico.

—No me haga ninguna pregunta. Dentro de poco estará aquí un hombre que hace una semana que quiere hacerle algunas a usted. Todo lo que yo tengo que hacer aquí es asegurarme de que usted no se va por el desagüe del lavabo o por el agujero de la cerradura o

por algún sitio y desaparece de nuevo.

Volví a acostarme sobre la almohada. Al cabo de unos veinte minutos la puerta se abrió y entró un hombre corpulento que llevaba un traje arrugado. Tenía un aspecto duro y competente. Mostraba una barba incipiente en el rostro, y los ojos de mirada penetrante estaban ribeteados de rojo, como si no hubiera dormido. Le hizo una señal con la cabeza al hombre de uniforme, quien se levantó y salió.

Encendió un cigarrillo, me miró fijamente durante un instante, y suspiró.

—Supongo que si te matase, descubriría que había algún estúpido reglamento municipal que lo prohibía. Pero me había pasado por la cabeza. ¿Quién te estaba escondiendo?

—¿Qué le importa ahora? —preguté.

Se pasó una mano por el rostro.

—Imagino que no me importa realmente. Tan solo que me asusto cuando pienso que podríais ser dos como tú sueltos por el mismo continente. ¿Cómo se llama ella?

—¿Qué le hace pensar que era una chica?

—Porque dijiste «él» cuando hablaste conmigo por teléfono. Te pareció que eso era realmente sutil.

—Entonces, ¿usted es el teniente Brannan?

—Soy Brannan. Veremos si aún soy teniente cuando vuelva a la oficina —Arrastró una silla hasta el borde de la cama y se sentó—. Hermano, fue una suerte para ti que ese chico mexicano, Sánchez, saliera corriendo y nos llamara. Un minuto más y hubieras muerto.

—¿Está muerto Boyle? —preguté.

—Sí.

No dije nada. Lo había intentado, pero quizás había sido algo imposible desde el principio.

Suspiró e hizo un gesto con el cigarrillo.

—Muy bien. Tú ganas. Iba a hacértelo sudar, bastardo testarudo, pero creo que no tengo corazón para ello. Boyle no murió hasta hace alrededor de una hora, y conseguimos una declaración suya.

Se me escapaba el aliento, y me pareció como si me estuviese fundiendo. Intenté decir algo, pero no me salió nada.

—Toma —dijo. Me metió un cigarrillo en la boca y lo encendió.

—¿Era Ryan Bullard? —preguté, cuando pude hablar de nuevo.

Asintió.

—Estaba herido en el pecho y los médicos dijeron que no tenía muchas posibilidades. Pidió un sacerdote, y el padre O'Shea

conseguió que hiciera una declaración completa. Desde luego, comprobamos sus huellas dactilares después de que muriera, y verificamos su identidad. Era Bullard.

—¿Servirá de algo la declaración? —pregunté—. Él ni siquiera estaba aquí cuando ella mató a Stedman. Estaba navegando.

—Seguro —replicó—. No hay ninguna duda sobre ello, ahora. Fue una confesión en el lecho de muerte, y todo encaja. Reconoció haber planeado con ella matar a Stedman, de la misma manera que hicieron con Purcell, pero ella se adelantó cuando vio la oportunidad después de esa estúpida pelea vuestra, ahí en su apartamento. Estuvo a punto de matarla entonces, cuando se lo explicó, porque era una estupidez lo que ella había hecho. Si te hubieras entregado cuando averiguaste que estaba muerto, y hecho una declaración sensata, hubiera habido una investigación que les hubiera descubierto a los dos. Podría haber llevado un poco de tiempo, pero hubieras quedado fuera de toda sospecha. Pero tú tenías que salir huyendo como un ganso herniado, así que nos pasamos los siguientes siete días persiguiéndote por todo el maldito estado. Naturalmente, todo el mundo pensaba que eras culpable.

—Lo sé —dije—. Me entró pánico. ¿Entonces todo empezó con el atraco que ese grupo llevó a cabo en la compañía Shiloh?

Asintió.

—Frances Celaya era una sobrina de esa Jiménez que Ryan Bullard conoció en Tampa. Cuando él vino aquí en ese barco de pesca en su primer viaje por allá en noviembre, la buscó. Entonces es cuando empezó a pensar en el atraco. Él y su chica en La Habana querían comprar un barco. Creo que tenían en mente algún tipo de contrabando; Dios sabe lo que tramaban, pero de seguro algo criminal, puesto que se trataba de Bullard. La cosa es que se puso en contacto con Danny para lo del atraco, y se lo presentó a Frances. E imaginó que ella se chifló locamente por Danny. Le dio toda clase de datos sobre la forma de entregar la paga en la fábrica, y planearon el asunto. Fueron exageradamente cautelosos, también; nadie lo supo nunca. Sabían que interrogarían a los empleados

después. Danny reclutó al novato que vino de Oakland. Lo realizaron. El matón de California murió, pero los dos Bullard consiguieron huir. Danny se llevó los catorce mil dólares a su apartamento para esconderse con ellos hasta el reparto. Ryan no podía de ninguna manera llevárselos a bordo del *Marilyn*. Pero entonces aparecieron Stedman y Purcell a la tarde siguiente para interrogar a Danny sobre el asunto de la tienda de licores.

Asentí.

—¿Así que, cuando ellos descubrieron que Stedman y Purcell le habían matado y enviado un informe diciendo que se había resistido al arresto, sin ninguna mención del asunto de Shiloh o de los catorce mil, se figuraron que había sido un asesinato a sangre fría por el dinero?

—Exacto.

—¿Cree que lo fue? —pregunté.

Fijó la mirada malhumoradamente en la punta de su cigarrillo.

—No. Al menos lo espero. Estaban amargados, de acuerdo, pero no tan amargados. Probablemente sí que sacó un arma, de modo que tuvieron que disparar, y más tarde se tropezaron con el dinero mientras registraban el apartamento.

—¿Ha encontrado ya el dinero?

—Sí. Lo pusieron en cajas de seguridad. Las localizamos esta mañana.

—¿Supone que esa chica Celaya y Ryan Bullard esperaban encontrarlo en sus habitaciones?

—No lo sé —replicó—. Con la chica, creo que era venganza, pura y simple. Aparentemente estaba loca por ese Danny Bullard, y pensó que había sido muerto a tiros por dos policías corrompidos a sangre fría. Ryan Bullard probablemente se figuró que le habían timado. Era un asesino despiadado por instinto.

Pensé de nuevo en Suzy Patton, y pude sentir cómo me estallaban los nervios.

—¿Confesó otros asesinatos? —pregunté, mirando mi cigarrillo.

—Un par —dijo—. Sin embargo, no tenían nada que ver con esto.

Intenté que mi voz sonara normal.

—¿Cuáles fueron?

—Ese marinero, durante la huelga de hace varios años. Y uno de

los testigos del mismo. ¿Por qué?

No era una cuestión de que ella estuviera en peligro —no ahora—. O bien estaba muerta ya o viva, y el decírselo a él no ayudaría ni cambiaría nada. Tan solo haría que su nombre apareciera mezclado en el asunto.

—Oh, nada —dije—. ¿Cómo mataron a Purcell?

—Él le dejó la verja abierta a ella, y ella se la dejó abierta a Bullard. Le mataron, y luego ella salió por detrás, y él cerró la verja y saltó por encima de la valla. Ninguno de los dos apareció por la puerta principal. Él dice que fue ella quien realmente le mató. Así que al final, ella los mató a los dos.

—¿Hay algún cargo contra mí? —pregunté.

Suspiró.

—Nada, aparte de asalto y agresión, resistencia al arresto, entrada ilegal, allanamiento de morada, robo de bolsos y violación de domicilio. Oh, y piratería, excepto que Sánchez devolvió ese bote a su propietario. No sé de dónde sacaste ese abrigo de domador de leones que llevabas puesto cuando te trajimos, pero no voy a investigarlo.

—Lo conseguí de un astrónomo —dije—. Hicimos un intercambio.

—Quizás sea así.

—¿Me va a arrestar? —pregunté.

—No —dijo cansadamente—. Hemos hablado sobre ello en el despacho del capitán hace un rato, y a alguien se le ocurrió una gran idea. Quizás si el Consejo Municipal votara una reducción de impuestos para la Southlands Oil te devolverían tu empleo y te embarcarían llevándote lejos de aquí. De esa manera podríamos devolver al departamento su semana de cuarenta y ocho horas, y algunos de nosotros podríamos volver a casa y comprobar si aún estamos casados. Eso es, si te parece bien.

—Gracias —dije.

Se levantó.

—A propósito, los médicos dicen que todo te funciona, aparte de que estás cubierto de magulladuras, chichones y desgarrones. Desde luego, cualquier otro estaría muerto. Te hicieron algunas radiografías de la barriga, pero aparentemente no hay nada raro en el interior. Voy a dejar que esos periodistas caigan sobre ti, ahora, y

tan pronto como hayan terminado, te dejaré de nuevo en tu apartamento.

Salió. Seis u ocho periodistas y fotógrafos se precipitaron en el interior y empezaron a tomar fotografías y a hacer preguntas. Pasaron unos veinte minutos antes de que se fueran. Me vestí. Brannan y yo salimos, y entramos en el coche patrulla que había frente al hospital. Mientras nos movíamos entre el tráfico del mediodía, del centro de la ciudad, dirigiéndonos a la avenida Forest, se volvió hacia mí con una mueca.

—Podríamos hacer este trayecto con la sirena, si tienes ganas de oír una muy de cerca.

—Si alguna vez oigo una de nuevo, ya estará lo bastante cerca —dije.

Me dejó frente al Wakefield. Nos estrechamos la mano, y se alejó en el coche. Parecía extraño estar ahí de pie al descubierto, totalmente libre, a plena luz del día, sin sentirse acobardado y sin mirar hacia atrás. Me pregunté si me acostumbraría de nuevo. Abrí la puerta principal y me precipité escaleras arriba hacia el apartamento. Nada había cambiado en él, pero era como volver a un lugar que uno no ha visto durante años. Cerré la puerta y cogí el teléfono. Marqué el número de Suzy Patton. Sonó, y siguió sonando. No hubo respuesta.

Colgué, esperé dos minutos y lo intenté otra vez. Quizás estaba en el baño. O durmiendo. Escuché el inútil repiqueteo con un nudo de temor en el estómago. Todo había resultado bien en lo qué a mí se refería, pero a ella la habían matado por ayudarme. Podía verla tendida ahí sobre la alfombra de la sala de estar. Corté la comunicación, llamé a un taxi y salí rápidamente a la calle.

Parecía como si el trayecto fuera eterno. Cuando al fin llegó y le di la dirección al conductor, se me ocurrió que Brannan podría estar haciendo que me siguieran para poder descubrir quién me había escondido. Vigilé por la ventanilla trasera mientras maniobrábamos por entre el tráfico del centro y salíamos a la arterial en dirección norte. Todo el tiempo hubo docenas de coches a nuestro alrededor, pero no pude divisar ninguno que pareciera que nos estuviera siguiendo.

Era ya poco después del mediodía de un día caluroso y soleado. Cuando nos detuvimos frente al edificio de apartamentos, le lancé

dos dólares al conductor y corrí por el sendero. Oprimí el botón del 703, y esperé. No sonó el zumbido de abrir la puerta. Volví a empujarla. No pasó nada. Me di la vuelta y bajé corriendo al garaje. El Olds azul estaba ahí en su sitio. Ahora sí que estaba realmente asustado. Corrí de nuevo a la puerta principal, encontré el número del timbre del conserje y lo oprimí.

Contestó. Entré y corrí escaleras arriba hasta el segundo piso. El apartamento era el 203. Toqué el timbre. Abrió y miró afuera. Era un tipo corpulento y relajado que sostenía una lata de cerveza.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Es sobre la señorita Patton, en el 703 —dije—. No contesta al teléfono, ni al timbre. Me preguntaba...

Tomó un sorbo de cerveza.

—A lo mejor no está en casa. Sencillamente.

—Su coche está en el garaje. Y tampoco contestó ayer noche. Mire. Soy un amigo suyo y estoy preocupado. ¿Qué le parece si subiera conmigo y echáramos una mirada?

—De acuerdo —Entonces me miró dubitativo—. ¿Está seguro de que sabe lo que está haciendo?

—Vamos —dije impaciente.

Consiguió una llave y cogimos el ascensor. El periódico de la mañana seguía en el suelo frente a su puerta. Aquello tampoco me gustó. Esperé, temiendo lo peor, mientras él colocaba la llave y abría la puerta. Ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo. Entonces yo también lo oí. Era una máquina de escribir. Sonaba como un niño que pasase corriendo junto a una empalizada arrastrando un palo por ella.

—Siga mi consejo y desaparezca —dijo él.

No hice caso. Pasé junto a él empujándole y atravesé corriendo la sala de estar hasta la puerta de su guarida. El aire estaba cargado de capas de humo de cigarrillo a la deriva, y ella estaba sentada frente a la máquina de escribir vestida con los pantalones Capri y poca ropa más, excepto una camisa blanca que ni siquiera estaba abotonada. La blanca cabellera estaba despeinada y su rostro cansado, pero sus ojos resplandecían de vida. Había hojas de papel por todas partes a su alrededor, sobre la alfombra y en la papelera, y en la mesa a ambos lados de la máquina de escribir.

—¡Suzy! —dije—. Gracias a Dios que estás bien.

Ella corrigió algo y empezó de nuevo a teclear.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó, sin siquiera levantar los ojos.

La miré sorprendido.

—He estado enfermo de ansiedad por ti.

—¿Oh? —dijo. Cogió una de las páginas, leyó algo que había escrito, y lo estudió, frunciendo el ceño.

—Señorita Patton —llamó el conserje indeciso desde la puerta de entrada—. ¿Conoce a este hombre?

Entonces levantó la mirada por primera vez.

—Oh, eres tú —Agitó un brazo en dirección al conserje—. Sí, le conozco. ¿Pero qué demonios es esto, el centro de Times Square en Nochevieja? Debería ser el séptimo piso de un edificio de apartamentos con la puerta cerrada.

Él se fue.

—No contestaste al teléfono —dije—. Ni a la puerta.

—¿Contestar al teléfono? —Me miró como si me hubiera vuelto completamente loco—. Nunca contesto ese estúpido teléfono cuando estoy trabajando. Ni siquiera lo oigo. ¿De todas maneras, qué quieres? Creía que las noticias de la radio de esta mañana habían dicho que se había demostrado que eras inocente de esa acusación de asesinato.

—Es verdad —dije—. Pero quería verte de nuevo. Y decirte que tenías toda la razón.

—Muy bien, muy bien —Arrancó una hoja de la máquina y enrolló una nueva—. Ya me lo has dicho.

—Y gracias.

—¿Humm? —musitó, y se inició de nuevo el golpeteo del palo contra la empalizada.

Había olvidado que yo estaba allí.

Cogí una hoja en blanco de su papel, me senté ante la mesita de café de la sala de estar y le escribí una pequeña nota.

Querida Suzy:

Esto es por el sombrero y el abrigo. Un millón de gracias por todo. Y espero que la chica del sur que esconde al soldado de la Unión herido sea la mitad de maravillosa que tú.

Irlandés.

Saqué cien dólares de mi billetero, los dejé caer sobre la nota, coloqué encima un cenicero para que no volaran y salí. Ella ni siquiera levantó los ojos.

∞

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
NO
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA
Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *EL MAÑANA,*

CONTRA

William P. McGivern

9. *EN EL DIQUE,*
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA,*
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA,*
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS,*
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO,*
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO,*
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE,*
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL,*
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA,*
LA
Charles Williams
19. *MORTAL,*
CHANTAJE
Elmore Leonard

20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDEÉS,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*,
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*
DETECTIVE
JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*
LA
CASSIDY
David Goodis
33. *MORTAL,*
CAÍDA
B. M. Gill
34. *PELIGROSOS,*
SECRETOS
William P. McGivern
35. *DEL MATADERO,*
CAMINO
Ruth Rendell
36. *CON ESA MUJER,*
CUIDADO
David Goodis
37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*
UN
QUEEN
Ellery Queen
38. *MUERO POR CONOCERTE,*
ME
B. M. Gill
39. *Y EL JOCKEY,*
SU
ALTEZA
Peter Lovesey
40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*
EL
Anthony Berkeley
41. *DESPEDIDA,*
ETERNA
Ruth Rendell
42. *VIUDA,*
LA
Nicholas Freeling

43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



CHARLES WILLIAMS (San Angelo, Texas,
1909-1975)

. A los veinte años se enroló como operador de radio en la marina mercante, hasta 1939. Luego puso en práctica sus conocimientos en tierra durante otra década. Pero su gran vocación marinera le llevó a vivir en una embarcación, a bordo de la cual se suicidó. Esta pasión por el mar queda patente en casi todas sus novelas, entre las que destacan *Asesinato en la laguna*, *El arrecife del escorpión*, *La larga noche del sábado* o *Marcada por la sospecha*.